
Santa,
¿EN SERIO UN
CEO?
MARTINA LEIVA

# Santa, ¿EN SERIO UN CEO?

MARTINA LEIVA

Primera edición.

Santa, ¿en serio un CEO?

©Martina Leiva

©noviembre, 2025

©Imágenes por Freepik

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25

Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Epílogo

# Capítulo 1

*Arabia*

—Ha entrado una solicitud como niñera interna, para la mansión del señor Salmerón —me dijo Nadia, la dueña de la agencia con la que trabajaba.

—¿Ulises Salmerón? ¿El CEO de Soluciones Informáticas Salmerón? ¿Tienes ya a una candidata seleccionada? ¿Has contactado con ella? —le solté, deseando de que me dijera que no la había llamado todavía, con la intención de convencerla para que cambiara su elección por mí.

—Sí que la tengo seleccionada, pero todavía no lo sabe —me dijo con una sonrisa.

—Ese trabajo tiene que ser para mí, Nadia, te lo ruego —le supliqué, porque era justo lo que estaba buscando.

—Eres tú la seleccionada, pero antes te tengo que contar en qué consiste y las condiciones, porque lo mismo no te interesa…

—Créeme, me interesa. Sabes que estoy buscando algo así —le dije, con la mirada suplicante.

—Vivirás allí, y tendrás libre tan solo los domingos. El sueldo será de dos mil euros al mes, libre de todo gasto, porque la comida y el alojamiento, como ya te he dicho antes, están incluidos en la oferta. Tu trabajo consistirá en cuidar de los niños, llevarlos a la escuela, tener su ropa limpia y perfecta,

jugar con ellos, hacer los deberes… —me fue explicando todo, y cada vez lo veía más claro. Quería, no, mejor, necesitaba, ese trabajo.

—Pues si estás de acuerdo con todo, enviaré tu currículo al señor Salmerón y redactaré el contrato para que lo firmes y te incorpores lo antes posible —me dijo Nadia, que, aparte de mi jefa, era mi mejor amiga.

Pero será mejor que empiece por el principio. Mi nombre es Arabia Contreras, y tengo veinticinco años. Soy diplomada en Magisterio en Educación Infantil, terminé mi carrera hacía dos años, pues la tuve que hacer en más tiempo del que en realidad duraba, por falta de dinero.

Me había hecho a mí misma, pues me quedé sola en esta vida con tan solo catorce años. Con esa edad fallecieron mis padres en un accidente de tráfico, y me quedé con una mano delante y otra detrás, pues no fueron nada previsores.

Vivíamos en una casa de alquiler, y trabajaban en lo que les salía, mi madre solía hacerlo trabajando por horas en varias casas, y mi padre, haciendo pequeñas reformas, lo que comúnmente se conoce como "chapú", por lo que vivíamos prácticamente al día.

Me llevaron a un centro de acogida de menores, pero a mi edad, era ya difícil que me adoptara nadie, así que permanecí allí hasta que cumplí la mayoría de edad, que fue cuando me pusieron la maletita en la puerta y que me buscara la vida.

Quería estudiar, pero también tenía que encontrar un trabajo para poder mantenerme, así que entré como camarera en un restaurante, desde las tres de la tarde hasta el cierre a las doce de la noche, de lunes a sábado. Por la mañana iba a la universidad, pero antes tuve que ahorrar un poquito para pagar mi apartamento y tener un dinerito que me sirviera como colchón.

Me dieron una media beca, que tenía que defender si no quería perderla, y con ella pagaba la matrícula de la mitad de las asignaturas, para así asegurarme poder aprobar con buena nota. No me importaba tardar más tiempo, lo que quería era conseguirlo y labrarme un futuro.

Cuando la terminé, me sentí orgullosa de mí misma, y mientras no encontraba nada de profesora, y como mi titulación me lo permitía, empecé a trabajar de canguro. Así conocí a Nadia.

Mi amiga acababa de abrir esa agencia, con mucho esfuerzo, y yo fui una de las primeras personas que trabajaron para ella. Poco a poco, la empresa fue creciendo, y hoy en día, era una de las mejores cualificadas por los clientes, hasta el punto de que la mayoría de la gente adinerada de la zona recurrían a sus servicios.

El apartamento en el que vivía desde que salí del centro de acogida era una cajita de cerillas, por lo que no lo iba a echar de menos, y tendría ese dinero disponible todos los meses. En mi ciudad, el precio de la vivienda estaba por las nubes, y pagaba seiscientos euros por el cuchitril donde vivía. Con solo deciros que toda la casa tenía una sola ventana, en la cocina, creo que ya os lo he dicho todo. En el salón no cabía un sofá, por lo que tenía un sillón, y, aun así, había que hacer malabares para llegar a la cocina.  En mi dormitorio no tenía televisión, podía ver la del salón desde allí, y no necesitaría las gafas de lejos.

Estaba preparando mi maleta, porque, de lo demás, no me iba a llevar nada. Tan solo llevaría mi ropa, que no es que fuera mucha tampoco, mi portátil, de vigésimo quinta mano, por lo menos, y mi libro digital. Ese sí era nuevo, y fue un regalo de Nadia, las Navidades del año pasado.

Llevaba mucho tiempo queriendo tener uno, porque me encantaba leer, pero hacerlo en el móvil me estaba dejando medio cegata, la verdad. Cada vez que veía alguno que estaba de promoción, decía que me lo iba a comprar, pero nunca lo hacía, porque miraba mucho por el dinero.

Pensareis que era un poquito agarrada, algunos dirían que incluso más que un chotis, pero nada más lejos de la realidad. Mi trabajo, aunque no me faltaba, no era nada fijo. A lo mejor, durante una semana, trabajaba todos los días, de lunes a domingo, incluso en turno de noche, que se ganaba el doble. Pero, a la semana siguiente, tan solo tenía dos tardes. Por eso, cualquier gasto que fuera innecesario, trataba de evitarlo.

Bueno, a lo que iba, que me pierdo más que el barco del arroz. Estaba preparando la maleta porque, el señor Salmerón, tras hablar con Nadia y leer

mi currículo, había aceptado que fuera yo la persona que se ocupara de sus hijos.

—Te voy a echar de menos, petardilla mía —me dijo Nadia, mientras me veía guardar la ropa.

—Joder, ni que me fuera a Alemania, chica, que estoy a menos de quince minutos de aquí —le respondí, negando con la cabeza.

—Ya, pero estoy acostumbrada a verte, si no todos los días, casi todos. A llamarte por teléfono, a contarte mis cosas. Y ahora… ahora tendré que esperar a que me llames tú, o preguntarte si puedes hablar — dijo Nadia, algo tristona.

—Me lo estás pintando como si fuera a trabajar a una cárcel. Supongo que tendré algo de tiempo para mí, aunque sea por la noche. Mira, vamos a hacer una cosa: te prometo hacer videollamada cada noche, al terminar mi jornada laboral —le dije, dándole un abrazo.

—Sí, por favor, me tienes que contar como es ese hombre en las distancias cortas, porque tiene que ser un escándalo —me dijo, y ambas soltamos una carcajada.

Me monté en un taxi, pues mi moto la dejé aparcada en el garaje de Nadia. El primer domingo que tuviera libre vendría por ella, para poder moverme los días que tuviera para mí.

Me había sacado el carné de conducir hacía muchísimo tiempo, con la intención de comprarme un coche de segunda mano, pero todos se me iban de precio. Quizás ahora que podría ahorrar, me permitiría comprarme uno, pero todo se vería.

Decir que no iba nerviosa sería una utopía, porque creo que me temblaban hasta las pestañas, aunque intentaría disimularlo lo más que pudiera. Había estado ojeando en internet sobre la figura de Ulises Salmerón, del que pude comprobar que tenía treinta y cinco años, se había quedado viudo hacía uno, pero ahora era cuando había requerido los servicios de una niñera, pues durante todo este tiempo atrás, se había estado encargando de los niños una persona de su plena confianza en el servicio, pero esta, ya se había jubilado.

¿Por qué necesitaría de una persona interna? ¿No era más normal que fuera él quién, en sus ratos libres, se ocupara de sus hijos? Para mí, mucho mejor, porque así tendría el alojamiento gratuito. Tan solo esperaba que los niños fueran tal y como decían en los medios, dulces y educados, aunque mucho me temía que eran dos pequeños faltos de afecto, y que me iba a costar una barbaridad no encariñarme con ellos.

Durante todo el trayecto fui pensando en maneras de entretener a los niños, las manualidades que haríamos, los cuentos que les contaría, pues estábamos en vacaciones escolares, y estarían todo el tiempo en casa, al menos durante los dos próximos meses.

—Ya hemos llegado, señorita —me dijo el conductor, que se apeó del vehículo para ayudarme a bajar las maletas.

—Muchísimas gracias —le dije, abonando la carrera y dejándole una propina.

Me planté delante de la verja de entrada, observándolo todo, pues el taxista no pudo entrar en la propiedad. Desde donde estaba se podía observar el jardín, que era precioso, y la fachada de la casa, que era impresionante.

# Capítulo 2

*Arabia*

Llamé al interfono, y me respondió una señora bastante amable, la verdad, que se encargó de abrirme la parte peatonal de la verja, y en la que me dijo que esperara, pues uno de los empleados vendría a ayudarme con las maletas.

—Buenos días, soy Arabia Contreras, la nueva niñera —me presenté al chico que vino a ayudarme.

—Buenos días, yo soy Carlos Romero, el jardinero, barra botones, en esta ocasión —me contestó.

Era un chaval muy simpático, que debía tener mi edad, o quizás un poco más mayor, pero no mucho. Me acompañó hasta la puerta, donde me estaba esperando la señora que me atendió en el interfono.

—Hola, corazón, yo soy Juana, la cocinera. El ama de llaves, que es la que te tendría que recibir, ha salido con los niños, pero no tardará en volver. El señor no vendrá hasta bien entrada la tarde, pero puedes esperar en la cocina, conmigo, hasta que llegue la señora Victoria —me dijo, dándome dos besos después de que yo también me presentara.

—Estará perfecto. Gracias —le respondí, con una sonrisa.

—Carlos, lleva las maletas al área de servicio, déjalas en el pasillo, pues la señora Victoria no me ha dicho donde se alojará Arabia —le pidió al jardinero, que asintió, dejándonos solas en la cocina.

Juana me estuvo contando cosas de los niños, de los que decía que les costaba conectar con las personas que entraban nuevas en sus vidas. También me dijo que eran dos niños entrañables, que se ganaban el cariño de todos, una vez que habían cogido confianza.

—¿Qué tengo que saber del señor, Juana? No me gustaría meter la pata nada más llegar —le pregunté, algo nerviosa con ese tema.

—Ay, hija, es otro desde que su esposa murió —me dijo.

—¿Tan enamorados estaban? Ojalá yo encontrara algún día alguien que me amara así —dije, verbalizando mis pensamientos, y ella me miró como con tristeza.

—No desees eso, Arabia, nadie se merece que lo quieran de esa manera. No es que el señor sea malo, ni mucho menos, pero, digamos que se casaron obligados por la sociedad. Ni él estaba enamorado de ella, ni ella de él. Era algo así como, un acuerdo comercial. Al fallecer la señora, toda la fachada de hombre de negocios y de familia del señor, se vino abajo, y no ha sabido recomponerse de eso…

—¿Ya estás hablando de más? —le espetó una mujer, que entró en ese momento en la cocina.

—Señora Victoria, yo tan solo estaba explicándole a la chica nueva las peculiaridades del señor, para que no se asuste ni le tome de sorpresa —le dijo ella, intentando justificarse.

—Tú, lo único que tienes que hacer es preparar la comida para que esté lista cuando los niños y el señor se sienten a la mesa. Lo demás, ni te incumbe a ti, ni le incumbe a nadie —dijo, mirándome a mí directamente.

Tenía pinta de ser una sargento de cuidado, de esas que llevaban la vida, obra y milagro de todo el mundo que habitaba en la casa, y fiel defensora de su jefe. No tenía más de treinta y cinco años, quizás un poco menos. Iba vestida de una manera muy clásica, como si en vez de ser el ama de llaves de la mansión fuera la señora de la casa, y actuaba de la misma manera.

—El señor no quiere que te alojes en la zona de servicio, pues los niños se despiertan algunas noches, y estarías muy lejos de ellos. Se te asignará la habitación que está en medio de las de los niños, con acceso directo a ambas estancias desde la misma, sin necesidad de que tengas que salir al pasillo —me fue explicando, mientras subíamos las escaleras a la primera planta.

—Mis maletas las han llevado a la zona de servicio —le dije, a media voz, porque con esta mujer me daba hasta miedo hablar, la verdad.

—Ahora las subirán, no te tienes que preocupar por eso. Como te iba diciendo, tienes acceso totalmente libre a toda la casa y sus estancias, las que te enseñaré luego, excepto a la segunda planta. A pesar de estar cerrada con llave, no quiero verte merodear escaleras arriba, esa zona está restringida para todo el servicio, tan solo yo entro de vez en cuando para limpiar.

—Entendido, y gracias por la aclaración. De todas maneras, yo estoy aquí para cuidar a los niños, no para meterme en la vida de nadie —le dije, pues me dio la impresión de que pensaba que yo era una cotilla.

—A los niños los conocerás ahora, pero antes, quiero dejarte claro todo, para que no haya margen a error. A mí, te dirigirás como señora Victoria, y al dueño de la mansión, como señor Salmerón. A los demás, podrás dirigirte por su nombre de pila. Los niños se llaman Daniela y Saúl, pero te agradecería que, delante de gente ajena a esta casa, te dirigieras como los señoritos —me fue diciendo.

Cuando abrió la puerta de mi habitación, me quedé con la boca abierta, pues era más grande que el apartamento en el que vivía. Contaba con una cama de matrimonio, un armario empotrado y un escritorio, aparte de la mesilla de noche. Tenía su propio baño incluido, con una bañera enorme, un lavabo de dos senos y un armario para guardar la ropa de baño.

En ambos lados de la habitación había una puerta que daba directamente a las habitaciones de los niños. Lo que más me llamó la atención fue el balcón que tenía, al que se accedía desde una puerta francesa, y que daba directamente al jardín trasero, y desde donde se veía una piscina y una zona de solárium que era digna de un hotel de esos que se veían en las revistas y a los que no teníamos acceso los simples mortales.

—Veo que te agrada tu alojamiento, pero tengo que decirte algo más. Al señor no le gustaría encontrarte por los pasillos en pijama o camisón. Eso sería intolerable, por lo que, te recalco que, cuando los niños te necesiten de noche, accederás a ellos únicamente por una de estas dos puertas —me volvió a decir.

—No se preocupe, señora Victoria, que eso no ocurrirá. Ahora, si no le importa, me gustaría conocer a los niños y poder empezar a ocuparme de ellos, que es para lo que estoy aquí —le dije, con mi mejor tono, pero con cierta dureza, porque esta mujer empezaba a tocarme los ovarios.

—Por supuesto, señorita Arabia —me dijo, y la miré con cara de "debes estar loca si piensas que me vas a llamar así", y ella lo notó —Será mejor que la llame Arabia, a secas, veo que esa otra manera en la que la he nombrado no le ha agradado mucho.

—La verdad es que no, así que lo preferiría —le respondí.

La señora Victoria abrió la puerta del dormitorio de la niña, se notaba que era la de ella, porque estaba decorada en tonos rosas de lo más bonita. Los niños estaban sentados juntos, en la camita de Daniela, y se veían de lo más nerviosos a los dos. No le presté atención a la señora Victoria, sino que me acerqué a ellos y me puse en cuclillas, para estar a su altura.

—Hola, chicos, buenos días. Me llamo Arabia, y voy a ser la encargada de ocuparme de vosotros a partir de ahora. Espero que os guste mi presencia, porque tengo un montón de actividades preparadas para que nos lo pasemos genial —les dije, y vi la carita de ilusión de los dos, hasta que aquella cacatúa empezó a hablar.

—Eso será si el señor da su aprobación. No sé como estarás acostumbrada a trabajar, Arabia, pero en esta casa, antes de hacer nada, tiene que pasar por la supervisión del señor —me dijo, y vi como ambos cambiaban su rostro.

—¿Y si el señor no está y queremos hacer una manualidad? ¿Cómo lo hago, le mando un correo electrónico? —le contesté, pues cada vez me caía peor.

—Aquí no tiene cabida la ironía, Arabia. Por tu bien, espero que seas capaz de cambiar eso. Y con respecto a lo que has preguntado antes, las actividades se programan semanalmente. De ese modo, el domingo por la tarde, le entregarás al señor toda la agenda, y él departirá contigo las que crea que son adecuadas y las que no —me contestó, con suficiencia.

—Hoy estamos a miércoles. ¿Cómo lo tengo que hacer? —pregunté, pues no pensaba dejar a los niños sin actividades durante toda la semana.

—En este caso, y como una excepción, el señor se reunirá con usted después de comer, y le dará todas las indicaciones que crea conveniente. En ese encuentro, podrá explicarle las actividades que ha seleccionado para los señoritos durante toda la semana —me dijo, como si ella estuviera por encima de todo y de todos.

¿Cómo podía una mujer tan joven estar tan amargada? Si yo fuera ella, me lo haría mirar.

# Capítulo 3

*Arabia*

—¿Qué os parece si os cambiáis de ropa y os poneis cómodos? —les pregunté a los niños, que me miraron como si les hubiese dicho algo fuera de lo normal.

—Creo que no está acostumbrada a tratar con niños de esta clase social. Ellos están perfectamente vestidos para comer con su padre. Al final, no sé yo si serás la persona adecuada para este puesto… —me dijo, con una sonrisa de lo más sarcástica.

—Los niños son niños, sea cual sea su clase social, señora Victoria, y no me parece adecuado que, con esta edad, tengan que ir vestidos para estar en casa como si fueran a una boda —le dije, y ese era el primer punto que trataría con su padre.

—Desde que nacieron, los señores los vestían así para todas las comidas. En estos armarios no encontrarás ni chándal, ni nada parecido. La niña siempre usa vestidos y el niño siempre pantalones chinos. No vayas a pensar que, tu presencia, va a cambiar algo como eso, porque yo no lo permitiría —dijo, con mucha altivez.

No quise decirle que ella era la persona más insignificante en la educación de los niños, que para eso estaba su padre. Ella, por mucho que le gustara, ni era su madre ni nadie de su familia. Si de esos niños me iba a ocupar yo, pues

sería yo quien me encargaría de decirle a su padre lo que era más adecuado para ellos.

Bajamos al salón, hasta donde acompañé a los niños, pues su padre, que debería haber llegado ya, todavía no lo había hecho, por lo que la cacatúa, pues a partir de ahora la llamaría así, seguía con su labor de ejercer de dueña de la casa y de la situación.

—En esta casa se desayuna a las ocho y media, completamente vestidos, nada de bajar en pijama ni mucho menos. Se come a la una y media, se merienda a las cinco y se cena a las ocho. A las nueve, los niños tienen que estar en la cama, bañados y preparados. Será primordial que te aprendas estos horarios —me dijo, muy pagada de sí misma.

—Pues parece que el señor los horarios no los lleva a rajatabla —contesté, pues eran casi las dos menos cuarto y no había aparecido.

—En este caso, comerán los niños, y cuando llegue el señor, lo hará él, si no es que lo ha hecho ya. Además, eso no es asunto tuyo, tú preocúpate de que los niños cumplan los horarios, de lo demás, ya nos ocuparemos las personas a las que nos corresponda —respondió, mirándome con mucho desprecio.

Los niños se sentaron a la mesa, en el lugar en el que lo hacían siempre. Fui a sentarme junto a ellos, por si necesitaban ayuda, sobre todo el pequeño Saúl, pero ella, de nuevo, me frenó.

—En esta mesa, tan solo se sientan los señores de la casa y que yo sepa, tú no eres uno de ellos —me regañó.

—Entonces, ¿cómo lo hago para ayudar a Saúl?

—Para empezar, no es Saúl, es el señorito Saúl. Y tú no tienes que ayudarlo a nada, él es lo suficientemente mayor para comer solo sin ayuda.

—¿Lo suficientemente mayor? Por favor, que tiene cinco años, no cincuenta. Es demasiado pequeño para que use el cuchillo, se puede hacer daño…

—Cuando hables con su padre, él se encargará de ponerte al día de todo. De momento, lo único que tienes que saber es que, si no está el señor sentado a la mesa, te mantendrás de pie detrás de los niños, a modo de precaución, nada más —me dijo, zanjando la conversación.

En ese momento entró otra de las chicas del servicio, que no conocía aún, para servir la mesa. El primer plato era un puré de verduras, y de segundo, un pescado a la plancha que tenía más mala cara que yo con gastroenteritis. Estos niños comían como si estuvieran ingresados en un hospital, pues se veía que la comida estaba insípida y sin sustancia. Segundo punto del que hablar con el señor.

Me puse donde me había dicho la señora Victoria, justo detrás de los niños, hasta que terminaron de comer. Ver la carita de Saúl comiéndose ese pescado que parecía la suela de un zapato, me estaba dando una pena que no podía con ella.

Una vez terminaron de comer, la señora Victoria les indicó que fueran cada uno a su cuarto, pues era la hora de descansar la comida mientras que el servicio comía, pues el señor seguía sin dar señales de vida.

—Buenas tardes, mi nombre es Medea, y soy la chica de la limpieza, aunque también me encargo de servir la mesa —me dijo la chica que había visto antes, y que sería un poco más mayor que yo.

—Hola, yo soy Arabia, la nueva niñera —me presenté.

Cuando vi que la comida que le habían servido a los niños no tenía nada que ver con la que nos serviríamos nosotros, no dudé en preguntar el por qué. A nosotros nos habían servido, de primero, una ensalada con una pinta estupenda y, de segundo, lasaña de atún que desprendía un olor que daba gloria.

—¿Por qué a los niños se les ha servido otra comida? —pregunté, porque no me parecía justo para ellos.

—Porque el señor no quiere que los niños coman nada más que lo que él nos indica. Tienen un menú especial, al igual que él, que también come lo

mismo que ellos —me contestó Juana, pues la cacatúa no estaba todavía con nosotros.

—Me vas a perdonar, Juana, porque está claro que no es que tú cocines mal, que esto huele que alimenta, pero la comida que se les ha puesto hoy a los niños, aparte de ser de lo más insulsa, no tiene los nutrientes que un niño necesita —contesté, justo cuando entraba el señor en la cocina.

—Eso lo hablaremos más tarde, aunque no creo que usted sea la persona idónea para decirme lo que mis hijos deben comer o no. Ahora mismo, voy a lavarme las manos y que me sirvan la comida en el salón. Inmediatamente después, la espero en mi despacho —dijo, dándose la vuelta y saliendo de allí.

—Me parece perfecto, señor, allí estaré y le demostraré que lo que digo es cierto —le contesté, mientras que los demás me miraban asombrados por atreverme a replicarle.

Era guapísimo, incluso mucho más que en las fotos, pero también era un gilipollas de cuidado. No respetó que, tanto Juana, como Medea, estaban a punto de empezar a comer, y que no podrían hacerlo hasta servirle a él. También me sentó muy mal que me corrigiera delante de todos mis compañeros, pues me lo podía haber dicho luego en su despacho.

Si se pensaba que, por tener dinero y esa cara iba a hacer conmigo lo que le diera la gana, lo llevaba claro. No pensaba permitir que me avasallara ni que me humillara, por mucho que deseara este trabajo, y se lo iba a dejar claro.

En esta casa, y en relación con los niños, porque de lo demás me daba exactamente igual, se iban a tener que modificar muchas cosas, y lo iba a conseguir, a si me tuviera que dejar la vida en ello.

Comimos en completo silencio, nadie se atrevió ni siquiera a levantar la mirada de su plato, temiendo una reprimenda por parte de la señora Victoria, que se había mantenido en el salón hasta que habían terminado de servir la comida al señor Salmerón.

—El señor me ha dicho que te está esperando en su despacho, así que no tardes en acudir, no le gusta la gente que no valora su tiempo —me dijo, muy

sobradita.

—Pues tendrá que esperar a que termine de comer, porque si a él no le gustan las personas así, a mí no me gustan las que no respetan el descanso de sus trabajadores —le contesté, y continué comiendo.

Juana me miró, aguantando la risa, pero muy orgullosa de saber que no me iba a dejar pisotear por ella. Me dio la impresión de que, a ella, en multitud de ocasiones, le hubiera gustado contestarle de la misma manera que yo, pero por alguna razón, no podía hacerlo, y me iba a enterar del motivo.

Me estaba tomando el postre cuando vi al señor aparecer por la cocina, nuevamente, y traía cara de enfadado.

—Le he dicho que le estoy esperando en mi despacho —me dijo, en tono cortante.

—Por supuesto, en cuanto termine de comer, iré a verle. Tenemos muchas cosas que tratar. No se preocupe, en cuanto me tome el postre, me tendrá allí —le contesté, mientras seguía comiendo.

—¡Cómo eres tan insolente! —me gritó la cacatúa, cuando el señor ya se había marchado.

—Le voy a decir una cosita, señora Victoria. Que sea la primera y la última vez que me levanta la voz, porque, que yo sepa, ni le faltado el respeto ni he insultado a nadie —le dije, dejando mi servilleta encima de la mesa.

# Capítulo 4

*Ulises*

Tenía la impresión de que esa mujer me iba a dar muchísimos quebraderos de cabeza, entre otras cosas porque tenía una belleza nada usual, además de no amedrentarse ante mí, y eso era algo que, de siempre me había vuelto loco, en todos los sentidos.

Tuve que ir a buscarla de nuevo a la cocina, pues llevaba diez minutos esperándola y no se había dignado a aparecer. Me di la vuelta cuando me contestó de aquella manera, pues no quería que me viera sonreír y que pensara que podía hacer conmigo lo que le diera la gana.

—¿Puedo pasar? — dijo, golpeando la puerta a pesar de que estaba abierta.

—Por supuesto, por eso está abierta. Si no quisiera que pasara, estaría cerrada y tendría que esperar a que te volviera a llamar —le contesté.

Entró y se quedó de pie delante del escritorio, como si estuviera analizándome, como si no supiera la manera en la que decirme las cosas, hasta que le di pie a que hablara.

—Me había dicho antes que quería tratar varios temas conmigo. Adelante, comience, por favor —le dije, guardando las distancias, porque era el tipo de mujer que a mí me encantaba, y podía hacer algo que no fuera conveniente.

—En primer lugar, no me gusta que me hablen de usted, pues tan solo tengo veinticinco años. Pero no se preocupe, que eso no es recíproco, ya me

ha quedado claro que le gusta marcar las distancias con sus empleados —me contestó, y me dejó a cuadros.

¿En qué momento he dado yo esa impresión? Pensaba que, si se dirigían a mí de esa manera, era porque ellos se sentían más cómodos, no porque fuera idea mía, pero la dejé que siguiera hablando.

—No es eso lo que quiero, Arabia. Si tú quieres que te llame por tu nombre, tú me llamarás por el mío, Ulises.

—Si se entera la cacatúa, digo, la señora Victoria, le da un infarto —murmuró, pero me enteré claramente, y no pude evitar soltar una carcajada, como hacía mucho tiempo que no lo hacía.

—¿Cómo has llamado a la señora Victoria? —pregunté, sin poder parar de reír.

—Nada, nada, de ninguna manera. He pensado en alto, pero eso no es lo que quería hablar con usted, Ulises —me contestó, mezclando las dos maneras de llamarme, pero no la corregí, que me llamara como quisiera.

—Vamos a empezar por el tema de alimentación. ¿Por qué dices que esa manera de alimentar a mis hijos no es la correcta? —le pregunté.

—Verá, a los niños hay que ponerles la comida de manera atractiva, que les llame la atención… —me soltó un discurso sobre por qué los niños debían tener una alimentación variada, de tal manera, que me convenció.

—Está bien, pero no le pienso permitir que tomen patatas fritas todos los días, ni porquerías de esas precocinadas. Alimentación variada y atractiva, pero completamente sana.

—Perfecto, ahora le prepararé un cuadrante a Juana para que la prepare, antes se la haré llegar a usted, para que esté de acuerdo. Otra cosa, la vestimenta. Son niños, no pueden estar en casa como si fueran a una gala con la reina de Inglaterra. Tengo muchas actividades pensadas para ellos, pero la mayoría no las podrían hacer con esas ropas —me dijo, y arqueé una ceja.

—¿Pretende que los niños vayan todo el día vestidos como pordioseros? Porque por ahí sí que no voy a transigir —le contesté, pues mis hijos tenían que estar siempre bien vestidos, independientemente de las actividades que fueran a hacer.

—¿Me ve usted vestida como una pordiosera? —me preguntó, y me tuve que fijar en su atuendo.

—No, pero es completamente distinto. Usted no es…

—Sí, ya, yo no soy de alta alcurnia, eso lo sé, no hace falta que usted me diga nada —contestó, molesta.

—No quería decir eso, le pido disculpas…

—Sí que quería, pero a mí me da igual. Estoy aquí para hacer lo mejor para los niños, y eso incumbe el cambiar su manera de vestir, al menos cuando estén en casa. Algunas bermudas y camisetas de tirantes estarían bien, que hace mucho calor para ir con esos vestidos y esas camisas. Son niños, por el amor de Dios, tienen que correr, saltar, jugar, y hacer uso de esa preciosa piscina —me dijo, como si fuera la dueña de todo, la madre de los niños, y eso me sentó muy mal, tanto que le contesté de mala manera.

—¡Son mis hijos, y yo decido sobre ellos! Esa piscina es tan solo para practicar natación, nada más. No vaya a pensar que se va a pasar los días metida en esa piscina, y mis hijos haciendo lo que les venga en gana —le grité, pero lejos de venirse abajo, lo que hizo fue plantarme cara.

—Me parece perfecto, pero no pienso modificar mis actividades, que están pensadas para el disfrute de los niños. Si se manchan y no tiene arreglo, se tirará y se le comprará otra —me dijo, y se levantó para marcharse.

—Necesito la lista de actividades de los niños, tengo que darles su aprobación.

—Y yo necesito que confíe en mí. Tengo la titulación adecuada para ello, y no tendría que darle ninguna lista de actividades, pero se la enviaré por correo electrónico. Espero su respuesta de la misma forma. A partir de ahora, le agradecería que nos comunicáramos así —me dijo, y salió de mi despacho.

Allí me quedé yo, con una cara de tonto que no podía con ella. ¿Había tenido el valor de desafiarme? ¿Me había dicho como tenía que actuar con respecto a mis hijos? Pues sí, y lo había hecho casi sin despeinarse.

—¿Puedo pasar, señor Salmerón? —me dijo Victoria.

—Adelante. ¿Qué le trae por aquí? —pregunté.

—La señorita Contreras, no creo que sea una buena influencia para los niños. ¿Está usted seguro de que ese currículo no está falsificado? —me dijo, y en ese momento me acordé de que la había llamado cacatúa y solté una carcajada.

—Está todo perfecto, Victoria, no se preocupe —le dije, instándola a salir de mi despacho —. Dígale a la señorita Arabia que vuelva un momento a mi despacho, tengo algo más que hablar con ella, por favor.

Victoria llevaba enamorada de mí desde que llegó a la casa, hacía ya más de tres años. Mientras que mi esposa estaba viva, a pesar de que conocía todos mis secretos, nunca lo intentó, pero una vez que falleció, ya se había insinuado un par de veces. Podría haber aprovechado, pero no lo hice, no quería traspasar una línea de la que no pudiera volver, porque con Victoria estaba seguro de que sería así.

Minutos después de haber departido con ella, Arabia volvió a entrar. Traía cara de enfadada, y supe que la señora Victoria le había dicho algo inapropiado.

—¿Me ha llamado usted? —me preguntó, evidenciando que estaba enfadada —Si me va a despedir, le agradecería que especificara que mi manera de trabajar no cumple con sus directrices, no que no he cumplido con mi trabajo.

—¿Se puede saber de qué estás hablando? ¿Quién ha dicho nada de despedirla? Porque yo no, desde luego —dije, algo divertido.

—La señora Victoria me ha venido a buscar y me ha dicho, palabras textuales: “no empiece a arreglar sus cosas, aquí tiene los días contados. El

señor Salmerón quiere verla, que fácil me ha resultado convencerlo" —me dijo, y la miré completamente asombrado.

—A mí no me tiene que convencer nadie, porque tengo edad suficiente para saber lo que quiero o no para a mi familia. Dicho esto, si la he mandado llamar es para que me dé una lista de la ropa que necesitan mis hijos, o bien, que entre usted en las tiendas online y haga el pedido —le dije, y ahora la sorprendida era ella.

—Creo que será mejor que hagamos el pedido online, bajo su supervisión, por supuesto.

—Pues haga el favor de venir aquí a mi lado, con esa silla. En principio, utilizaremos mi tarjeta bancaria, pero ahora mismo le pediré una a su nombre para que haga las compras que los niños necesiten —le dije, entregándole el ratón del ordenador.

Entró en una página web de una tienda de bajo costo de prendas infantiles y, aunque, al principio no me gustó la idea, porque mis hijos estaban acostumbrados a ropas de primeras marcas, preferí callar.

Hizo un pedido enorme de ropa cómoda, tanto para el niño, como para Daniela, y no gastó ni una cuarta parte del dinero que me solía gastar en una camisa para el niño.

—¿Estás segura de que ese es el importe de la compra? —pregunté, asombrado.

—Si le parece mucho, podemos quitar alguna que otra prenda que he puesto repetida, pero en diferentes colores —me dijo, algo avergonzada.

—¿Parecerme mucho? No es ni una cuarta parte de lo que gasto normalmente en dos prendas para ellos. Pide todo lo que quieras, como si quieres adquirir algo para ti, también —le dije, pero negó con la cabeza.

Le pedí que pusiera el envío exprés, cuyo coste eran veinticinco euros, pero te aseguraban tener el pedido en un par de horas.

# Capítulo 5

*Arabia*

La cacatúa era una hija de la gran…Bretaña, por decirlo de una manera elegante, por no decirle, hija de puta. Pero que, si pensaba que iba a poder conmigo, lo llevaba claro.

Acababa de llegar el pedido con la nueva ropa de diario de los niños. Me costó convencer al señor Salmerón, de que era lo mejor para ellos. No decía que tuvieran que ponerse esa ropa cuando salieran con su padre, pero tampoco que estuvieran incómodos en su casa.

—Chicos, ya ha llegado la ropita nueva para estar en casa. Veréis que guapos vais a estar —les dije, poniendo las cajas en la habitación de Daniela, que era la mayor, para separar las prendas de uno y de otro.

—Señorita Contreras, la señora Victoria nos ha dicho que, con esa ropa, vamos a parecer indigentes, y nosotros no queremos parecer eso —me dijo Daniela, con algo de apuro.

—Para empezar, soy Arabia, y así quiero que me llaméis. Y, en segundo lugar, ¿te parezco yo una indigente? —le dije, señalándome la ropa.

Yo me había puesto unas bermudas en color verde caqui, con una camiseta de tirantes blanca y unas zapatillas de deporte que mezclaba ambos colores. La niña me miró de arriba abajo, y negó con la cabeza.

—Mi amor, se trata de ropa normal, con la que podréis correr y jugar, porque hoy vamos a pasar la tarde en el jardín, y vamos a jugar a la pelota. ¿Os apetece? —les pregunté, y vi la ilusión en sus ojos.

Sacamos toda y la dividimos en dos, la suya y la de su hermano. En su armario, le hicimos hueco para colgar todo de manera ordenada, y guardar sus camisetas en varios de los cajones, y lo mismo hicimos con la de su hermano. Cuando todo estuvo listo, Daniela eligió unas bermudas parecidas a las mías, junto a una camiseta de tirantes de rayitas y sus zapatillas de deporte. Saúl optó por un pantalón corto en azul marino y una camiseta sin mangas blanca y roja y también se puso las zapatillas deportivas.

Eran las seis de la tarde, con lo que todavía podíamos jugar durante bastante tiempo. Por primera vez desde que había llegado, vi a esos niños reír y correr, sudar y mancharse, como cualquier otro niño de su edad.

Cuando levanté la mirada, me encontré con la de Ulises, que estaba en la ventana de su despacho, mirándonos fijamente. Ese hombre tenía un problema, no sabía cuál era, ni tampoco me importaba, pero, por sus hijos, debería dejar todo atrás y centrarse en ellos.

Eran las siete y media cuando entramos en la casa, y la mala suerte hizo que nos cruzáramos con la señora Victoria, que nos miró con desprecio. A mí, que me mirara como le diera la gana, porque me la traía al pairo, pero a los niños no iba a consentir que los mirara de esa manera.

—Señora Victoria, si no quiere que hable con el señor sobre la manera en la que mira a los niños, no los vuelva a mirar así, o tendremos más que palabras —le dije, con rabia.

—El señor sabe que quiero a estos niños como si fueran míos, así que no los puedo mirar nada más que con amor. A quien estoy mirando de ese modo es a usted, que los ha convertido en dos chabacanos como usted —me dijo.

—Los he convertido en dos niños que han jugado felices, se han ensuciado y han reído, tal y como corresponde con su edad. Además, haga el favor de no meterse en mi manera de educar a los niños, tengo la plena confianza de su padre.

Subí a bañar a los niños, que se pusieron su ropa de siempre para cenar, ya que, en eso, de momento, no quería intervenir. Quizás, con el tiempo, le diría algo a su padre al respecto, pero ahora no era el momento.

—Siéntese a cenar con nosotros, Arabia —me dijo el señor.

—Eso, eso, que nos encanta estar con ella —dijo Saúl.

—Papá, hoy hemos jugado a la pelota en el jardín. ¿Podrías unirte algún día que no tengas mucho trabajo? —le preguntó el niño, pero la cacatúa no dejó que su padre contestara, lo hizo ella.

—Lo que le falta a su padre, señorito, es tener que jugar a la pelota, con todo el trabajo que tiene. No sé quién le habrá metido esa idea en la cabeza —contestó ella, mirándome como con asco.

—Victoria, hasta ahora, tengo boca y poder de decisión, así que le agradecería que no hablara por mí —le dijo, para volverse luego a sus hijos —. Claro que sí, hijo, pero yo también tendré que comprarme ropa adecuada para hacer eso, no quiero que ninguno de mis trajes de diseño se estropee. En cuanto a usted, Arabia, le he dicho que se siente a la mesa con nosotros.

—Sigo diciendo que no es lo adecuado, señor —volvió a hablar Victoria, que se metía hasta en adobo.

—Señora Victoria, haga usted el favor de salir del comedor y dígale a Medea que ya puede servirnos, a los cuatro.

—Enseguida, señor —contestó ella, que al salir dirigió su mirada a mí, y yo le correspondí con una sonrisa.

—Señor Ulises, me gustaría comentarle algo, si me lo permite —le dije, y él asintió con la cabeza.

—Yo también quería decirle algo. A partir de mañana, quiero que los niños solo usen este tipo de ropa cuando haya algún evento. ¿Sería posible que le comprara usted ropa un poco más arreglada que la que ha comprado, pero sin que llegue a ser como esta? Entiendo que mis hijos puedan estar mejor sin tantos adornos ni etiquetas —me dijo, y sonreí.

—Por supuesto, señor. Justo eso era lo que le quería comentar. Mañana mismo hago varios pedidos, pero eso sí, serán algo más caras que las de hoy, pero sin ser tan excesivo como cuando las compra usted —le dije, sonriendo.

Estuve cenando con ellos, entre risas y comentarios de lo que habían hecho durante todo el día, de lo que les gustaba la ropa que habían llevado, hasta ahora, y que mañana íbamos a perfeccionar las técnicas de natación.

Ulises no apartaba la mirada de mí, y cada vez me ponía más nerviosa. No sé por qué, pero en ese instante me vino a la cabeza lo que tendría en esa segunda planta. ¿Sería algún laboratorio de esos que tenían los frikis de la informática? ¿Se dedicaría a ser hacker y tendría allí todos los ordenadores con los que trabajaba de incognito?

—Arabia, mañana a primera hora pasa por mi despacho, por favor, te daré el número de tu tarjeta para que hagas las compras de los niños. Por favor, no escatimes en el precio —me dijo, pero en su mirada se notaba que quería algo más. ¿El qué? No tenía ni la más remota idea.

Subí a los niños a su habitación, les puse el pijama después de lavarse los dientes, y los acosté a cada uno en su habitación. Como no me podía ir a la habitación de uno sí y de otro no, idee una cosa. Me senté en mi cama, y a través del sistema de seguridad de los niños, me puse a contarles un cuento. Cuando ya llevaba más de la mitad, dejé el libro y fui a las habitaciones, donde ambos estaban completamente dormidos, o eso pensaba.

—Gracias, Arabia —me dijo Saúl, cuando le dejé un beso en la mejilla.

—¿Por qué, mi amor? —le pregunté, porque de los dos, era el más sensible.

—Por ese beso y por hacernos pasar un día como dos niños normales —me dijo, con una madurez impropia para su edad.

—Ese beso, y muchos más, te daré todos los días de mi vida. Supongo que ahora vendrá vuestro padre para daros el suyo de buenas noches —le dije, y me miró, extrañado.

—Nunca viene y nunca lo hace. Es la primera vez que me dan un beso de buenas noches, porque mamá tampoco lo hacía, porque se lo he preguntado a Daniela. Ella dice que es para hacernos fuertes, pero yo no lo creo.

—Pues duerme tranquilo, porque a partir de ahora, los tendrás cada noche y cada amanecer, sin excepción alguna —le dije.

Iba a entrar en mi cuarto cuando me encontré a la cacatúa sentada en mi cama, mirándome con cara de asco.

—¿Se puede saber qué hace aquí? Esta es mi habitación, y no tiene ningún derecho a estar aquí —le dije, furiosa.

—Tengo la plena potestad de moverme por toda la casa, y soy la única persona que la tiene. Con respecto a los niños, si piensas que, ganándote a los niños vas a conseguir la atención de su padre, desde ya te digo que te vayas olvidando —me dijo, levantándose y saliendo de mi habitación.

# Capítulo 6

*Ulises*

Esa mujer me estaba volviendo loco. Tenía que subir a la segunda planta, por lo que avisaría a Miranda, que era la que siempre estaba dispuesta y disponible cada vez que la llamaba.

Os estaréis preguntando que tenía en esa segunda planta, pues os voy a sacar de dudas, pero para ello, os tengo que explicar todo desde el principio.

Entre mi mujer y yo tan solo había una especie de contrato, nada más. Ella era una mujer tradicional, que quería una familia a toda costa y yo, para mi trabajo, daba mejor imagen aparecer con una esposa del brazo que cada día con una.

Digamos que yo tengo unos gustos sexuales algo diferentes a los que todos consideran como normal, y ella no los compartía conmigo. Mi esposa sabía de mis idas a diferentes clubes de sexo liberal, pero en el momento de casarnos, me pidió que no asistiera. Me propuso que, si tenía esa necesidad, habilitara la segunda planta de la mansión, y que llevara allí a mis compañeras de juego. La única condición que me puso fue que nadie entrara por la puerta principal de la casa. Por ello, habilité una escalera y una entrada por la fachada trasera, con un ascensor que quedaba escondido y del que nadie, salvo Victoria, sabía de su existencia.

Si te ponías delante de la piscina, tan solo se veía una especie de enredadera que tapaba una columna, que era el hueco del ascensor. Para poder

acceder a él, tenías que marcar una clave de la que eran conocedoras mis dos compañeras de juegos, aunque una de ellas se había retirado de este mundillo al enamorarse de un hombre.

También se podía acceder desde el interior de la casa, por supuesto, pero por ahí tan solo lo hacía yo, nadie más. Bueno, Victoria cuando la avisaba para que fuera a limpiar todo, como había hecho hacía unos minutos. Ella me pidió mil veces que la dejara entrar ahí a jugar conmigo, pero no me arriesgaría a eso. Ella era buena para encargarse de la casa, pero no para ser una de mis compañeras.

—Miranda, en mi casa dentro de una hora —le dije, sin darle opción a nada más.

—Sí, mi amo, allí estaré —me contestó, y colgué la llamada.

No es que yo fuera uno de esos a los que les gustaba el sado, para nada era mi gusto, pero sí que me ponía que la mujer hiciera lo que yo quisiera, con un código por si no estaba de acuerdo, porque por nada del mundo obligaría a una mujer a hacer algo que no quisiera.

Mientras Miranda no llegaba, subí a preparar todo lo que utilizaríamos esa noche, pues no pensaba parar hasta bien entrada la madrugada. Tenía que quitarme el estrés, y esa era la mejor manera.

Pensareis que ahora que no estaba mi esposa nada ni nadie me impedía acudir a uno de esos clubes, y lo hacía, con mi mejor amigo Jaime, pero tan solo cuando se trataba de alguna fiesta.

No creía en el amor, eso no era para mí. A veces me preguntaba si es que mi corazón tenía alguna especie de tara, o algo por el estilo, porque ni siquiera mis hijos me infundían ese sentimiento, o no como yo pensaba que debía sentirlo.

—Ya tiene todo listo, señor —me dijo Victoria, en el momento en el que entré por la puerta del interior de la casa.

—Pues entonces, ya puedes marcharte. Sabes que Miranda no entra por esta puerta, así que, cuando salgas, echa la llave, por favor —le dije, para que

supiera que, en esta ocasión, tampoco sería ella la persona que compartirían juegos conmigo esta noche.

Para que os hagáis una idea, en esa segunda planta había creado como un apartamento, pero muy especial. Para empezar, el techo era todo de cristal, de manera que podías ver cualquier cosa que se hiciera desde todo el apartamento.

La cama estaba vestida con sabanas de seda negras, era un capricho mío, al igual que todo lo demás. Tenía un jacuzzi, una zona de sofá y barra, con cocina propia y un cuarto de baño completo, con ducha con hidromasaje.

Eso era en el plano general, porque luego estaban las cosas específicas que me gustaban en el tema sexual. Tenía un diván rojo, un armario con varios juguetitos y unas correas que colgaban del techo, y que me daba mucho juego. En la cama también tenía correas por todas partes, en el cabecero, en los pies de la cama y en uno de los pósteres que tenía junto a ella.

—Te quiero desnuda, ya —le dije a Miranda, mientras me sentaba en el sofá que había frente a la cama.

—Ahora mismo, mi amo — respondió ella, sin levantar la mirada del suelo.

Yo me había quedado tan solo con el pantalón negro que solía utilizar, tanto en mi apartamento del pecado, que era como Jaime lo había bautizado, como para ir al club. Descalzo y sin camiseta, me levanté a coger varios juguetes que quería que ella utilizara para ponerme a tono.

No os voy a decir que Miranda no fuera una mujer espectacular, porque estaría mintiendo. Medía uno sesenta y ocho, tenía unas caderas y un pecho que hacía que cualquier hombre se volviera loco, cualquiera menos yo. Si la llamaba y la tenía allí conmigo, era porque no cualquier mujer era capaz de hacer lo que yo le decía, y ella ni rechistaba.

—Siéntate en la cama y date placer con cualquiera de esos juguetes que te he dejado ahí —le dije, viendo lo que cogía mientras le daba un sorbo a la copa que me había servido.

La vi gemir cogiendo un succionador de clítoris, y le prohibí que se corriera hasta que yo no le diera la orden. Si me desobedecía, sabía que tendría consecuencias.

Cuando ya estuve a tono, me levanté, me arrodillé entre sus piernas, sustituyendo el succionador por mi boca, y haciendo que gritara y se retorciera, hasta que le di el permiso para que se corriera en mis labios.

Estuvimos jugando mucho tiempo, y lo hicimos de todas las maneras que se me ocurrió, hasta que quedé completamente saciado.

—Puedes darte una ducha y salir de mi casa. Cuando te necesite, te volveré a llamar —le dije, dejándole encima de la mesa un billete de quinientos euros.

Al principio, cuando lo hacía, se enfadaba, y me decía que ella no era una prostituta, pero luego entendió que lo hacía a modo de agradecimiento, no que le pagaba por el sexo, y dejó de discutir.

Esperé a que se marchara por el ascensor y cuando vi que se montaba en su coche y abandonaba la propiedad, salí del apartamento y bajé para entrar de nuevo en mi habitación.

Justo llegaba al final de la escalera, cuando la vi, allí plantada en medio del pasillo, con un pijama que dejaba muy poco a la imaginación y que me puso duro al instante.

—¿Se puede saber qué haces de esta guisa por los pasillos? —le pregunté, cabreado, no por lo que estaba haciendo, sino por lo que me había provocado.

—Tenía sed y bajé a beber agua —me dijo, con vergüenza.

—La próxima vez, procura ponerte algo más de ropa, o te llevas una botella cuando vayas a dormir —le dije, y encaminé mis pasos hacia mi habitación, donde me encerré, bastante enfadado.

No me quitaba la imagen de esa mujer con esos pequeños pantalones de pijama. Al final, todo lo que había hecho con Miranda en el apartamento del pecado, no había servido para nada, pues otra vez tenía esa tensión en el cuerpo, y estaba seguro, no me dejaría dormir.

Me metí en la ducha y tuve que agarrar mi miembro para darme placer yo mismo, pues esa imagen suya no se me quitaba de la cabeza. Me la imaginé de rodillas delante de mi miembro, con su boca dándome placer, y exploté en pocos segundos. Esperaba que eso fuera suficiente para poder descansar, al menos unas horas, que era lo que faltaba hasta que sonara el despertador. No era de dormir mucho, la verdad, pero eso no significaba que no durmiera absolutamente nada.

Me metí en la cama completamente desnudo, y, tras dar dos o tres vueltas, al final el sueño me venció. Quedé dormido, pero hasta en mis sueños estaba ella, paseándose con ese minúsculo pijama, con esos pechos turgentes que se transparentaban dentro de esa camiseta, y me desperté sudando y completamente duro.

—Me cago en la leche —maldecí en voz alta, y volví a la ducha. Ya se veían los primeros rayos de luz cuando salí de ella.

# Capítulo 7

*Arabia*

Esa noche hice una videollamada con Nadia, que me escuchaba atentamente, y negaba con la cabeza mientras le contaba lo sucedido.

—Te prometo que, si no fuera porque con este trabajo voy a poder ahorrar lo suficiente para vivir durante un tiempo, ya me habría largado —le dije, pues nada me cuadraba en esta casa.

—No seas exagerada, Arabia, seguro que los niños son un amor, y el padre… Bueno, tampoco creo que sea para tanto —me contestó.

—Es para tanto y para más, te lo aseguro. No solo es lo que impone con su presencia, con esa mirada tan fría y calculadora que tiene. ¿Te puedes creer que ni a sus propios hijos lo he visto darles un beso? Como mucho, un abrazo, y sin muchas ganas.

—Arabia, hija mía, no todo el mundo tiene la necesidad de estar demostrando su cariño las veinticuatro horas del día. ¿Cómo no va a querer a sus hijos?

—Yo no he dicho eso, Nadia. Por supuesto que los querrá, no lo dudo ni lo niego, pero que no es capaz de demostrarlo, eso está clarísimo. Además, que son dos niños, joder, que necesitan todo el cariño del mundo, no son dos maniquíes de un escaparate, aunque a veces es lo que parece —le dije, con mucho enfado.

Terminé contándole lo de la segunda planta de la mansión, y nos pusimos a conjeturar sobre lo que podía tener ahí. Lo que nos reímos con esas ocurrencias, fue poco. Al colgar, sentía que volvía a ser la de antes, y eso que se me había olvidado contarle la mala leche que gastaba la cacatúa. Eso se lo contaría en la siguiente videollamada.

Eran las once y media, y me entró una sed horrible, por lo que bajé a la cocina a beber agua. Pensaba que a esa hora ya estaría todo el mundo durmiendo, así que no me molesté en buscar nada que me tapara, sino que bajé con el pijama que llevaba puesto, y que dejaba poco a la imaginación, la verdad.

Mi pijama consistía en un pantalón cortito, casi como un culote, y una camiseta tipo sujetador deportivo, que me dejaba dormir fresquita y cómoda. Lo que no me esperaba era que, al volver a subir, me iba a encontrar con el señor Ulises, que bajaba, solo, de la segunda planta.

Tuvimos un encontronazo, y me habló de una manera muy dictadora, que no me gustó nada, pero también me fijé en su mirada, en como me escaneaba de arriba abajo, y la manera en el que el deseo se reflejaba en sus pupilas.

Llevaba mucho tiempo sin sexo, y esa mirada me encendió de una manera que no fui capaz de detener. Tenía que decirle a Nadia que fuéramos este sábado al club, pues necesitaba desfogar.

Os estaréis preguntando a qué club me estaba refiriendo, así que os lo voy a aclarar. Desde que me traicionaron de la peor manera posible, no creía en el amor de pareja, aunque sí en el sexo. Normalmente, cuando conocía a alguien en alguna discoteca y teníamos sexo, se empeñaban en pedir el teléfono con la intención de continuar algo más, y eso no entraba en mis planes. Por ello, Nadia, que era igual que yo, me habló de un club de sexo liberal y me animó a probarlo, desde entonces, cada vez que quería o tenía necesidad de sexo, ambas acudíamos a ese lugar.

Allí, entrabas a la zona del bar, escaneabas la sala, y si había alguien que te interesara, pues ibas a preguntar. Había veces que se repetía con la misma pareja, pero ambos sabíamos que, una vez que salíamos de la habitación, la cosa se terminaba. En otras ocasiones, no lo volvías a ver o, si lo veías, no te interesaba y elegías a otra persona.

Entré en mi habitación con un calentón de mil pares de cojones. Esa mirada lujuriosa volvía a mí una y otra vez, y no pude evitar el tocarme. Mientras lo hacía, me imaginaba en como sería que, en vez de mis dedos, fueran los suyos los que me estuvieran dando placer, como sería sentir su lengua en mis pliegues vaginales, y tuve un orgasmo que tuve que acallar mordiendo la almohada, de lo fuerte que fue.

Acto seguido, le envié un mensaje a Nadia, para que fuera preparando todo para el sábado por la noche, por si había alguna fiesta, que era lo más habitual.

**Arabia:** *Este sábado necesito ir al club. Entérate si hay fiesta y su código de vestimenta. Mi jefe me va a matar de un calentón.*

**Nadia:** *Ya lo tengo todo organizado, sabía que te haría falta. Mañana voy a comprar los vestidos, no te preocupes por nada. Es fiesta de los años veinte, y ya le he echado el ojo a dos con los que dejaremos a los hombres con la boca abierta.*

**Arabia:** *Como tengan la boca, me da igual, mientras que tengan el soldadito dispuesto. No veas la manera en la que me ha mirado mi jefe cuando me he cruzado con él por el pasillo. Pero ya te lo contaré el sábado. Buenas noches, corazón, que descanses.*

**Nadia:** *Ja, ja, ja. Vas a entrar en combustión espontánea. Venga, el sábado nos vemos. Un besazo.*

Me costó coger el sueño, pues me lo imaginaba en la ducha, tocándose mientras pensaba en mí, y eso me encendía de nuevo. No es que fuera nada probable, porque, para mí, que ese hombre era asexual. Jamás se le había visto con nadie desde que falleció su esposa, y eso que, según Juana, no había amor ni cariño.

—Arabia, te ha sonado el despertador —me dijo Saúl, que se había levantado antes que yo.

—¡¿Qué hora es?! —exclamé asustada, por si me había quedado dormida y se me había hecho tarde.

En esta casa, los horarios eran peor que en el ejército, y si te saltabas algo o llegabas dos minutos más tarde, eran capaces de fusilarte. Sobre todo, la señora Victoria, que me la tenía sentenciada.

—Tranquila, que tan solo son las siete menos diez —me dijo Daniela, que también estaba en mi cuarto.

—Pues venga, vamos a lavarnos la cara y los dientes, bajamos a desayunar y nos vamos a la piscina. Hoy toca, debajo de la ropa, llevar el bañador puesto. Por cierto, no hace falta que os pongáis la ropa de repollo que tenéis en el armario. De la que trajeron ayer, vamos a elegir algo que no sea demasiado deportivo, no vaya a ser que a la señora Victoria le dé un infarto cuando os vea —les dije, y ambos soltaron una carcajada.

Se fueron cada uno a su habitación, mientras me daba una ducha y me vestía, al igual que ellos, con mi biquini debajo de la ropa que llevaría, que era un vestido blanco ibicenco y unas sandalias de playa, pero un poquito más arregladitas.

—Buenos días. ¿Podéis servirles el desayuno a los niños en el salón, por favor? —les dije a Juana y a Medea, que estaban en la cocina.

—Ahora mismo, no hemos querido preparar las tostadas todavía, no fueran a quedarse frías —me dijo Juana, cogiendo el pan para prepararlas.

—¿Tostadas? ¿Desde cuándo estos niños desayunan eso? Juana, sabes que tienen que desayunar un tazón de leche de avena y un cuenco de frutas, lo llevas haciendo toda la vida —dijo la señora Victoria, con desprecio.

—¿Tan temprano y ya amargada? Más vale que tome fibra más a menudo, eso mejora el tránsito intestinal —le dije, y Juana no pudo reprimir una carcajada.

—Me alegro de que os levantéis de tan buen humor, ya veremos quien ríe el último… Y cambia ese desayuno —respondió ella, cortando el buen rollo que había en la cocina hasta que ella llegó.

—Ese desayuno no se cambia, está supervisado y autorizado por el señor Ulises, así que usted no tiene que opinar sobre ello. Juana, voy a echarle un

vistazo a los niños, ahora vuelvo.

Salí y me dirigí al salón, cruzándome con Ulises por el pasillo. ¿Ese hombre no iba a ir hoy a trabajar? Me daba miedo hasta preguntar, por lo que saludé de la mejor manera que pude, pues su mirada se había vuelto como la de anoche.

—Mientras que los niños desayunan, te espero en mi despacho. Tenemos temas que tratar —me dijo, dándose media vuelta.

—A sus órdenes, mi sargento —dije en voz baja, pues esa manera tan autoritaria que tenía me ponía como una moto, cuando nunca me había gustado que me dijeran lo que tenía que hacer, y eso me tenía de lo más desconcertada.

Entré al salón, donde ya le estaban sirviendo a los niños su nuevo desayuno, ese que miraban asombrados.

—¿Esto es para nosotros? —preguntó Saúl.

—¿Papá sabe que vamos a comer esto? —esta vez la que habló fue Daniela.

—Sí, vuestro padre lo sabe todo, así que, no quiero que dejéis ni una miguita. Ahora mismo vuelvo —les dije, con una sonrisa.

# Capítulo 8

*Ulises*

Me senté en mi despacho para esperar a Arabia, mientras tanto, estuve enviando unos correos electrónicos que tenía pendientes. Era jueves, y ni hoy ni mañana iba a ir a las oficinas, ya Jaime estaba al tanto, pues quería comprobar por mí mismo, la manera de llevar a los niños de la nueva niñera.

Pero, a pesar de todo, iba a trabajar desde casa, pues tenía varios asuntos a los que echarles un vistazo, e iba a aprovechar para dejarlos listos para que el lunes cerráramos todo en las oficinas.

—¿Puedo pasar? —preguntó Arabia, desde la puerta del despacho.

—Adelante. Siéntate, por favor —le dije, señalando una silla delante de mi escritorio.

—Yo… quería pedirle disculpas por lo que ocurrió anoche, no pensé que hubiera nadie despierto, por eso no me puse nada encima del pijama —me dijo, algo apurada.

—Si a eso se le puede llamar un pijama… Parecía que iba usted en ropa interior por la casa, y le recuerdo que no vive usted sola, que hay muchos hombres bajo el mismo techo que usted. Pero bueno, tengo claro que no volverá a suceder, así que dejemos eso en el pasado.

—Entonces… ¿para qué me ha llamado?

—La he hecho venir para entregarle la tarjeta con la que hará las compras de los niños y si usted necesita algo, también puede tirar de ella. Aparte de eso, he visto en su currículo que habla usted alemán, ¿es cierto?

—Claro, no he puesto nada que no sea cierto, no es mi costumbre mentir, es más, odio las mentiras, sean del tipo que sean —me respondió, algo indignada.

—Me parece perfecto, porque yo tampoco las tolero. Me gustaría que los niños empezaran a familiarizarse con ese idioma, ya que el inglés casi lo dominan. ¿Estaría dispuesta a enseñarles algo?

—Por supuesto, no supondrá ningún esfuerzo para mí. Si usted lo ve bien, dedicaremos las tardes de los martes y los jueves a hacer juegos que incluyan el idioma, así no les será tan pesado.

—Eso lo dejo a su criterio, usted es la profesional. Sin más, aquí tiene la tarjeta con su correspondiente pin, no olvide lo que le dije ayer —le tendí un sobre del blanco, que había ido a recoger en cuanto que este había abierto.

—Muchas gracias, en cuanto los niños vayan a descansar, después de comer, haré las compras necesarias —me respondió, saliendo de mi despacho.

Ese vestido blanco que llevaba le sentaba como un guante, y pude adivinar lo que llevaba debajo, sobre todo por el color, que era oscuro. Me fui a mirar el cuadrante de las actividades, y comprobé que esa mañana tocaba natación.

Me centré en los asuntos que tenía pendientes, pero las risas y la algarabía de mis hijos me llamaron la atención, pues nunca los había visto actuar de esa manera. La ventana de mi despacho daba directamente a la zona del jardín donde se ubicaba la piscina, pero lo que no me esperaba era encontrarme con lo que me encontré.

Arabia llevaba puesto un biquini que le hacía un cuerpo increíble, en realidad el que ella tenía. Me di cuenta como la miraba Carlos, el jardinero, y sin motivo aparente, la sangre empezó a hervirme. Si me hubiera dejado llevar por lo que me entró en ese momento, habría salido de mi despacho, lo hubiese cogido por el cuello y lo hubiera puesto de patitas en la calle, pero no tenía derecho a hacerlo, puesto que Arabia no era nada mío.

Entonces lo supe, necesitaba ir al club, Miranda ya no era suficiente para desfogarme, y dejaría de verla de inmediato, pero antes se lo haría saber, para que pudiera buscarse un nuevo amo.

Tras apartarme de la ventana, pues me iba a terminar volviendo loco de deseo y con un dolor de huevos impresionante, porque la visión que tenía delante de mis ojos era de una sensualidad que no dejaba a nadie indiferente.

—Jaime, necesito ir al club este mismo sábado —le dije, cuando contestó la llamada.

—Joder, pues sí que estás desesperado. ¿No estaba Miranda disponible? —me preguntó, con guasa.

—Miranda siempre está disponible, pero ya no es suficiente para mí. Ahora la llamaré para decirle que se terminó, no volveré a contar con ella, necesito otra mujer —le respondí, algo hastiado.

—¿A qué se debe ese cambio tan repentino? ¿Tiene nombre? —siguió indagando, y supe que sería de una idiotez extrema mentirle, pues me conocía mejor que nadie, y más tarde o más temprano, terminaría contándole todo.

—Arabia Contreras, ese es su nombre. No te puedes imaginar lo que provoca en mí, Jaime. La tengo ahora mismo frente a mi ventana, en la piscina con mis hijos, y con un biquini que deja muy poquito a la imaginación…

—Vamos, que tienes un calentón que, si pudieras, te la subías al hombro y te encerrabas con ella en el apartamento del pecado. ¿No es así? —me dijo, soltando una carcajada.

—Ni que lo digas, me encerraba con ella allá arriba mínimo durante una semana seguida, pero no puede ser.

—¿Se lo has preguntado? Lo mismo accede a tus deseos, nunca se sabe —me dijo, sin parar de reír.

—Claro, hombre, ahora mismo voy a salir y le voy a decir: “Arabia, deja a los niños con cualquiera del personal de servicio que te voy a follar hasta

dejarte sin aliento" —dije, y esta vez soltamos una carcajada los dos.

—Amigo, esa mujer es más peligrosa de lo que te imaginas, hacía muchísimo tiempo que no te escuchaba reír de esa manera, y algo me dice que la niñera tiene mucho que ver —me dijo, y se me cortó la risa de golpe.

—No digas más chorradas y prepara todo. Creo que en el club "Nocturnidad y Alevosía" hay una fiesta el sábado, entérate bien del código de etiqueta y déjalo todo listo. A las ocho estaré en tu casa —le dije, antes de colgar.

Cuando acudíamos al club, solía arreglarme en casa de Jaime, pues así nadie veía como iba vestido, ya que la mayoría de las ocasiones se trataba de fiestas temática y requerían un atuendo específico. De esa manera, Victoria, que era la que estaba más pendiente de mis movimientos, no se enteraba de nada.

No es que me importara, ni mucho menos, pues ahora era una persona soltera, sin vínculos afectivos con nadie, y que podía hacer lo que me diera la gana con mi vida, pero, cuantos menos comentarios, mucho mejor.

No podía evitar que la mirada se me fuera al jardín, así que, decidí que echaría la cortina y encendería la luz, pues la ventana la había cerrado ya para poner el aire acondicionado, entre otras cosas.

—Señor, la comida ya está lista. Cuando usted quiera, puede acudir al comedor —me dijo Medea, una de las chicas del servicio.

—Muchísimas gracias, señorita Medea, en cuanto termine lo que estoy haciendo, iré para allá. Dígale a la señorita Arabia que, a partir de este momento, ella comerá en el salón, conmigo y con los niños —le dije.

—Ahora mismo se lo comunico, no se preocupe. Ha subido a duchar y cambiar a los niños, al igual que dijo que haría ella.

La imagen de ella bajo los chorros de la ducha acudió a mi mente, provocándome una erección que hasta dolía. Hice lo que no había hecho en mi vida, cerré la puerta del despacho con el pestillo, ese que tan solo se podía

abrir desde el interior, me senté de nuevo tras mi escritorio, y empecé a masturbarme, con la imagen de ella como referencia.

Cada vez que pensaba en ella, el orgasmo que me atravesaba era demoledor. Me había ocurrido en la ducha la noche anterior, y había vuelto a suceder en este preciso instante. Entré en el aseo que tenía en el interior de mi despacho, y me limpié antes de salir al comedor.

Al llegar allí, me encontré con una escena que no me gustó nada, sobre todo porque se estaba llevando a cabo delante de mis hijos, y no dudé en intervenir.

—¿Victoria? ¿Me puede explicar que está haciendo? —le pregunté, en un tono que evidenciaba que no estaba de acuerdo con lo que estaba sucediendo.

—Señor yo…

—Usted no tiene ningún derecho a dirigirse de esa forma a la señorita Arabia, y menos en esos términos. Ella tan solo está cumpliendo con mis órdenes, que usted está cuestionando —le dije, y ella, agachó la cabeza, saliendo del salón de ese modo.

Lo que me encontré fue a Victoria increpando a Arabia, diciéndole, poco más o menos, que estaba allí porque quería meterse en mi cama. Ojalá fuera cierto, pero no lo era, porque, con la diferencia de edad y lo que yo cargaba a mis espaldas, no sería ni probable.

—Vamos a sentarnos a comer, luego hablaremos sobre esto, señorita Arabia —le dije, y ella asintió con la cabeza.

# Capítulo 9

*Arabia*

Había llegado el día de acudir al club. Mi trabajo, los sábados, terminaba a las cinco de la tarde, por lo que llegaría a tiempo a casa de mi amiga Nadia, con la que había quedado a las siete.

—¿No te quedas esta noche, Arabia? —me dijo Saúl, algo triste.

—Hoy no, mi amor. Es mi día de descanso y he quedado con mi mejor amiga, a la que hace mucho tiempo que no la veo. Pero, te prometo una cosa, mañana vuelvo temprano y merendamos juntos, ¿vale? —le dije, agachándome a su altura.

—Vale, pero te vamos a echar mucho de menos —me dijo Daniela, dándome un abrazo.

—Pues tenéis muchas cosas para jugar, y el tiempo pasará muy deprisa, ya veréis —les contesté, dándoles un beso a cada uno, cuando vi que su padre aparecía por detrás.

—¿Va a salir, señorita Arabia? —me preguntó. No tenía por qué dar explicaciones, pero no me importaba, así que le contesté de buena manera.

—Sí, he quedado con mi mejor amiga para salir a cenar y a una fiesta. Pero no se preocupe, que esta noche dormiré en su casa, de manera que no despertaré a los niños al llegar —le dije, y vi como su mandíbula se tensaba.

—Perfecto, le diré a la señorita Medea que se ocupe de ellos. Ella prefiere librar un día entresemana, para coincidir con su hermana —me dijo, dándose la vuelta y dejándome con la palabra en la boca.

Me despedí de los niños y de Juana, que salía de la cocina en ese momento, y me dispuse a salir de la mansión. Ulises, había puesto a mi disposición un coche para cuando tuviera que salir con los niños, pero no lo pensaba utilizar para mis salidas, así que pedí un taxi, que ya me esperaba en la puerta.

—Ole y ole, la que vamos a liar esta noche en el club, va a ser chica —me dijo Nadia, en cuanto abrí la puerta de su casa, de la que tenía llave.

—No seas exagerada, que seguro que tampoco es para tanto —le dije, riendo.

—Entra al dormitorio de invitados, y verás los vestidos. Ya me dirás, ya —dijo, señalándome el pasillo que llevaba a las habitaciones.

—El mío es el rojo, que lo sepas —le dije, pues me enamoré de él en cuanto lo vi.

—Lo sabía, por eso no te he dicho nada.

El vestido era simplemente espectacular. De color rojo pasión, con escote en V en la parte delantera, dos tirantes finísimos lo unían a la parte trasera, cuya espalda iba completamente al aire. Era largo, y tenía una abertura en la pierna derecha, que la dejaba casi al descubierto al caminar.

Decidimos cenar en su casa, por lo que pedimos pizza a domicilio. Con esos vestidos no pasaríamos desapercibidas en cualquier restaurante, y no era eso lo que queríamos provocar, por lo menos no en ese lugar en concreto.

La fiesta era de los años veinte, por lo que Nadia me peinó con ondas al agua en la parte delantera, mientras mi melena quedaba suelta y con esas mismas ondas. Me maquillé los ojos con un delineador negro y un poco de máscara de pestañas, eso sí, mis labios tenían el mismo tono rojo que el vestido, con un labial permanente que hacía que mi boca gritara “cómeme”.

—Cabrona, estás espectacular. Eres toda una delicia para la vista, esta noche te vas a tener que quitar a los hombres de encima con un matamoscas —me dijo mi amiga, que también iba de muerte.

—Y lo dices tú, que pareces recién sacada de una revista — contesté.

Nadia tampoco era amante de conducir cuando íbamos al club, así que, pedimos un taxi por la aplicación, y bajamos en cuanto nos avisaron que estaba llegando.

El club estaba situado en una mansión a las afueras de la ciudad, con unos jardines de lo más cuidado y sin ninguna otra casa a su alrededor. Ante todo, primaba la privacidad, por lo que, antes de acceder, teníamos que firmar un contrato de confidencialidad.

Nosotras no éramos socias, sino que teníamos una tarjeta de invitación de un socio que había pasado alguna que otra noche con nosotras, eso sí, por separado. No voy a negar que había hecho algún que otro trío, pero siempre con dos hombres, todavía no me habían llamado las mujeres, ni siquiera por curiosidad.

—Buenas noches —le dijimos al chico que estaba ejerciendo de portero, tendiéndole nuestras tarjetas.

—Buenas noches, señoritas. Pasen, por favor —nos contestó, comiéndonos con la mirada.

Entramos y accedimos directamente a la zona del bar, donde, de repente, todas las cabezas se giraron hacia nosotras. Esa noche estaba de lo más animada la cosa, encontrándonos con celebridades de todo tipo, desde presentadores de televisión hasta jueces, pasando por un montón de empresarios millonarios. Pero a quien no me esperaba encontrarme allí era a mi jefe, al que localicé del tirón.

—No me lo puedo creer… Al fondo de la barra, mira —le dije a Nadia, indicándole con la mirada lo que quería que viera.

—Joder, ¿ese no es tu jefe? —me preguntó ella.

—El mismo. Hay que tener mala suerte para encontrármelo aquí.

—O buena, chica, que nunca se sabe. Además, el que está con él está de miedo. Ojalá y sea el que comparta conmigo esta noche de juegos, estoy dispuesta a que sea de lo más placentera—me dijo, sin quitarle el ojo a ese otro hombre.

—¿Qué harías si te proponen un trío los dos juntos? —le pregunté, pues me estaban comiendo los celos, sin motivo, la verdad.

—Le diría que no, porque sé que, a ti, por mucho que digas, tu jefe te hace tilín. Y espero que tú hagas lo mismo, porque a mí ese hombre me ha cautivado con su manera de mirarme —me dijo ella, como si me estuviera regañando, y soltamos una carcajada después de quedarnos las dos calladas.

Nos acercamos a una mesa con sillones que estaba disponible, y noté como mi jefe me seguía con la mirada, poniéndome de lo más nerviosa, aunque intenté disimularlo.

Acabábamos de sentarnos cuando se acercó un camarero con una botella de champán y cuatro copas, que, por supuesto, no habíamos pedido.

—Cortesía de aquellos caballeros de la barra —nos dijo.

—Gracias, eres muy amable —respondimos.

Por un momento pensé que habían sido mi jefe y su amigo, pero me llevé un chasco enorme, pues se trataban de dos hombres de negocios que conocíamos de haber coincidido con ellos en otras ocasiones, tanto en fiestas de este tipo como en sábados normales.

—Mira la cara que ha puesto tu jefe cuando ha visto que nos han traído el champán y las copas. Que, no sé si te has dado cuenta, pero son cuatro, lo que indica que se van a acercar en cualquier momento —me dijo Nadia.

—Pues lo siento por ellos, porque, aun siendo de lo más atractivos, no son las personas con las que quiero pasar esta noche —le respondí.

—No, si ya sé con quién quieres jugar esta noche, pero, desde ya te digo que, si no somos las elegidas por su parte, de aquí no te vas a ir sin desfogarte, que falta te hace.

—¿Cuánto tiempo hacía que no acudíamos a una fiesta por aquí? Porque tengo la impresión de que no habíamos coincidido nunca con Ulises Salmerón antes de esta noche.

—Ya te digo yo que no, porque si hubiéramos coincidido, te lo hubieras tirado a las primeras de cambio —me dijo, y soltamos una carcajada.

Estábamos sirviéndonos nuestra primera copa, cuando vimos que esos dos hombres se acercaban a nosotras. No íbamos a ser groseras, pero tampoco le íbamos a hacer perder el tiempo, así que, en cuanto estuvieron a nuestra altura, se lo dejé claro.

—Buenas noches, señoritas. Sería un placer para nosotros que compartierais la noche con ambos —nos dijo, uno de ellos.

—Buenas noches, caballeros. Siento decir que no estamos interesadas, no me gustaría que perdieran el tiempo cuando, estamos seguras de que, habrá muchas mujeres en esta sala deseosas de hacerlo —le dije, muy amablemente.

—Es de agradecer que sean así de sinceras. Esperamos que puedan encontrar a sus compañeros ideales —nos contestaron, apartándose de nuestra mesa.

—Chica, pues que sepas que el calladito está de muerte, aunque no se puede comparar con el amigo de tu jefe —me dijo Nadia.

—No cuentes con que se vayan a acercar. Míralos, ahí están, rodeados de mujeres espectaculares. Será mejor que pongamos nuestras miras en otros hombres, así que, hagamos un barrido visual para empezar a tomar contacto y decidirnos —le dije.

Por mucho que lo intentaba, no encontraba la manera de apartar la mirada de Ulises Salmerón. Esa noche estaba especialmente atractivo con esa camisa negra y esos tirantes bajo la chaqueta. En varias ocasiones, mi mirada

coincidía con la suya, pero ninguno de los dos hicimos ningún gesto que le indicara al otro lo que necesitábamos o queríamos en ese momento.

# Capítulo 10

*Ulises*

—Joder, vaya dos pedazos de mujeres acaban de entrar por la puerta —dijo mí amigo, señalando con la cabeza.

—¿En serio? No me lo puedo creer, mierda —contesté, cuando me di cuenta de que una de esas mujeres a las que se refería mi amigo, era, nada más y nada menos, que Arabia.

—¿Las conoces? Dime que sí, porque la del traje negro está para comérsela ahí mismo, encima de la barra, aunque la de rojo también está para hacerle un favorcito —me decía Jaime, sin apartar la vista de ellas.

—A esa no, ella es Arabia, la niñera de mis hijos —le dije, con una punzada de celos en el pecho.

—¡No me jodas! Si yo tuviera a una mujer como esa a dos habitaciones de la mía, me la hubiera follado en el pasillo, ni siquiera me habría dado tiempo de subirla al apartamento del pecado —me dijo, pero hablando en serio.

—No seas bruto. Es mi empleada, no creo que esté bien ni acercarme, siquiera —le dije.

—No seas idiota, Ulises. En este momento, aquí dentro, no sois nada más que dos personas buscando sexo, nada más. A no ser que te de miedo probarla y luego no poder parar al tenerla tan a mano —me dijo, y ahora entendía por qué era mi mejor amigo, me conocía mejor que nadie.

—Sinceramente, no lo sé.

—Mira el lado bueno de todo esto. Sabes que busca lo mismo que tú, así que, no le des más vueltas y vete a por ella antes de que aquellos dos, que les han enviado una botella de champán, y del más caro que hay en todo el club —me dijo, y me fijé que se acercaban a ellas dos.

Un pellizco se instaló en mi estómago, hasta que me di cuenta de que los habían despachado, con mucha delicadeza, eso sí. Ni siquiera noté que había varias mujeres que solían compartir con nosotros alguna que otra noche de juegos.

Sentí un alivio interno cuando vi que esos dos hombres se apartaban, pero también sabía que era algo momentáneo, porque, lógicamente, no se iría de allí sin estar con algún hombre. No les hice caso a ninguna de las mujeres que estaban allí, a pesar de ser espectaculares, pues mi mirada no podía apartarse de ella, de Arabia.

Por un momento, no me lo pensé más. Le hice un gesto a Jaime, que me entendió a la perfección, y no dudé en acercarme a ella, no podía perder la oportunidad de saber cómo era estar con esa mujer en la intimidad.

—Buenas noches, señoritas —les dije, y vi como su espalda se tensaba en el momento de escuchar mi voz.

—Buenas noches, caballeros — respondió su amiga, porque ella se quedó sin poder articular palabra.

—Aquí no somos jefe y empleada, somos dos personas buscando sexo sin compromiso. ¿Estás de acuerdo? —le dije, pues no quería perder más el tiempo.

—Por supuesto, ni siquiera quiero que me llames por mi nombre. Invéntate el que te dé la gana, pero ni tú eres Ulises, ni yo soy Arabia —me dijo, y supe para qué lo hacía, para separar ambos campos de nuestra vida.

—Está bien, yo seré el amo y tú mi sumisa. ¿Te parece bien así?

Cuando le dije eso, noté el deseo en sus ojos, pero también la curiosidad y el miedo, y quise mostrarle que no tenía nada que perder. Justo cuando iba a contarle todo, apareció Miranda, en plan guerrera.

En mi vida la había visto de esa manera, pero no me sorprendió, ya que no era la primera compañera que tenía y que se transformaba cuando la desechaba de mis juegos.

—Me parece de muy poco caballero terminar la relación por un mensaje de WhatsApp —me dijo, furiosa, dando a entender lo que no era.

—Para empezar, no existía ninguna relación. Yo te llamaba cuando quería follar y tú siempre estabas disponible, al igual que muchas otras. Dicho esto, entre nosotros no había nada, y ese mensaje fue para que no contaras conmigo nunca más y te buscaras a otro. Estar contigo ya no me satisface —le dije. Sé que fui muy duro con mis palabras, pero no lo podía decirlo de otra manera.

—Te quedarás solo toda tu puta vida, enterrado en dinero, pero sin saber lo que es amar a nadie —me respondió, visiblemente dolida, pero era lo mejor que podía hacer.

—Eso es justo lo que quiero, así que, para mí no sería nada más que una bendición —le respondí, dándome la vuelta para atender de nuevo a Arabia, que me miraba asombrada.

Miranda se marchó con la cabeza muy alta, como si fuera la persona más digna de la tierra y yo un simple gusano, pero me importaba entre poco y nada lo que pensara de mí, como había sido siempre.

—¿Te atreves a venir a una sala conmigo, mi sumisa? —le pregunté, de la manera más sensual que pude.

—Visto lo visto, no sé si será la mejor idea, pero no me pienso quedar con las ganas de comprobarlo. Soy de esas personas que prefieren arrepentirse de lo que ha hecho, a pensar en lo que hubiera pasado si se hubiera atrevido —me contestó, y esas palabras me dijeron mucho de como era Arabia como persona.

Fui a girarme para decirle a Jaime que me marchaba con mi niñera, pero lo vi demasiado entretenido con la otra chica, de la que no supe ni el nombre, con la lengua hasta la campanilla y su mano en la entrepierna, haciendo que ella se retorciera de placer.

Por un momento me imaginé en la misma situación con Arabia, pero no delante de todo el mundo. Quería que esa cara de placer fuera solo para mí, que sus gemidos fueran solo míos, y no dudé en cogerla de la mano y llevarla a mi sala favorita.

—No me gusta el sado, si es eso lo que estás pensando, pero sí me gusta llevar el mando en mis relaciones sexuales. Si aceptas, no te correrás hasta que yo te lo diga, y harás exactamente lo que yo te pida. Eso sí, si hay algo que no te guste practicar o te dé reparo hacerlo, no dudes en decírmelo. Mi principal cometido esta noche es hacerte vibrar de placer, que esta experiencia sea una de las mejores de tu vida y, para eso, tenemos que estar de acuerdo los dos —le dije, y ella asintió con la cabeza.

Ese fue el gesto que me terminó de volver loco, pues en su mirada, la curiosidad y el deseo se hicieron uno. Lo primero que hice, y que normalmente no hacía, fue lanzarme a su boca. Me moría por probar el sabor de sus labios, sentir su lengua jugar con la mía, y todo lo que me había imaginado se quedó muy corto.

—Quítate el vestido —le dije, con la voz ronca por el deseo.

—Sí, mi amo —me dijo, y escuchar esas palabras de su boca, sumado al tono en el que lo dijo, me puso duro como una piedra.

Mientras que ella se quitaba el vestido, me despojé de mi camisa, quedándome con los tirantes sueltos y el pantalón, nada más, pues me gustaba sentir la moqueta bajo mis pies.

Ella deslizó los tirantes de su vestido de una manera muy sensual, dejando que cayera a sus pies, lo que no esperaba era que no llevara ropa interior debajo. Cada vez me sorprendía más esta mujer, y no para mal, precisamente.

Me arrodillé frente a ella, abrí sus piernas, que seguían subidas a esas altísimas sandalias de tacón, y pasé mi lengua por su sexo, haciendo que se

estremeciera de placer. Me afané en que sintiera todo de una manera que nunca habría sentido, y parecía que lo estaba consiguiendo, a juzgar por la forma en la que se estaba retorciendo. Justo cuando iba a llegar al orgasmo, paré mis movimientos, pero ella sabía que no podía hacerlo hasta que yo se lo dijera.

Me levanté, cogí sus manos y las llevé al botón de mi pantalón, haciendo que fuera ella la que me despojara de toda mi ropa. Cuando lo hubo hecho, la miré, y sin palabras, supo lo que quería. Nunca me había pasado esto con ninguna de mis compañeras, y me sorprendió muchísimo.

Cuando acogió mi miembro en su boca, supe lo que era tocar el cielo con las manos. Parecía que esa boca estaba hecha para darle placer a mi cuerpo. Sentir su lengua en mi glande, como su boca lo succionaba, me hizo estremecerme.

Mi primera intención fue sacarla antes de correrme, pero era tanto el placer que estaba sintiendo y, como conocía mi capacidad de recuperación, dejé que llegara hasta el final, corriéndome en el interior de su boca.

—Tienes permiso para correrte cuando quieras —le dije, antes de sumergirme de nuevo entre sus piernas, pues no me parecía justo que yo lo hubiera hecho y ella no.

# Capítulo 11

*Arabia*

Esa noche recibí una dosis de placer que jamás había sentido. Cada orden que me daba era como el mejor afrodisíaco, cada caricia me hacía tocar el cielo con las manos, y cada embestida de su miembro en mi vagina me otorgaba el mayor de los placeres. Me iba a costar poder olvidar ese momento sexual que había vivido con Ulises, mi amo.

Cuando terminamos, se levantó, se aseó y, tras vestirse, se marchó de allí, sin decirme absolutamente nada. Tenía claro que tan solo era una noche de sexo consensuado, pero por lo menos un "adiós", o un "nos vemos en la mansión", habría sido lo correcto.

—Joder con don Jaimito, vaya noche que me ha dado, me tiemblan hasta las pestañas —me dijo Nadia, cuando nos vimos en el bar.

—Ya te veo, que vas andando como si te hubieras bajado del caballo —le dije, riendo.

—¿Qué pasa? ¿A ti no te han dado gustito?

—Sí, y en dosis elevadas, no puedo decir lo contrario. Pero no es eso, es la manera tan fría en la que se ha marchado, sin preguntarme si estaba bien, sin ni siquiera decirme adiós. No sé, he llegado a sentirme utilizada, como si fuera una muñeca hinchable —le dije.

De lejos lo vi hablando con su amigo, que ahora sabía que se llamaba Jaime, y estaba como muy acalorado, como si estuvieran manteniendo una discusión.

—Creo que voy a tomar un taxi y me voy a ir para la mansión. Así podré descansar y, si me apetece, bajar a jugar un rato con los niños —le dije a Nadia, que me miró asombrada.

—Amiga, sabes que aquí, todos venimos a lo mismo. Echar un polvo, y "hasta luego Lucas". No te lo tomes a mal, lo mismo y luego, en la intimidad de su casa, cambia de actitud —me dijo mi amiga, con una dulzura que evidenciaba que sabía que la actitud de Ulises me había dolido.

—Lo sé, por eso quiero volver a mi rutina, salir de aquí. Ya me he desfogado por un buen tiempo, ahora tengo que volver a ser la misma Arabia de siempre.

Le di un beso en la mejilla y me dispuse a salir de allí. Mi amiga quiso salir a acompañarme, pero con la mirada le dije que no hacía falta, que se quedara allí, pues Jaime iba hacia la zona donde estaba ella, mientras Ulises, se mantenía en una esquina de la barra con una copa.

Pasé por su lado y no se dignó a levantar la cabeza, era como si fuéramos dos completos extraños, y eso me terminó de hundir. No le estaba pidiendo amor eterno, ni un anillo en el dedo, ni siquiera que repitiéramos la noche que habíamos pasado, pero, por lo menos, una inclinación de cabeza a modo de saludo.

El taxi que había pedido por la aplicación ya estaba en la puerta, esperándome y, a pesar de haber dicho que no dormiría en la mansión, no me apetecía cortarle el rollo a mi amiga, cuyo acompañante tenía toda la intención de seguir la fiesta con ella en su casa.

Me quité los zapatos en cuanto llegué al porche, abriendo con mi propia llave. La seguridad de la casa permitía que todo el que tuviera llave accediera a la mansión, sin hacer sonar la alarma. Además, el chico que había en la garita de la entrada me dio paso, avisando a sus compañeros de que la puerta se abriría en breve, para que no se alarmaran innecesariamente.

Entré en mi baño, me di una ducha y metí el vestido en la lavadora, ya que me hacía mi propia colada, al igual que me encargaba de la ropa de los niños. Bajo la alcachofa, mientras que el agua caía por mi cabeza, a mi mente acudieron todas las imágenes de lo que había vivido instantes antes, pero las aparté inmediatamente. Ulises había sido uno más, y no podía olvidar que era mi jefe, además de un CEO millonario, uno que me estaba prohibido.

Me costó coger el sueño, pero lo hice, y no pude evitar levantarme en cuanto escuché a esos dos petardos reírse delante de mi cama.

—¿Se puede saber qué hacéis aquí? —les dije, pero en tono de broma, con una sonrisa en los labios.

—Pensábamos que hoy no estarías con nosotros, que dormirías fuera —me dijo Daniela, respondiéndome a esa sonrisa.

—Yo también lo pensé, pero luego me arrepentí. Anda, id a lavaros los dientes y quitaros el pijama. Hoy, como no hace mucho calor, nos pondremos en el porche trasero a dibujar y aprender cositas nuevas. Saúl, hoy te voy a enseñar a empezar a leer, ¿quieres? —le dije, y él me miró con una ilusión enorme.

—¡Sí, sí, por favor! —exclamó, con alegría.

—Venga, pues haced lo que os he dicho y nos vemos en el comedor para desayunar en un ratito. Yo también voy a vestirme —les dije, levantándome de la cama.

Entré en mi baño, al haberme duchado la noche anterior, no tuve que hacerlo de nuevo, por lo que, me lavé los dientes, me recogí el pelo en una coleta alta y me vestí con un pantalón corto, tipo bermuda y una camiseta sin mangas, me planté mis zapatillas deportivas, y salí de mi habitación.

—Buenos días. ¿Ya está el desayuno de los niños? —pregunté, y vi como Medea me miró como con pena.

—Sí, ya están desayunando con su padre, pero…

—Dime, Medea, sin paños calientes, por favor. Desde que he entrado me ha dado la impresión de que querías decirme algo, así que, hazlo ya, te lo ruego —la interrumpí, pues no quería que dilatara más el momento.

—Es el señor… me ha dicho que te haga saber que, a partir de hoy, no tienes por qué hacer las comidas con los niños, que las hace él. Tan solo tendrás que comer en el salón cuando el señor no esté, para que los niños no lo hagan solos —me dijo, algo cortada.

—Ah, perfecto, pues me voy a preparar mi desayuno, entonces —le dije.

No os voy a decir que no me doliera, porque sería mentira, pero sí que me esperaba por su parte algo así. Después de la despedida del club, sabía que su actitud con respecto a mí iba a cambiar, lo que no esperaba era que lo hiciera tan pronto y de esta manera, metiendo a los niños por medio.

Terminé de desayunar, obligándome a hacerlo y, una vez hube recogido todo lo que había utilizado, salí hasta el salón, esperándome en la puerta a que los niños terminaran.

—Hoy es su día libre y no se requiere de sus servicios. Los niños y yo vamos a pasar el día fuera, puedes hacer uso de lo que quieras de la casa en nuestra ausencia —me dijo él, una vez que salían del salón.

—Papá, ¿por qué no puede venir Arabia con nosotros? —preguntó el pequeño Saúl.

—Ya te lo he dicho antes, Saúl, no me hagas repetirlo. La señorita Arabia, que también os dicho la manera de llamarla, tiene sus propios planes y no es con nosotros, que iremos a ver a los abuelos —les dijo.

—No te preocupes, mi vida, que yo me quedaré haciendo cosas que tengo pendientes —le dije al niño, aguantando las lágrimas.

—Señorita Arabia, mientras los niños se cambian de ropa, pues no llevan la adecuada para ir a visitar a los abuelos, venga a mi despacho, necesito hablar unos asuntos con usted —me dijo, y asentí.

Subí a los niños a su habitación, y les saqué del armario la ropa de repollo que tanto le gustaba a su padre, y que a mí me horrorizaba, dicho sea de paso.

—Cambiaros de ropa y esperadme aquí, ¿vale? Vuestro padre quiere hablar conmigo. Ahora vuelvo —les dije, y vi como al pequeño Saúl se le caían las lágrimas, así que fui a darle un abrazo —. Mi vida, no te preocupes que mañana te enseño a leer.

—No te vayas, señorita Arabia, por favor —me dijo el niño.

—No me pienso ir a ninguna parte, te lo prometo —respondí, sin saber si iba a ser capaz de cumplir esa promesa, pues no sabía lo que su padre quería decirme.

Respiré hondo delante de la puerta de su despacho y di dos golpes antes de entrar, esperando a que me diera paso.

—Adelante —dijo, desde el interior.

—Buenos días, señor Salmerón. Usted dirá —le dije, volviendo al inicio, a pesar de lo que había sucedido entre nosotros la noche anterior.

—Voy a ir al grano. Lo que pasó anoche no significó nada y, por supuesto, no se volverá a repetir. Por ello, le exijo que, durante su tiempo libre, no permanezca en la casa. Desde el sábado a las cinco de la tarde hasta el domingo a las diez de la noche, permanecerá usted lejos de este entorno —me dijo, y fue como si me clavaran un puñal en el pecho.

# Capítulo 12

*Ulises*

No me quitaba a Arabia de la cabeza y mientras que esperaba a mis hijos para desayunar, decidí que la iba a evitar todo lo posible, empezando porque no compartiera momentos con nosotros.

El motivo de no despedirla era porque era buena para mis hijos, porque, de lo contrario, si no hubiera visto a mis hijos reír de esa manera y jugar felices, ya la habría puesto de patitas en la calle.

Por eso estaba ahora mismo conmigo en mi despacho, para ponerle las cosas claras. Cuando le dije que no la quería en la casa en sus días libres, pude notar el dolor en sus ojos, pero lo que había sucedido la noche anterior, por mi salud mental, no volvería a suceder.

—Con respecto a la primera parte de su discurso, tengo que decirle que, si para usted no significó nada, para mí, mucho menos. Estoy acostumbrada a ir al club cuando tengo alguna necesidad, me acuesto con quién me da la gana y al día siguiente, si te he visto no me acuerdo. Que usted esté bajo el mismo techo no significa que vaya a acosarlo por las esquinas y, mucho menos, que espere nada romántico, más que nada porque no me interesa —me dijo, y os juro que me entraron ganas de callarla con un beso, pero me contuve.

—Entonces, ambos tenemos las cosas claras —le dije, intentando que saliera de mi despacho.

—En relación con el segundo asunto, a mí, nadie me dijo cuando firmé el contrato, que tenía que abandonar la casa en mis días libres, por lo que, lo siento por usted, pero no me pienso ir a ninguna parte. Me encerraré en mi habitación si es necesario, e impediré que los niños accedan a ella, pero me marcharé cuando lo crea oportuno —me rebatió, y ahí sí que ya no pude contenerme.

Me levanté de mi escritorio y fui hasta donde estaba ella, avanzando y obligándola a retroceder hasta quedar pegada a la puerta. Cuando la tuve donde yo quería, me pegué a ella, para que notara mi erección en su vientre, acerqué mi boca a ella y la besé. Fue un beso hambriento, que dejaba con ganas de más. Me correspondió, lamiendo mi boca con deseo, el mismo que yo sentía por ella.

—Tú harás lo que yo te diga, siempre —le dije, cuando dejamos de besarnos, pero no esperaba su reacción.

—No estamos en el club, con lo cual, haré lo que me venga en gana y cuando me venga en gana —me contestó, dándome un empujón para separarme de ella, saliendo de mi despacho con lágrimas en los ojos, pero lo que no supe es si eran de dolor o de rabia, pues no me dio tiempo a comprobarlo.

¿Qué demonios estaba haciendo? ¿Sería que realmente me había impactado esta mujer? No lo sabía, pero tampoco tenía intención de comprobarlo. Tal y como yo era, si hubiera sido otra persona la que me hubiera desafiado de esta manera, ya la hubiera despedido, pero con ella no podía, era algo superior a mí.

Los niños bajaron, vestidos tal y como estaban acostumbrados a que lo hiciera su madre, por lo que salí de mi despacho y me dirigí a mi coche con ellos, poniendo rumbo a casa de mis padres, a los que hacía dos semanas que no veía, a pesar de que mi madre me llamaba a diario para recordármelo.

—Pero bueno… mira quienes están aquí, mis dos nietos preferidos —dijo mi madre, en cuanto nos vio bajar del coche.

—¡Abuela! —gritó mi hijo, pero lo retuve, no me gustaba que actuara de esa manera tan impulsiva.

—Saúl, las cosas se hacen con calma, no impulsivamente —le dije, y vi como mi madre me miraba de una manera que ponía los vellos de punta.

—Ulises, por lo que tú más quieras, sácate el palo del culo, que terminará haciéndote rozaduras, y deja que tus hijos sean niños, que están en casa de sus abuelos, no en una recepción real — dijo mi padre, evitando que mi madre abriera la boca, pero no supe que había sido peor.

—Eso mismo dice la señorita Arabia, lo del palo no, eh, que eso ella no debe saberlo —dijo Saúl, y mi madre soltó una carcajada.

—¿Quién es esa señorita Arabia? Porque, desde ya os digo que, tiene todos mis respetos. Solo faltaría que os quitara esa ropa que lleváis, que parecéis dos muñecos de esos antiguos, con los que jugaba yo cuando era pequeña — dijo mi madre, sin poder parar de reír.

—Uy, si eso fue lo primero que hizo, abuela. Nos ha comprado una ropa muy chula, y cómoda, tanto para salir como para estar en casa, pero papá nos ha obligado a cambiarnos —le dijo Daniela, y eso sí que no me gustó.

—Vamos a dejar ese tema a un lado, que no quiero tener que enfadarme, ni con vosotros ni con la señorita Arabia, que inconscientemente es la causante de vuestro cambio de actitud —les dije a mis hijos, que agacharon la cabeza.

—Anda, venid conmigo, que os voy a enseñar los caballos nuevos, para que elijáis uno cada uno y podáis montar cuando vengáis a vernos —le dijo mi padre, llevándose a los niños y dejándome solo con mi madre en el salón.

Mi madre se me quedó mirando, pero esperó a que los niños salieran del salón para empezar una conversación conmigo. Por su forma de mirarme supe que no sería sencilla, pero nadie mejor que ella para aconsejarme. Siempre había confiado en ella, aunque estuviera ajena a mi manera de disfrutar del sexo.

—Venga, suéltalo ya o vas a terminar envenenada con tus propias palabras —le dije, cuando nos quedamos a solas.

—¿Por qué te empeñas en hacer de tus hijos dos niños repelentes? —fue lo primero que me preguntó.

—No hago que sean repelentes, simplemente me gusta que tengan unas normas y que sean capaces de cumplirlas —contesté.

—Son niños, por el amor de Dios. Lo primero que tienes que hacer es dejar de vestirlos de ese modo. Su madre ya no está, por mucho que te duela, y los niños necesitan avanzar, no pueden quedarse estancados, Ulises —me dijo, y yo sabía por dónde iba.

—No me duele su ausencia, me duele la manera en la que sucedió todo. Quizás, si no me hubiese marchado esa noche, ella no habría salido después de beber tantísimo. Lo mismo y podía haberlo impedido.

—No podías, cariño. Es más, desde hacía mucho tiempo vuestro matrimonio no iba bien, y debiste dejarla en el momento en el que te diste cuenta de que lo vuestro no iba a ninguna parte. Ahora, tienes que enfocarte en tus hijos, en que sean felices, en que puedas encontrar a una buena mujer que se ocupe de ellos cuando tú no estás, pero me parece que eso ya lo tienes cubierto. Háblame de ella, cuéntame como es Arabia —me dijo mi madre, que sabía más que los ratones colorados.

—Es… impredecible, sí, ese es el adjetivo que mejor la describe.

—No me creo que sea tan solo eso, tiene que ser mucho más. ¿Sabes por qué lo sé? Pues muy sencillo, porque si no tuviera algo más, entonces ya estaría en la calle, no ocupándose de tus hijos —me dijo, y demostró que me conocía mejor que nadie.

—Es difícil de explicar, mamá. Me atrae lo mismo que me repele. Es como un amor odio el que tengo con ella. Por un lado, su manera de enfrentarme me vuelve loco, en todos los sentidos, pero, por otro, la forma en la que me desafía, en la que me demuestra que no le intimido, me hace replantearme muchas cosas —le dije, intentando abrirme.

—Como si te conociera, ahora vas a apartarla de ti todo lo posible, cuando lo que tendrías que hacer es todo lo contrario. Dale una oportunidad, date una oportunidad, no te digo que le pidas matrimonio mañana, pero habla con ella, explícale tu manera de ver la vida, e intenta que la cosa fluya —me dijo, pero no sabía si sería capaz de hacer eso.

—No sé si seré capaz, mamá. Es mucho lo que llevo a cuestas, a veces creo que estoy impedido para sentir amor, hasta con mis hijos. No soy capaz de darles un beso de buenas noches, mientras que Arabia, sí que lo hace. Pienso que parecen más de su sangre que yo mismo —le dije.

—No digas eso, por favor. Tan solo tienes que abrirle tu corazón, dejar que entre en él y vea al verdadero Ulises.

En ese momento entraron los niños, que venían de las caballerizas, saltando y gritando que tenían un caballo cada uno. Cuando me vieron, se frenaron en seco, conscientes de lo que les había dicho, pero los miré sonriendo.

# Capítulo 13

*Arabia*

¿Qué pretendía este hombre? ¿Quería volverme loca? Pues no lo iba a conseguir, por mis santos ovarios que no lo permitiría.

Entré en mi habitación, cerré con el pestillo y cerré también las dos puertas de las habitaciones de los niños. Cogí mi teléfono e hice una videollamada a Nadia, esperando no cogerla ocupada.

—Dime, cielo mío, ¿cómo has pasado la noche? —me preguntó, nada más aparecer mi cara en la pantalla.

—La noche no ha sido el problema, sino el día. ¿Estás sola? —le dije, y esperaba que me dijera que sí.

—Jaime está en la ducha, así que puedes hablar con tranquilidad —me respondió, y me alegré por ella.

Me dispuse a contarle todo lo que me había ocurrido con Ulises, como me había acorralado contra la puerta y todo lo que me había dicho. Mientras yo le contaba, ella me escuchaba con la boca abierta, completamente anonadada.

—Ten paciencia, Arabia. Mi amigo arrastra mucho detrás —escuché que decía Jaime, y me puse roja como un tomate.

—Eres una cabrona, ¿lo sabes? ¿Cómo no me habías dicho que Jaime estaba escuchándome? ¿No estaba en la ducha?

—Amiga, no puede estar en remojo todo el día, ni que fuera un garbanzo. Pero no te preocupes, que mi chico es una tumba. ¿Verdad, amorzote?

—¿Tu chico? ¿Amorzote? Creo que me he perdido algo.

—Bueno, es una forma de hablar. No es que seamos pareja, al menos no de esas románticas que van a merendar ni al cine. Digamos que somos pareja sexual —me respondió mi amiga.

Estaba hablando con ellos, cuando alguien tocó a la puerta de mi habitación. No corté la llamada, sino que fui a abrir con el móvil en la mano, encontrándome a la persona que menos me esperaba detrás de la puerta.

—Tenemos que hablar —me dijo, y cuando vio que estaba Jaime al otro lado de la pantalla, ni preguntó, se dio media vuelta y se fue.

—Me parece que piensa que tú y yo estamos liados —me dijo él.

—Pues no sé cómo, la verdad. Hasta las y pico de la madrugada estuve con él en el club, y esta mañana, salió de aquí como alma que lleva el diablo. Te prometo que empiezo a cansarme de la actitud de tu amigo —le dije, bastante enfadada.

—Anda, ve a hablar con él. Te aseguro que habrá sido todo un desafío para Ulises llamar a tu puerta. Tiene de orgulloso lo mismo que de serio, por lo que debes considerarte ganadora de esta batalla —me dijo.

Colgué la llamada, respiré hondo, y bajé hasta su despacho, donde no lo encontré. Lo mismo hice en el salón, obteniendo el mismo resultado. Me armé de valor y llamé a la puerta de su habitación, esperando a que me diera paso y saber lo que quería.

Abrió la puerta, me miró con deseo y jaló de mí al interior de su habitación. Hizo la misma maniobra que había llevado a cabo en su despacho esa misma mañana, pegando su cuerpo al mío, y besándome de una manera que me erizó toda la piel.

Sus manos fueron directas a mi entrepierna, apartando a un lado mi braguita, porque me deshice de las bermudas y la camiseta en cuanto que

entré en mi habitación, cambiándolo por un vestidito fresquito. Mis gemidos fueron acallados con su boca, y hasta que no me corrí, no paró.

—No te he dado permiso para hacerlo, así que, ahora, tendrá consecuencias —me dijo al oído, estremeciéndome con sus susurros.

—No estamos en el club, por lo que haré lo que me venga en gana —le contesté, y supe que había despertado a la bestia.

—Ahora, te voy a follar como nunca lo han hecho, y te espero a las diez en las escaleras que llevan a la segunda planta. Cuando atravieses esa puerta, volverás a ser mi sumisa, y yo, tu amo —me dijo.

Me dio la vuelta, poniéndome de espaldas a él, levantó mi vestido a la vez que elevaba mis caderas, y me penetró de una sola embestida. Con su mano derecha, amasaba mi pecho, y con la otra, hacía círculos en mi clítoris, volviéndome loca de placer.

—¿Quieres correrte, Arabia? Dímelo, ¿estás deseosa de tener un orgasmo? —me preguntaba, mientras que no paraba de bombear.

—Sí, si quiero. Haz que ocurra —le contesté, jadeante.

Salió de mí, me volvió a poner de cara a él, y me exigió que se lo dijera a la cara, como así hice. Se arrodilló ante mí, me miró y se dispuso a lamer mi sexo, hasta que me corrí en su boca.

—¿Ya estás satisfecha o quieres más? —me preguntó, con una sonrisa de lo más pícara.

—Te quiero dentro de mí, ya. Ni de lejos estoy satisfecha, te queda mucho para conseguirlo —lo desafié.

Puso sus manos en mis nalgas, amasándolas fuertemente, y elevando mi cuerpo, obligándome a que enredara mis piernas en su cintura. Puso su miembro en la entrada de mi vagina, y me volvió a penetrar de un solo empellón y llegando hasta el fondo, haciéndome soltar un grito del placer que me atravesó.

Hasta que no consiguió que me corriera de nuevo, no paró, pero esta vez él también lo hizo conmigo. Ninguno de los dos pensamos en que no nos habíamos puesto protección. Afortunadamente, en el club, era obligatorio usar preservativo, y yo tomaba pastillas anticonceptivas, con lo que estábamos cubiertos.

—Me desquicia de tal manera tu actitud, que ni siquiera he pensado en ponerme un condón —me dijo, y me jodió mucho ese comentario.

—No, verás que ahora la culpa será solo mía. Mira guapo, aquí hemos follado los dos, y ninguno ha pensado en nada más que en el placer que estábamos sintiendo, así que no me vengas con historias —le dije, en tono de enfado, pues siempre era culpa de los demás.

—No te equivoques, Arabia. Sigo siendo tu jefe y no pienso consentir que me faltes al respeto de ninguna de las maneras. Guarda ese tono para tus amiguitos —me dijo, y volvió el tío borde que conocí al principio.

—¿Ahora te acuerdas de que eres mi jefe? ¿Mientras me follabas no te has acordado?

—Como bien has dicho antes, hemos follado los dos. Al parecer, ninguno se ha acordado de la jerarquía en ese momento.

—Ah, no, yo sí que lo he hecho, porque, hasta sin follar, me estás jodiendo.

Solté, y salí de esa habitación. Debía llevar una pinta de cojones, porque me di de bruces con la señora Victoria, que me miró con la boca abierta al ver de dónde salía.

—No me vaya a decir nada, porque estoy que muerdo —le advertí, siguiendo mi camino.

—¿Te ha rechazado y estás malhumorada, querida? —me dijo, con un tono de lo más sarcástico, y no me pude contener.

—No, "querida", me ha lamido de arriba abajo y me ha follado contra la puerta, hasta que ambos nos hemos corrido como dos locos. ¿Necesitas más

detalles? Pues vete a la mierda y no te metas donde no te llaman —le dije, y ahora sí que me dispuse a entrar en mi cuarto, dando un portazo.

Esa noche no bajé a cenar y, por supuesto, no fui al pie de la escalera a las diez de la noche, donde me había citado Ulises. No iba a ser un juguete para él, no me iba a utilizar a su antojo, como estaba haciendo, por lo que me encerré en mi cuarto y me puse los auriculares con música, por si llamaba a la puerta y me veía tentada de abrir.

A la mañana siguiente, fui a despertar a los niños, pero me los encontré ya vestidos y aseados, esperándome para bajar a desayunar.

—Papá ha subido a despedirse de nosotros, dice que va a estar varios días fuera por un viaje de trabajo, que te hagamos caso y seamos buenos —me dijo Saúl.

Algo en mi interior se revolvió. Por un lado, sentía un alivio inmenso, pues sabía que podría estar tranquila con los niños, pero por otro, el simple hecho de saber que no lo vería en varios días, que pudiera acudir a alguno de los clubes que había por otras ciudades, me enervaba en demasía.

—Arabia, ¿me vas a enseñar a leer hoy? —me dijo el pequeño, con mirada suplicante.

—Claro que sí, mi amor, pero no será nada inmediato. No te vayas a pensar que, de buenas a primeras, vas a saber leer, que todo lleva su tiempo. Hoy empezaremos, y cuando terminemos la clase, verás como algo puedes leer —le dije, y lo vi mirarme emocionado.

—¿Yo qué voy a hacer mientras? —me preguntó Daniela.

—Pues tú, aprenderás las tablas de multiplicar. Así, cuando llegues al cole en septiembre, ya sabrás hacerlo y no te costará ningún trabajo los deberes —le dije, y se puso a aplaudir.

Ese día desayunamos en la cocina, junto a Juana y Medea. Carlos ese día había ido a la ciudad a realizar unas compras, y la señora Victoria tampoco estaría en la casa durante unos días.

# Capítulo 14

*Arabia*

Habían pasado ya dos días desde que Ulises se había marchado, y entre los niños y yo, se había creado un vínculo que sería difícil de romper.

Esa mañana era demasiado calurosa, por lo que nos decidimos a hacer juegos en la piscina. En ello estábamos, cuando vi que llegaba una señora mayor de lo más elegante. Era mayor, tendría unos sesenta y pico de años, pero con una belleza que llamaba la atención.

—En mi vida había visto a estos niños reír de esta manera. Supongo que tú eres Arabia —me dijo, y vi como los niños salieron de la piscina, corriendo.

—¡Abuela! ¡Has venido! —gritaban, lanzándose a sus brazos.

—Niños, tened cuidado, que la vais a poner chorreando —les dije, saliendo y cogiendo un par de toallas.

—Ay, chica, no te preocupes, que hace mucho calor y viene bien. Si lo llego a saber, habría traído mi bañador y hubiera hecho unos largos con vosotros —dijo, y se me ocurrió algo.

—Si no le importa, tengo uno sin estrenar en mi habitación que le puede venir bien —me atreví a decirle.

—Claro que no me importa, es más, te lo agradecería enormemente. Hace mil años que no me baño en esta piscina, y mucho menos con mis nietos. Mi

hijo es un rancio de cuidado, pero que te voy a contar a ti, que lo sufres a diario —me dijo.

Mientras ella se quedaba con los niños, subí a buscar el bañador que le había dicho. Era uno de natación, que me compré por lo mismo, pero que en realidad ni había sacado de la bolsa, pues me bañaba con uno de mis bikinis.

—Chica, me queda como un guante. No es mi estilo, pues yo soy más de ponerme bikinis como los tuyos, pero me va a hacer el avío —me dijo, riendo y contagiándome su risa.

—Pues, si lo llego a saber, tengo uno que, con el tipazo que tiene usted, iba a ser la sensación de la piscina —le contesté, sin parar de reír.

Vi a un hombre que, sin dudar, era el padre de Ulises, porque era como verlo a él con treinta años más. Seguía manteniendo el mismo atractivo que su hijo, pero con esa elegancia que le daba la madurez y los años.

—Veo que os lo estáis pasando en grande —dijo, acercándose al borde de la piscina.

—No te lo puedes imaginar, marido mío. Mira, ella es Arabia. Él es Víctor, mi marido, y yo, no te he dicho mi nombre, disculpa, soy Maya —me dijo.

—Para mí, los señores Salmerón —les dije, sonriendo.

—Ah, no, de eso nada. Yo soy Víctor, y como te dirijas a mí de otra manera, nos vamos a ver las caras —me dijo, de manera muy amable.

No entendía como, de estos padres tan simpáticos, podía haber salido un hijo tan… ¿cómo le había llamado su madre? Ah, sí, rancio. No encontré un adjetivo mejor para describirlo.

Salimos de la piscina, pues ya era casi la hora de comer, y tenía que duchar y cambiar a los niños de ropa, y yo también tenía que hacerlo. Maya me dijo que ella lo haría en la habitación de invitados, y se pondría de nuevo su ropa.

Cuando Víctor vio a sus nietos ya cambiados de ropa, los miró asombrados. Maya lo hizo con una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Has visto, abuela, como era tal y como te dijimos? —le preguntó Daniela, orgullosa, pero no sabía de qué.

—Ya lo veo, y no sé cómo se lo voy a agradecer —le contestó su abuela, mientras yo alternaba mi mirada de una a otra.

—Arabia, no las mires así, que yo te lo explico. Mi mujer lleva, casi desde que nacieron los niños, intentando que, tanto su madre, como mi hijo, no los vistieran como si estuvieran representando una obra de teatro antigua, y vienes tú, y lo consigues a la primera —me dijo Víctor, y me salió una sonrisa.

Estábamos hablando de todo eso, cuando llegó Ulises, entrando en el salón, donde terminábamos de comer los cinco. Nos miró extrañado, pero intentó disimularlo, sobre todo a mí, que me ignoró por completo, hasta que abrió su boquita.

—Señorita Arabia, creo que le dejé bien claro que no quería que se sentara a esta mesa mientras hubiera alguien de la familia con los niños —me espetó, como con desprecio.

—Ulises, no hace falta ser tan grosero. En primer lugar, hemos sido nosotros los que le hemos dicho que se sentara a comer aquí, y, en segundo lugar, no creo que haya que ser tan clasista como tú —le dijo su madre, bastante enfadada.

—Tú mandarás en tu casa, pero esta es la mía, y como tal, el que pone las normas, soy yo —le dijo a su madre, que, inmediatamente, se levantó de la mesa.

—No te preocupes, que no volveremos más. Cuando vuelvas a ser el Ulises de siempre, nos llamas. Mientras tanto, cada domingo, que sea Arabia la que lleve a los niños a mi casa —le contestó, dándole un beso a cada niño y otro a mí, y saliendo del salón sin que su hijo lo impidiera.

—Niños, os espero en la cocina. Cuando terminéis, venid a buscarme que hoy nos toca la clase de alemán —les dije a los niños, que me miraban con tristeza.

—¿Ya estás contenta? Por tu culpa he tenido que permitir que mis padres se vayan de mi casa…

—¿Por mi culpa? Esto es la leche…

—Por supuesto que sí. Ya te dije que, pasara lo que pasara, tú y yo seguíamos siendo jefe y empleada. No entiendo esa necesidad de tener que acaparar a mi familia…

—Será mejor que me vaya, porque como explote, la bomba atómica va a ser un pequeño petardo al lado de lo que puedo soltar por esta boquita —le dije, saliendo de la habitación, cuando me frenó, cogiéndome por el brazo.

—Suéltame ahora mismo —le dije, enfadada.

—Perdón, no quería hacer eso. Tenemos que sentar las bases de la convivencia, o al final no podremos hacerlo bajo el mismo techo. Tendrás que buscar un sitio donde dormir, porque estoy pensando en que vengas a trabajar de cuatro a diez de la noche, que es el horario en el que los niños estarán en casa cuando empiece el colegio.

Os juro por lo más sagrado que, de no ser por los niños, lo hubiera dejado tirado allí mismo, pero aun así no me pude quedar callada.

—No sé si me interesará en esas condiciones —le dije, saliendo de allí.

Cuando iba de camino a la cocina, vi como Victoria sacaba su maleta del coche de Ulises, y como me miraba con superioridad. ¿En serio se había ido con ella de viaje? ¿Se había acostado con Victoria? Todo apuntaba a que sí, por la manera en la que ella estaba actuando.

—Ahora la que tengo que decir como es Ulises en la cama, soy yo. Menudos cuatro días hemos pasado en la casa de la playa. ¿A ti no te ha llevado? Ah, no, que contigo solo ha echado un polvo rápido contra la pared —me dijo, sonriendo de una manera malvada.

—Pues que te aproveche, chica. Disfrútalo a fondo, porque su atención es efímera —le dije, como si no me importara.

Desde ese momento decidí que me alejaría de él, pues lo único que me podía traer serían problemas, y de eso ya iba sobrada. Vi como Carlos estaba cortando el césped, y me acerqué a él, pues hasta el hambre se me había quitado.

—Hombre, Arabia, ¿cómo tú por aquí? —me preguntó.

—Pues nada, te he visto cortando el césped, y me he dicho, vamos a darle un poquito de charla al muchacho, que debe de estar cansado ya de ver tanto verde —le dije, y Carlos soltó una carcajada.

Estuvimos como quince minutos hablando, hasta que vi que los niños me buscaban. No pude evitar mirar hasta la ventana del despacho de Ulises, y allí estaba él, mirándome como con odio, pero lo ignoré por completo.

Me senté con los niños en el porche trasero, a la sombrita, con dos botellitas de zumo de naranja frías, una para cada uno, y me puse a darles clases de alemán. Habíamos empezado dando los números, y hoy nos tocaba el abecedario. Saúl había avanzado mucho en el tema de la lectura, y ya lo hacía con bastante soltura, por lo que también lo hizo en el tema del idioma.

—Niños, es hora de volver dentro, tenéis que merendar —dijo Victoria, con mucha altanería.

—No es la hora todavía, y estamos terminando la clase —le respondí, cuando Ulises salió detrás de ella.

—Lo he ordenado yo. A partir de ahora, nos comunicaremos a través de ella. Cuando ella diga algo con respecto a los niños, será como si lo oyeras de mi propia voz, ¿queda claro?

# Capítulo 15

*Ulises*

Estuve más de media hora esperándola al pie de la escalera, pero, evidentemente, no apareció. La que sí lo hizo fue Victoria, y no me lo pensé. Si había roto mi norma con Arabia, ¿por qué no hacerlo con esta otra?

—Sube al apartamento y espérame allí, desnuda —le dije, con una mezcla de rabia, por el hecho de que Arabia no había aparecido, y de deseo, por todo lo que me había imaginado que sucedería esa noche.

—¿Habla usted en serio? —preguntó, algo asombrada.

—No hagas que me lo replantee. Si no quieres, no pasa nada. Pero, si estás de acuerdo, te doy diez minutos —le dije, y ni se lo pensó, subía los escalones de tres en tres.

Actué por despecho, no hace falta que me lo diga nadie, pero quería demostrarme a mí mismo que daba lo mismo Arabia que Victoria. Esa noche, cuando subí, me la encontré tal y como le había dicho que estuviera, pero, además, tenía en la cama una serie de juguetitos, de esos que ella se encargaba de reponer y guardar cuando cambiaba de pareja sexual.

Follamos de todas las maneras habidas y por haber, y cometí el error más grande de toda mi vida, decirle que se viniera conmigo unos días de viaje. Quería castigar a Arabia, quería demostrarle que me daba igual su actitud, cuando no era cierto.

Durante esos cinco días que estuvimos en mi casa de la playa, vi las carencias que tenía Victoria con respecto a Arabia, y tuve claro que, en cuanto estuviéramos de vuelta, todo se habría terminado, pues no me llevaba a ninguna parte y no quería que Victoria se hiciera ilusiones de algo que no sucedería jamás.

Al llegar a casa, la imagen que me encontré me chocó de una manera que no os podéis imaginar, porque, de repente, me vi como si fuéramos una familia, pero una de las de verdad. No sé si me explico, pero fue como si ella, Arabia, fuera mi mujer, mi pareja de vida, y estuviera esperando a que yo volviera de mi viaje de negocios, con mis padres y mis hijos, en una perfecta armonía, y no lo pude aguantar.

Tuvimos más que palabras, pero no solo con la niñera, sino también con mis padres, que no dudaron en reprocharme mi actitud, hasta el punto de marcharse de mi casa y decirme que, hasta que no cambiara mi manera de actuar, no volverían a mi casa.

Salí del salón, donde se habían quedado los niños terminando de comer, y me encontré con Victoria enfrentándose a Arabia, hablándole con una prepotencia que no le había visto nunca, y que no me gustó, pues se creía la dueña de la casa, y era una simple empleada, y a la que le quedaban los días contados.

—Victoria, en cinco minutos en mi despacho —le dije, con la clara intención de despedirla en ese mismo instante.

—Ahora mismo voy, señor —me respondió, como si no hubiera roto un plato.

Encaminé mis pasos hacia el despacho. Acababa de llegar a mi casa y ya me estaba ahogando. Tenía esa sensación desde hace mucho, en concreto, desde que mi esposa sufrió ese accidente de tráfico. En un cajón bajo llave guardaba esa carta que me dejó, y de la que nadie tenía constancia. Era tan demoledora que me marcó de una manera brutal. Cada cierto tiempo, me encerraba allí y la leía, para volver a poner los pies en la tierra.

—¿Puedo pasar, señor Salmerón? —me dijo Victoria después de dar varios toques en la puerta sin que yo me enterara.

—Adelante, tome usted asiento —le contesté.

—Creo que, después de lo pasado entre nosotros, al menos cuando estemos a solas, deberíamos dejar ese tratamiento. ¿No te parece? —me dijo, intentando acercarse a besarme.

—Me parece que se está usted equivocando, y mucho, además. Creo que lo mejor será que se acabe cualquier tipo de relación entre nosotros dos, incluida la laboral —le dije, pues me lo puso a huevo para hacer lo que tenía pensado.

—¿Me estás despidiendo? ¿Después de follar conmigo todo lo que le ha dado la gana? Hágalo, y se enfrentará a una denuncia por acoso…

—¿Se piensa que cambiaré de opinión porque me amenace? No me haga reír, por favor. Aquí tiene, su liquidación y su carta de despido. Tiene un par de horas para recoger sus cosas y salir de aquí. ¿Quiere denunciarme? Hágalo, no se corte, tengo suficientes testigos de que ha sido usted la que se me ha insinuado en un millar de ocasiones.

—Pero tengo pruebas de que se ha acostado conmigo, y eso no lo podrá negar —me dijo, creyéndose vencedora.

—¿Y? Es usted una mujer muy bella, cualquiera puede creer que, ante tanta insinuación, he caído. Pero no se preocupe, vaya, denúncieme. ¡Haga lo que le salga de las narices! —le grité, dándole el cheque y el documento de despido, e invitándola a salir, tanto del despacho como de mi casa.

Cuando me quedé solo en el despacho de nuevo, cerré la puerta, eché el pestillo y me senté en mi escritorio, donde saqué aquella carta que tanto me atormentaba y la volví a leer. Ni siquiera Jaime era conocedor de su existencia, porque de ser así, me hubiera obligado a ir a terapia, y no era eso lo que quería, me merecía cualquier tormento que tuviera, por cabrón.

*“Ulises, mi amado esposo…*

*Qué irónico, ¿verdad? Nunca me has querido, y lo sabía, pero ya no puedo más. Todas esas veces que te dije que hicieras tu vida, era como si, lentamente, me fueran clavando un puñal en el corazón.*

*Yo sí que te quise, yo sí que estaba enamorada de ti, pero nunca fui suficiente. Tras esa fachada de hombre amoroso y familiar, se escondía un ser*

*frío, distante, que tan solo se metía en mi cama cuando tenía la intención de aumentar la familia.*

*Porque, claro, un hijo siempre era una baza importante en tu mundo. Cuantos más hijos, mayor reputación. Pero, lo siento, después de que naciera Saúl, me sometí a un tratamiento de infertilidad, no quería ser un vientre de alquiler, que era como me tratabas.*

*No puedo sopórtalo más, no quiero más humillaciones por tu parte, no me quiero sentir inferior a ninguna otra mujer nunca más. Cada vez que te veía subir esas escaleras en busca de esas otras que te proporcionaban el placer que yo no fui capaz de darte, me mataba.*

*Iba muriendo lentamente, y tú, ni siquiera te dabas cuenta. Eras mi proveedor, pero no mi marido. Es cierto que, a nivel económico no teníamos carencias, pero a nivel afectivo, no teníamos nada, ni yo, ni nuestros hijos.*

*Ahora mismo estoy tomándome una botella de ginebra a palo seco, intentando paliar este dolor que me consume y que, ni con el cariño de mis hijos, puedo superar.*

*Tan solo le pido al cielo que pases este mismo dolor que yo tengo ahora, que te enamores y que, la persona de la que lo hagas no te vea, seas invisible para ella.*

*Me voy a ir de este mundo con la pena de no ver crecer a mis hijos, pero tampoco es justo para ellos vivir en una mentira de familia, con una madre que se refugia en el alcohol y que los ignora, porque simplemente, con verlos, me recuerdan el daño que me has hecho.*

*Ocúpate de ellos, pero no a nivel económico, sino afectivo. Busca a una persona que los vea de verdad, que los quiera y los deje ser los niños que nosotros no supimos dejarlos ser.*

*Mi muerte quedará sobre tu conciencia porque, tú irás conduciendo, pero irás conmigo, en el asiento de al lado, como si fueras el maniquí que te has empeñado en ser, en vez del marido que deberías.*

*Te desearía la felicidad, pero no te la mereces.*

*Atentamente: tu esposa que te ha amado hasta el fin de sus días".*

Ese día, entré en casa y la vi aquí mismo, borracha, y tuvimos una de las muchas broncas que solíamos tener, sin que yo fuera capaz de ver que el motivo de que se refugiara en el alcohol era yo. Salí de allí y subí a ducharme, cuando la escuché salir con el coche, y supe de antemano lo que iba a suceder.

Para todo el mundo, yo había llegado y no la había visto salir. No quería que me juzgaran, y por eso, escondí esa carta, por eso no fui capaz de contárselo a nadie, y por eso me negaba a amar. Por el miedo a que sus palabras se hiciera realidad y no fuera correspondido. Después de esa carta supe el dolor que una persona era capaz de infringir a otra con su desprecio y su rechazo, y yo no quería pasar por eso.

Mi asignatura pendiente eran mis hijos. A ellos quería amarlos más de lo que ya lo hacía, quería demostrárselo en cada gesto, en cada mirada, pero no me salía, no cuando al hacerlo, veía el rostro de su madre, y eso me estaba superando.

# Capítulo 16

*Arabia*

Escuchaba a Victoria gritar desde el despacho de Ulises, al igual que a él, pero no presté atención a lo que decían, ya no era de mi incumbencia. Ulises me había demostrado que no era un hombre de palabra, que era una marioneta de su fría y calculadora cabeza, y no quería a nadie así a mi lado.

No es que estuviera buscando nada romántico, ni mucho menos, pero tampoco quería un hombre así para mis encuentros sexuales, que no demostrara ni un ápice de cariño, de afecto, era como si me estuviera acostando con un consolador, y para eso, ya tenía el mío que no me daba complicaciones ni quebraderos de cabeza.

—¿Qué os parece si hoy nos vamos a dar un paseo por la finca y vamos viendo los diferentes tipos de árboles y de hojas que nos podemos encontrar? —les dije a los niños, pues estaba deseando salir de aquella casa.

—¡Sí! Y podemos hacer un picnic, llevarnos algo de comer y volver por la tarde. Hoy no hace mucho calor y podemos hacerlo —dijo Daniela, entusiasmada.

—Venga, le diré a Juana que nos prepare algo y nos lo llevamos para comer —les dije, sin consultar a su padre, pero es que me daba igual lo que dijera.

Bajé a la cocina mientras los niños metían en sus mochilas un pequeño cuaderno y un bolígrafo, así como varias cosas que se querían llevar.

—Juana, por favor, prepáranos unos sándwiches y algunos aperitivos para los niños y para mí, que nos vamos a dar un paseo por la finca y hacer un picnic. Cuando el señor aparezca por aquí, se lo comentas, por favor, que ahora mismo está ocupado y no puede atender a nadie —le dije, y ella me miró con la cara un poco descompuesta.

—No me parece bien, Arabia. Una cosa es que le hagas el bien a los niños y otra muy distinta, que desafíes a su padre —me dijo, algo gruñona.

—Bueno, no pasa nada, ahora le enviaré un correo electrónico para que lo sepa. Ahora, por favor, prepáranos lo que te he dicho —dije, mientras escribía el correo.

Pasamos un día magnífico, porque, cuando Carlos terminó su jornada laboral se unió a nosotros, y nos dio una clase magnífica de biología, pues nos estuvo diciendo los diferentes árboles con sus características, y las diferencias entre unos y otros.

Era hora de volver a casa, y nos encaminamos, Carlos venía con nosotros, e íbamos charlando de todo lo que habíamos hecho en el día, cuando, al llegar, lo vi, en la puerta, con las manos en la cintura y un cabreo de mil demonios.

—Creo que el jefe no está muy contento con la excursión —me dijo Carlos, señalando con la cabeza hacia donde se encontraba Ulises.

—Arabia, ¡a mi despacho! —me gritó, nada más verme.

—Señor Salmerón, iré cuando usted me lo pida con respeto y educación. Soy su empleada, no su esclava ni nada por el estilo —le dije, jugando con el doble sentido de sus palabras.

No me esperaba lo que iba a hacer, pues se acercó a mí, me cogió en brazos, como si fuera un saco de patatas, cargándome en su hombro, y se dirigió escaleras arriba, hasta el segundo piso.

Esa cerradura era magnética, y Ulises llevaba la llave en la pulsera de su reloj, por lo que tan solo tuvo que pasar la mano por ella para que se abriera.

De todo lo que me había imaginado que habría en esa segunda planta, jamás me imaginé lo que se encontraron mis ojos. Era como una de las salas del club, y ahora entendía todo. Cuando tenía una pareja sexual fija, la traía aquí, lo que no entendía era como entraba, pues por la casa no pasaban.

—¿Has saciado ya tu curiosidad? Porque ahora te vas a saciar de otra manera —me dijo, mirándome con ojos de persona celosa.

—Ni tenía curiosidad ni tengo que saciarme de nada, pues estoy muy saciada ya —le dije, y desaté a la bestia.

—¿Has follado con el jardinero delante de mis hijos? ¡Dímelo! Porque te pienso demostrar que ese no me llega ni a la suela de los zapatos —me respondió, fuera de sí.

—¿Qué clase de persona te crees que soy? Jamás haría eso, ni delante ni detrás de tus hijos. Para mí, esta casa es mi lugar de trabajo, y es sagrada. ¡¿Te enteras?! —esta vez la que gritaba era yo.

Se acercó a mí, jaló de mi brazo para pegarme a su cuerpo, y me besó. No fue un beso dulce, ni hambriento, no sé cómo explicarlo, era como si tuviera en la necesidad de marcar territorio, como si quisiera demostrarme que yo le pertenecía, y eso me puso a mil, contra todo pronóstico.

Me pegó a la puerta, y me despojó de toda la ropa en un pis pas, dejándome completamente desnuda. Me miró con hambre, con deseo puramente carnal, pero también con un sentimiento de posesión en la mirada que no le había visto nunca.

—Eres mía, Arabia, que no se te olvide nunca —me dijo, mientras lamía mi cuello hasta el lóbulo de la oreja.

—No soy de nadie, Ulises, que no se te olvide —le respondí, entre jadeos, pues sus dedos ya se habían adentrado entre mis pliegues, dándome el placer que tan solo él sabía darme.

—¿Te lo tengo que demostrar? Pues nada, espero que los niños estén bien atendidos, porque no vamos a salir de aquí en toda la noche —me dijo, y tan solo de pensarlo, me humedecí más —. Veo que te gusta la idea, pero más te va a gustar esto. Córrete las veces que quieras, hoy no lo tienes prohibido.

Eso desató la locura en mí. Me corrí a gritos con sus dedos, ante su cara de satisfacción. Y esa solo fue la primera vez que ocurrió, pues se esmeró para que ocurriera una y otra vez, hasta el punto de que no me podía tener en pie.

Lo hicimos de todas las maneras habidas y por haber, pero la que más me gustó fue cuando me dejó suspendida del techo, enteramente a su merced. Lo primero que hizo fue arrodillarse delante de mí, y lamer mi sexo de arriba abajo. Jamás en mi vida me había practicado un sexo oral como el que él me estaba haciendo, en el que entraron en juego, no solo su lengua, sino también sus dedos, sus dientes y hasta un consolador que no sabía de donde había salido.

—Es mi turno —le dije, en cuanto me bajó de allí, y sabiendo que, a pesar de haberse corrido en mi interior, todavía tenía su pene erecto.

Me arrodillé delante de él, cogí su miembro y lo lamí, de la base hasta la punta, para terminar por metérmelo en la boca, entero, hasta llegar casi al fondo de mi garganta. Lamí, succioné, y lo volví loco con mi lengua, hasta que conseguí que se corriera de nuevo, esta vez en mi boca.

—¿Te ha quedado claro ya que me perteneces? —me dijo, una vez que vimos los primeros rayos del día entrar por una de las ventanas.

—Por esa regla de tres, entonces, tú también me perteneces a mí —le dije, y soltó una carcajada.

—Yo sí que no le pertenezco a nadie, pero te diré una cosa: cuando follo contigo no es como cuando lo hago con las demás. Contigo, siempre tengo ganas de más, nunca termino de saciarme del todo. No te quiero ver cerca de Carlos ni de ningún otro hombre —me soltó, y empecé a reírme.

—Si yo no puedo estar con ningún otro hombre, tú tampoco podrás estar con ninguna otra mujer. La exclusividad tiene que funcionar en ambas direcciones, no solo en una.

—Está bien, cuando yo vaya a follar con alguien que no seas tú, serás la primera en enterarte —me dijo, como si me estuviera hablando de coger un coche.

—No me has entendido. Cuando eso ocurra, lo que haya entre nosotros, sea del tipo que sea, se terminó —le dije.

Nos levantamos, nos metimos en la ducha, donde volvimos a dejarnos llevar por la pasión. No fue como la vez anterior, en el club, ni mucho menos, pues nos vestimos mirándonos a los ojos, con una conexión que antes no existía, y dejando claros todos los términos de lo que se había empezado a forjar entre los dos.

—Cuando queramos subir aquí, dejaremos un mensaje en el teléfono del otro. En tu caso, no tendrás que entrar por el ascensor de fuera, sino que subirás directamente. Al haber despedido a Victoria, serás tú la encargada de dejar todo esto limpio y en orden, pues no quiero que nadie más sepa de la existencia del apartamento —me dijo, y me dejó ojiplática, pues, para nada me esperaba que hubiera despedido a Victoria.

# Capítulo 17

*Ulises*

El verla a ella, a Arabia, cuando venía con mis hijos y con Carlos, el jardinero, hizo que me hirviera la sangre. Hice lo que hice por celos, no lo niego, pero no eran unos celos sentimentales, sino territoriales. Os lo explico para que me entendáis…

Como ya os he dicho en otras ocasiones, no sentía amor por nadie, pero sí que tenía una sensación de posesión, como si ella me perteneciera. Sé que es algo difícil de entender, pero así me sentía. Mi familia, mis amigos y ella, eran míos, y tenía la necesidad de protegerlos. Que Arabia viniera con él, riendo y bromeando, era como si me pateara en la boca del estómago.

Habían pasado ya dos semanas desde aquel día en el que subimos por primera vez, juntos, al apartamento del pecado. Desde ese día, habíamos ido varias veces más, siempre en consenso. Me notaba como un poco más relajado, pero eso que llevaba en mi corazón, seguía pesando en mi alma.

—Buenos días —dije al entrar en mi oficina, pues ya había vuelto a mi rutina, al menos en lo que a lo laboral se refería.

—Buenos días, señor Salmerón — dijo mi secretaria.

—¿Qué tenemos para hoy?

—A primera hora, una reunión con Soluciones Integrales, que requieren de los servicios de esta empresa para una filial que están abriendo en la capital.

Luego, tiene una videoconferencia con los jefes de los diferentes departamentos, para terminar con la comida con el CEO de la empresa que nos proporciona los componentes de los microchips —me leyó la agenda.

—Perfecto, pues vamos a por el día de hoy —le dije, entrando en mi despacho.

Nada más entrar, Jaime lo hizo detrás de mí, con una cara que dejaba claro que estaba en uno de sus mejores momentos personales.

—Nadia es increíble, tío. Cada día estoy más feliz de tenerla en mi vida. Y tú, ¿qué tal con Arabia? —me preguntó, con toda la mala leche del mundo.

—Como siempre. Se ocupa de mis hijos, vive bajo mi mismo techo y, cuando tenemos ganas de follar, subimos al apartamento. Nada más —le dije, antes de que me dijera otra cosa que me cabreara.

—Eres un cretino, ¿lo sabes? Es una mujer de la cabeza a los pies, de esas que remueven tus cimientos porque, aunque tú me digas que no, no te es indiferente.

—Por supuesto que no me es indiferente. Follamos como animales, está buenísima, y luego, cada uno con su vida. Ni ella se mete en la mía, ni yo en la suya.

—Entonces, irás pasado mañana a la fiesta del club, ¿no? Con tus antiguas compañeras no te importaba acudir —me dijo, y no debí contestar lo que hice.

—Por supuesto que iré, pero yo solo. Como te he dicho, entre nosotros no hay absolutamente nada más que sexo —le respondí, arrepintiéndome al momento.

—Pues nada, te recojo a las siete en tu casa. A no ser que quieras que nos veamos allí, pero desde ya te digo que no me importa pasar a recogerte —me contestó.

—No te preocupes, cogeré un taxi. Lo que sí puedes hacer es esperarme en la puerta, y así entramos juntos.

Ambos no fuimos a la reunión que teníamos programada, de la que salimos muy contentos, porque, al final, conseguimos un mejor contrato del que esperábamos, pues no encargaríamos de renovar, también, los sistemas informáticos de todas las sedes.

En mi videollamada con todos los jefes de departamentos, estuvimos departiendo las distintas fechas de entrega de los productos que saldrían nuevos al mercado, así como de los softwares de las diferentes apps que teníamos pendientes.

—Vamos a marcharnos ya que no llegamos a la comida —me dijo Jaime, y era cierto, pues se nos había echado la hora encima.

—Pensé que terminaríamos antes. Ya estoy listo —le respondí, cogiendo mi maletín y poniéndome la chaqueta del traje.

La comida fue la más tediosa de mi vida. El CEO con el que estuvimos comiendo era un pedante de cuidado, que más que negociar los precios y demás, se dedicó a hacernos un tour por todos los países a los que había viajado en los últimos meses y sus aventuras sexuales.

Salimos de allí con una rebaja del cincuenta por ciento en los productos que nos proporcionaba su empresa, pero también sabiendo que se había acostado con no sé qué modelo de lencería o que había hecho un trío con un par de gemelas. Si él supiera lo que habíamos hecho Jaime y yo, se caería de culo, como si lo estuviera viendo.

—Estoy deseando de llegar a mi casa, darme una ducha y encerrarme en mi despacho para terminar de revisar los contratos —le dije a Jaime, cuando nos montamos en el coche.

—Pues yo lo que estoy deseando es de llegar a mi casa, llamar a Nadia para que venga o ir yo a su casa, y pasarme la tarde entre sus piernas —me dijo, con mucha guasa.

—No todo el mundo es igual, lo siento.

—Si yo tuviera a mi chica viviendo a menos de diez metros, bajo mi mismo techo, ya te diría yo a ti lo que iba a tardar en subírmela al hombro.

—No sé cómo te tengo que decir que ni es mi chica ni nada mío. F-O-L-L-A-M-O-S, nada más —le dije, haciendo hincapié en esa palabra, para que le quedara claro.

—Tú mismo, pero, a lo mejor, cuando quieras darte cuenta, ya será demasiado tarde —me dijo, insistiendo en lo mismo.

Desde el mismo coche llamó a Nadia, que le dijo que se fuera para su casa, pues ella acababa de llegar e iba a llenar la bañera con sales minerales. No dudó en decirle que lo esperara, que tardaba cinco minutos en llegar.

—Amigo, te toca meter el turbo para dejarme en casa de mi chica. Tengo que llegar antes de que se enfríe —me dijo, haciéndome soltar una carcajada.

—No me pienso saltar ni una sola señal de tráfico ni rebasar el límite de velocidad, así que, más vale que sepas como volver a calentarla —le dije, arrancando el coche.

—La duda ofende, chaval. Por supuesto que sé como calentar a una mujer, sin ni siquiera usar las manos —me respondió, elevando las cejas.

Tardamos cuatro minutos en llegar a la dirección que me había dicho, lo dejé allí y puse rumbo a mi casa, donde me estarían esperando mis hijos para cenar, pues la hora se me había echado encima.

—Hola, papá. ¿Qué tal el día? —me dijo Daniela, en cuanto me vio entrar.

—Hola, hija. Cansado, como todos. Me doy una ducha, me cambio de ropa, y enseguida bajo a cenar con vosotros —le dije, acariciándole la carita. Me salió de forma natural, pero ella se sorprendió por el gesto, y me regaló una sonrisa.

—Papi, ¿puede Arabia sentarse a cenar con nosotros? —me preguntó Saúl, pero enseguida lo interrumpió ella.

—Hoy no puedo, corazón. Voy a cenar con Medea y los chicos en la cocina, que me tenía que contar algo —le dijo, y entonces la imagen de Carlos cenando con ella, me vino a la mente.

—Pues te lo tendrá que contar luego, porque si mi hijo quiere que cenes con nosotros, no seremos ninguno de los dos los que le llevemos la contraria —le dije, me di la vuelta y me fui, dejándola sin capacidad de reaccionar.

Subí a mi habitación y cerré por dentro con llave, pues no quería que nada ni nadie me molestara, al menos durante los próximos veinte minutos, que serían los que tardaría en tranquilizarme y paliar los efectos que esas imágenes habían provocado en mí.

¿Tendría un problema? ¿Debería hablarlo con un especialista? Me estaba planteando acudir a terapia, aunque no lo supiera nadie, pero todavía no lo tenía del todo claro.

El agua cayendo por mi cabeza y mi espalda me aliviaron bastante esa mala sensación que tenía. Cuando salí de la ducha, era un hombre nuevo, dispuesto a enfrentarme a todo lo que mis hijos me tuvieran que decir. Cada noche, mientras cenábamos, me ponían al día de todo lo que habían hecho durante la jornada, y eso, a veces, podía ser agotador.

La cena transcurrió tal y como había pensado, con las risas de los niños, contándome que Arabia les había enseñado esa tarde varias palabras en alemán, y estuvieron diciéndome lo que habían aprendido. Me encantaba la manera en la que los niños estaban aprendiendo el idioma, como si fuera un juego, y les estaba resultando de lo más entretenido.

—Venga, chicos, que es hora de ir a lavarse los dientes y ponerse el pijama —les dijo Arabia a los chicos.

—¿Nos vas a leer un cuento? Pero quiero que esta noche sea en mi cuarto, que siempre lo haces en el cuarto de mi hermano —le dijo Daniela.

—Es que yo soy el más pequeño…

—Y yo soy la más mayor —zanjó la conversación.

# Capítulo 18

*Arabia*

Empezaba mi día libre y no me apetecía para nada salir, por lo que, en cuanto terminé mi horario laboral, subí a mi habitación, para descansar. Me di una ducha calentita y me vestí de forma cómoda. El lunes siguiente comenzaba el curso escolar, por lo que ya tenía todo lo de los niños preparado.

—Hola corazón mío —le dije a Nadia en una videollamada.

—¿Lista para vivir un sábado de pasión? —me preguntó, y me extrañó muchísimo.

—Más bien un sábado de sofá y libro electrónico, dirás —le respondí, y vi que ponía cara de extrañeza.

—¿Cómo? ¿No vienes a la fiesta del club de esta noche? Pensé que no me habías dicho nada porque, como yo voy a acudir con Jaime…

—Si me estás insinuando que yo voy a ir con Ulises, ya te digo que no. Es más, ni siquiera me ha dicho que vaya a ir él, la verdad —le dije.

—No sé, pues me habré equivocado, y Jaime hablaba de otro amigo. No me hagas caso. Lo mismo y Ulises te lleva a ese apartamento suyo. ¿Para qué salir cuando lo tienes todo a mano en tu propia casa?

—Pues lo mismo, ni te afirmo ni te desmiento nada. Bueno, te dejo, que seguro que te estás arreglando y te he interrumpido —me despedí de ella, con una sonrisa un tanto fingida.

No sabía que hacer, si arreglarme y esperarlo en el apartamento, o si quedarme en mi habitación, tal y como tenía pensado. Al final, opté por la primera opción, pero sin arreglarme en demasía.

Me puse un vestidito negro, tipo lencero, unas sandalias de tacón y me maquillé un poco, pero nada exagerado. Como yo era la encargada de la limpieza y el mantenimiento del apartamento, tenía la llave magnética, así que no tuve que decirle nada, cuando me avisara, ya estaría yo arriba.

Veinte minutos después de la hora de la cena, ya estaba yo allí, preparando todo, pero, una hora más tarde, no había acudido, y pensé que estaría cansado o algo parecido.

Salí de allí y cerré, dejando todo en su lugar, como si nadie hubiese estado allí. Al entrar en mi habitación, escuché ruidos en el cuarto de Saúl, y fui a ver qué era lo que le sucedía, encontrándome a Daniela con él.

—¿Qué os pasa, mi amor? —le pregunté a los niños.

—Es Saúl, está raro —me dijo la niña.

Me acerqué a ver al niño, y me lo encontré muy rojo y ardiendo, además, que estaba vomitando y le dolía la cabeza. Esto último no me gustó nada, por lo que, lo primero que hice fue ponerle un paño frío en la frente, y fui a buscar un termómetro.

Al ponerle el termómetro al niño, me dio un resultado de cuarenta con ocho décimas de temperatura, y empezó a convulsionar. Sabía que podía ser resultado de la misma fiebre, pero me asusté bastante.

—Voy a buscar a tu padre, enseguida vuelvo —le dije a la niña, y salí corriendo de la habitación.

Recorrí toda la casa entera, sin encontrarlo, hasta que me topé con Medea en la planta baja, que me miró extrañada.

—¿Has visto al señor, Medea? —le pregunté, empezando a desesperarme.

—Sí, salió hace aproximadamente una hora. ¿Qué te ocurre? —me preguntó.

—Es Saúl, voy a por el coche a llevarlo al hospital. Está ardiendo en fiebre y ha empezado a convulsionar —le dije, justo cuando entraba Carlos a dejar algo en la cocina, escuchando todo lo que estaba diciéndole a Medea.

—Ve a por el niño, yo os llevaré. No podrá estar solo en el asiento trasero, por si vomita o empeora —me dijo, y subí las escaleras de dos en dos.

—Yo me ocupo de Daniela, me informas con lo que te diga el médico, por favor —me dijo Medea.

—Sí, de camino al hospital intentaré localizar a su padre —le respondí.

Cogí al niño en brazos, y le dejé a Daniela un beso en la frente, tranquilizándola.

—No te preocupes, cariño mío, puede ser una simple amigdalitis. Me lo llevo al hospital para quedarnos tranquilos, no porque piense que sea nada importante —le dije.

Carlos ya me esperaba con el coche en la entrada, abriéndome la puerta para que me subiera con el niño en mi regazo. De camino al hospital, llamé más de veinte veces a Ulises, sin obtener resultados, por lo que, sabiendo donde estaba y que no me iba a contestar, le envié un mensaje de WhatsApp.

**Arabia:** *Tu hijo va de camino al hospital, cuando te dé la gana, o termines de echar el polvo que estás echando, ponte en contacto conmigo.*

Estaba de un cabreo que no os podéis imaginar, no porque se hubiera ido al club, que también, pero eso era otro tema, sino porque no había sido precavido de que a sus hijos les pudiera pasar algo.

—¿Qué le ocurre? —me dijo una de las enfermeras al verme entrar con el niño en brazos.

—Está ardiendo en fiebre, y ha convulsionado —le dije, poniéndolo en una camilla.

—¿Es usted su madre o algún familiar?

—Soy su niñera, su padre ahora mismo no está disponible y me ha pillado a mí sola, junto al resto del servicio —le dije, temiendo que no me informaran.

—No se preocupe, en ese caso, la pondremos como persona de contacto para que el médico le dé los diferentes partes. De momento, nos lo llevamos a un box, donde lo trataran. Puede esperar en esa sala, y en cuanto sepamos algo, le avisaremos —me dijo, y vi cómo se lo llevaban.

—Tranquila, seguro que no es nada. Los niños son así, están bien y al minuto, están enfermos —me decía Carlos, que había ido por dos cafés a la máquina.

Más de dos horas habían pasado cuando vimos que salía un doctor del box donde habían ingresado al niño.

—¿Familiares de Saúl Salmerón? —preguntó.

—Yo… nosotros… —le dije, levantándome como un resorte.

—Vamos a ver, le hemos hecho analíticas y varias pruebas, pues pensábamos que se trataba de algo más grave, en concreto, tenía todos los síntomas de un brote de meningitis —nos dijo, y me tuve que sentar, pues pensar que al niño le pudiera pasar algo malo, me ponía los vellos de punta.

—Dígame que no es eso, doctor, por lo que más quiera —le dije, a punto de llorar.

—No, afortunadamente no se trata de eso, es algo mucho más sencillo y menos grave, pero no insignificante. El niño ha cogido un virus que le ha afectado al cerebro, tendremos que ponerle antibióticos y al menos un par o tres días, deberá estar en la UCI —nos dijo el doctor y, a pesar del diagnóstico, que era un tanto alarmante, me quedé más tranquila de que no fuera lo que se pensaba en un primer momento.

—¿Puedo verlo, doctor? —le pregunté, pues necesitaba comprobar que estaba bien y que supiera que no estaba solo.

—Haré una excepción, pero tendrá que llevar mascarilla y bata antes de entrar al box. En cuanto lo vea, durante no más de cinco minutos, lo pasaremos a la UCI —me dijo, y Carlos me animó para que fuera.

—Gracias, doctor.

Me atavié con todo lo que el doctor me había dado, y entré a verlo. Permanecía dormidito, y me acerqué con mucho cuidado de no despertarlo. Le habían suministrado un sedante para que se mantuviera tranquilo y el antibiótico le hiciera más efecto.

Salí de allí llorando y al llegar a la sala donde nos habían dicho que permaneciéramos, me esperaba Carlos con los brazos abiertos, en los que me refugié. Estaba así, cuando lo vi entrar por la puerta del hospital.

—Ha llamado mientras estabas dentro, le he dicho donde estábamos —me dijo Carlos.

Noté en su mirada una mezcla de miedo y vergüenza, pero no me iba a conmover con eso, para mí, Ulises Salmerón no valía ni un céntimo, ni como persona ni, mucho menos como padre.

—¿Dónde está mi hijo? ¿Qué es lo que ha ocurrido? Espero que lo que le haya pasado no tenga nada que ver con un descuido tuyo, porque entonces… —me dijo, y no me pude callar ni un minuto más.

—¿Un descuido mío? Y lo dice el que no cogía el teléfono porque estaba follando a saber con quién. No me toques los ovarios, Ulises, porque te mando al carajo en cero con dos —le dije.

—Vamos a tranquilizarnos, por favor, ni es el momento ni es el lugar. Hablad como adultos, el niño no tiene la culpa de vuestras diferencias —nos dijo Carlos, alternando la mirada de uno al otro.

—Claro, has visto la oportunidad perfecta para meter cuello, ¿verdad, Carlitos? —le dijo, como enfadado.

—No voy a tener en cuenta estas palabras, pues sé que estás nervioso, porque de otro modo, te diría más de cuatro cositas —le dijo Carlos, saliendo de la sala y dejándonos allí a los dos.

# Capítulo 19

*Ulises*

Salí de casa sin muchas ganas, era como si algo me dijera que Arabia se iba a enterar y no iba a estar muy conforme con lo que estaba haciendo, pero luego pensé que me daba igual, que tenía que hacerlo por mí, para no caer en sus redes.

—Buenas noches, señor —me dijo el chico que hacía de portero en el club.

—Buenas noches, ¿mi amigo está ya dentro? —le pregunté. No necesitábamos decir nombres, pues allí todos nos conocíamos.

—Ha entrado hace unos minutos, acompañado de una señorita —me dijo, y supe que sería con Nadia.

Nada más entrar, me di de frente con ellos. La cara de Nadia era un poema, y sabía que me diría algo referente a Arabia, pero no le pensaba consentir que se pasara de la raya ni un pelo.

—Hay que joderse, la poca palabra que tienen algunos hombres —dijo, nada más llegar a su lado.

—Nadia…

—Nadia, ¿qué? Me vas a decir que ha actuado bien. Mira tío, me da igual lo que tengáis entre vosotros, pero la honestidad es esencial. No puede pedirle

a ella que no se acueste con nadie, cuando él viene aquí y ella, ni siquiera lo sabe —le dijo a mi amigo, que le había llamado la atención.

—¿Le has pedido eso? Lo tuyo es de traca, amigo. Si yo fuera ella, te habría mandado al carajo en menos que canta un gallo —me contestó Jaime.

—Mira, no tengo el horno para bollos. Mejor os dejo a solas y me voy a tomar una copa —les dije, marchándome de allí y yéndome al otro extremo de la barra, donde, en pocos minutos, una de las habituales del club se me acercó.

Mi teléfono sonaba y sonaba, era Arabia. No pensaba contestar a ninguna de sus llamadas, pues sabía de sobra que era para reprocharme mi actitud, y no me apetecía nada tener que aguantar el chaparrón. Ya cruzaría ese puente cuando tocara.

Ni lo dudé, me fui con esa mujer a una de las salas, donde permanecimos, por lo menos, durante cuatro horas. Cuando ya me cansé, me levanté, me aseé y me vestí, saliendo de la sala y dejando a esa mujer allí. Cogí mi teléfono, al que le había quitado el sonido, poniéndolo en silencio para que no me molestara, y encontrándome con un mensaje de Arabia, pero lo ignoré.

En el momento en el que llegué a mi casa, me encontré con la luz del salón encendida y, al entrar, allí estaba mi hija Daniela dormidita y Medea a su lado, con cara de preocupación.

—Señor, es Saúl, está en el hospital. Arabia ha intentado ponerse en contacto con usted por todos los medios, pero no lo ha conseguido —me dijo.

Saqué mi móvil del bolsillo, y allí estaba ese mensaje que había ignorado, y más de veinte llamadas.

**Arabia:** *Tu hijo va de camino al hospital, cuando te dé la gana, o termines de echar el polvo que estás echando, ponte en contacto conmigo.*

No me lo pensé, y llamé a su teléfono, pero me contestó Carlos, que era el que había llevado a mi hijo en coche al hospital.

—Carlos, ¿en qué hospital está mi hijo? —le pregunté, angustiado.

—Estamos en el Hospital Central, en la sala de espera. Arabia ha entrado a ver al niño…

No lo dejé seguir hablando, sino que salí de allí como las balas, rumbo al hospital en el que me habían dicho que estaban. Fue llegar y encontrarme a los dos abrazados. Sé que no tengo derecho a ponerme celoso, a reclamarle nada, pero no lo pude evitar.

Tuvimos más de dos palabras, tanto con Arabia como con Carlos, que salió de allí y nos dejó a ella y a mí en la sala de espera.

—¿Me vas a contar ya que le ha pasado a mi hijo o tengo que ir a buscar al doctor? Si lo tengo que hacer, te juro por lo más sagrado que te prohíbo la entrada en este hospital —le dije, y supe que estaba siendo injusto.

—Para empezar: si tienes cojones me prohíbes que vea a tu hijo, que será cuando veas a una Arabia que no conoces. Si piensas que te voy a decir algo de lo del club, lo llevas claro, porque para mí, estás muerto y enterrado. Dicho esto, tu hijo tiene un virus y está en la unidad de cuidados intensivos, donde permanecerá durante unos días, hasta que le haya hecho efecto el tratamiento —me dijo, y supe que le tenía que pedir disculpas por cómo le había hablado.

—Lo siento, Arabia, no quería hablarte así, pero estoy de los nervios…

—Sí has querido, y, de hecho, así me has hablado. A partir de este momento, nuestra relación laboral queda rota para siempre, me ingresas lo que me pertenezca y listo. En cuanto salga el médico a dar el parte, iré a la mansión y recogeré mis cosas, pero pienso venir a ver al niño todos y cada uno de los días que permanezca ingresado. De igual modo, también te digo que hablaré con tu madre para poder verlos a los dos una vez a la semana, pero lejos de ti y de tu casa —me dijo, y el mundo se me cayó encima.

—No seas tan tremendista, Arabia, que tampoco ha sido para tanto.

—No lo habrá sido para ti. Nunca te he pedido nada más que honestidad, esa que no has tenido. Una persona así no la quiero en mi vida, en ninguno de los aspectos. No tendré dinero, pero todavía me queda dignidad, esa que a ti te falta —me contestó, cuando salió el médico para decirnos como seguía Saúl.

—Buenos días. Saúl está sedado, muy tranquilo. De momento, el tratamiento está surgiendo efecto, pero lo mantendremos así un par de días más, luego lo subiremos a planta. ¿Es usted su padre? Si quiere, puede pasar a verlo unos minutos, ella ya lo ha visto antes —me dijo el médico, y acepté.

Ver a mi hijo en ese estado, mientras yo había estado divirtiéndome, me terminó de romper el alma. ¿Cómo una extraña se había preocupado más por mi hijo que yo? ¿Tan mal padre era que, encima, los iba a apartar de la única persona que les había demostrado todo su amor incondicionalmente? En cuanto saliera de esa habitación, hablaría con Arabia para que no se fuera, aunque me tuviera que arrodillar pidiendo perdón.

Ya no estaban ninguno de los dos, ni Arabia ni Carlos, y una pesadumbre me inundó el pecho. Había hecho lo que me había dicho hacía unos minutos, demostrándome que tenía más palabra que yo, que me había portado como un cabrón, con todas las letras.

Mi hijo permaneció en el hospital una semana, en la que ella acudía a diario, pero sin cruzarse conmigo en ningún momento. Estaba al tanto de mis horarios gracias a mi madre, que la avisaba cuando yo llegaba y cuando me marchaba de la habitación del niño.

—Has perdido a una gran mujer, que, además, adora a tus hijos, y viceversa. Algún día, te arrepentirás de ello —me dijo mi madre.

—No vayas a empezar otra vez, mamá. Cuando todo esto termine, cuando el niño esté en casa ya sano, hablaré con ella y le pediré mil disculpas —le dije, como había hecho ya en infinidad de veces desde que Arabia salió de mi casa.

—Está trabajando en el colegio de los niños. Hacía falta una profesora de infantil y tu padre ha hablado con la directora para recomendarla —me dijo, y me asombró, pues mi padre no era de los que pedían favores, y mucho menos por una desconocida.

Habíamos vuelto a la normalidad, y ese día llevaba yo a los niños al colegio, quería hablar con Arabia, pedirle una cita, pero no romántica, sino para explicarle todo lo sucedido y disculparme, aunque ya lo había hecho por teléfono.

Al llegar allí y aparcar el coche, vi como Carlos la dejaba con su coche en la puerta del colegio, dándole un abrazo. Algo me estrujó el corazón. ¿Sería cierto que la había perdido?

Ese fue el detonante para que me decidiera a ir a terapia, pero no dejé el tema de la cita a un lado, por lo que me bajé del coche y la llamé.

—Arabia. ¿Podemos hablar un instante, por favor? —le pregunté.

—Lo siento, pero no. Tengo prisa. Si es referente a Saúl, puede usted pedir una tutoría, como todos los padres —me dijo, actuando de lo más profesional.

—Vamos, Arabia, no me puedes tratar así. Te estoy pidiendo una cita, necesito disculparme frente a frente, explicarte todo lo que me sucedió esa noche —le insistí.

—Por mí, como si te ha abducido un extraterrestre y te dejó en el club. Me la trae al pairo. Ahora, tengo que trabajar. Buenos días.

Me quedé allí, en la puerta y con una cara de gilipollas que no podía con ella.

# Capítulo 20

*Arabia*

En cuanto entró en la unidad de cuidados intensivos para ver al niño, le dije a Carlos que me llevara a la mansión, de donde recogería todas mis cosas. Si había algo que no iba a tolerar era que pusiera en entredicho mi profesionalidad, que pensara que era capaz de mezclar lo personal con lo laboral.

—Buenos días, Arabia. ¿Cómo es que no estás en el hospital con mi hijo y mi nieto? —me dijo su madre, Maya.

—Buenos días, señora Salmerón —le dije y le conté el motivo por el que me había marchado —Tan solo vengo a recoger mis cosas y me marcho.

—¿Dónde vas a ir?

—Conmigo —dijo Carlos, que venía junto a mí —. En mi casa hay sitio y podrá vivir allí hasta que encuentre un trabajo o hasta que le dé la gana.

—En ese aspecto me quedo más tranquila. Si necesitas lo que sea, ya sabes dónde encontrarme, y te ruego que, al menos de vez en cuando, vengas a verme a mí y a mis nietos —me dijo Maya, dándome un abrazo.

—Buenos días, Arabia. Me gustaría proponerte algo. Acabo de hablar con un amigo, que, casualmente, es el director del colegio al que acuden mis nietos. En la clase de Saúl hay una vacante como profesora, y le he hablado

de ti. Si estás de acuerdo, tendrás una entrevista mañana mismo, tan solo está esperando a que le llame —me dijo Víctor, su padre.

—Sería estupendo, la verdad, pero no sé si debo aceptar. Han ocurrido muchas cosas entre su hijo y yo…

—Tonterías y paparruchadas. Te espero mañana a las diez de la mañana en la puerta del colegio, yo te acompañaré, así estarás más cómoda —me contestó, y no pude hacer otra cosa que abrazarlo.

Recogí todo y me fui a casa de Carlos que, contra todo pronóstico, tenía una unifamiliar preciosa. Digo contra todo pronóstico porque la mayoría del tiempo lo pasaba en la mansión, y supuse que sería porque tendría una casita pequeña y allí estaba más cómodo.

Me contó que era gay, que su pareja y él habían roto hacía poco tiempo, y ese era el motivo de no volver pronto a casa, ya que se sentía solo. Richard, el novio de Carlos, era holandés, y había vuelto a su país por un tema familiar. Una vez allí, lo llamó para decirle que le enviara sus cosas, porque no iba a volver. Fue un palo enorme para él, pues llevaban seis años de relación, de los cuales, los cuatro últimos, viviendo juntos.

—Ahora será distinto, porque al volver, tendré con quién comentar el día. Podré cenar acompañado y sentarnos en el sofá a ver una película o una serie —me dijo, y lo entendía, porque la soledad era muy mala.

—Por supuesto que sí, pero me tienes que cobrar un alquiler, o de lo contrario, te quedarás solo muy pronto —le dije, pues no iba a consentir que no se me cobrara nada.

—Ah, no. Esa casa es una herencia de mis tíos, así que, si yo no pago, tú tampoco. Otra cosa es que hagas una compra o algo por el estilo —me respondió.

—No, no, ni mijita. Mira, vamos a hacer una cosa: los gastos de la casa los pagamos a medias, y yo me encargaré del tema de la cocina, que además me encanta.

—Pues no sabes la alegría que me das, porque yo es algo que detesto. Te limpio la casa de arriba abajo, como puedes ver, pero eso de cocinar… sobrevivo a base de lo que cocina Juana, y los fines de semana, con bocadillos.

—Anda, eso se terminó con mi llegada. Lo primero que vamos a hacer es ir al súper, te voy a preparar un arroz con marisco que te vas a chupar los dedos —le dije.

Esa noche dormí un tanto inquieta, no sabía si era por el tema de la entrevista de trabajo, porque iba a volver a ver a la niña, o por todo lo que había pasado con Ulises, el caso es que me costó coger el sueño y, cuando lo hice, no terminé de descansar del todo.

Cuando me levanté, ya Carlos se había ido a trabajar a la mansión, pero me había dejado la cafetera preparada y pan dentro de la tostadora. Sonreí al ver el detalle que había tenido. Desayuné, me di una ducha rápida, y me vestí un poquito más formal que de costumbre, para que se llevaran una buena impresión de mí.

—Buenos días, Arabia —me dijo Víctor en cuanto me vio aparecer por la puerta.

—Buenos días, Víctor —le contesté, pues tanto él, como su esposa, me habían dejado claro que no querían que les hablara de usted.

—¿Lista para conseguir el trabajo de tu vida?

—Ojalá y sea cierto, porque me hace especial ilusión, la verdad.

—No temas, que esto es un mero trámite, el puesto es tuyo —me respondió, guiñándome un ojo.

Tal y como me había dicho, todo salió de maravilla. El director era un señor de la edad de Víctor, con cara de bonachón y muy amable, que me dijo que podía empezar mañana mismo, y que me alegró la mañana. El sueldo no era tan bueno como en la mansión, ni mucho menos, pero sí lo suficientemente bueno como para darme la posibilidad de salir adelante.

Diez días llevaba ya en mi puesto, y hoy me había avisado Maya de que empezaba Saúl, y estaba ansiosa por verlo y abrazarlo. A Daniela la veía todos los días, y se le iluminaba la cara cuando eso ocurría, no así cuando se marchaba, pues la notaba de lo más triste.

—Chica, hoy vuelvo antes, que tengo ya casi todo listo, así que comeremos juntos en casa —me dijo Carlos, que me había acercado al colegio en el coche, pues entraba más tarde en la mansión.

—La comida la dejé lista anoche, una lasaña de atún que está en el horno, tan solo hay que calentarla, por si llegas tú antes —le respondí.

—No, lo que voy a hacer es recogerte a las dos, y así nos vamos los dos juntos.

—Ni que te fueran a tirar un bocado al entrar en tu casa, chaval.

—Nuestra casa, que no se te olvide.

Me dijo, para darme un abrazo antes de que me apeara del coche. Justo iba a entrar en el colegio, cuando escuché como me llamaban. Esa voz… la reconocería en medio de una multitud, y me estremecí, aunque intenté disimularlo todo lo que pude.

¿Cómo podía tener la poquísima vergüenza de pedirme una cita? ¿Se había pensado que, conmigo, iba a jugar todo lo que quisiera? Pues lo llevaba claro, porque no lo iba a conseguir, y así se lo hice saber.

—¡Arabia! —me gritó Saúl, cuando me vio.

—¡Mi niño! ¡Qué ganas tenía de verte! ¿Estás bien? —le respondí, dándole un abrazo enorme.

—Bueno, de lo del hospital, sí que estoy bien, pero en casa, tanto Daniela como yo te echamos mucho de menos.

—Pero, ahora, me vais a ver todos los días.

—Sí, pero ya no estás en casa. Mi padre dice que te has hecho novia de Carlos, pero yo no me lo creo, porque tus ojos dicen que tú, de la que quieres ser novia, es de mi padre —me dijo, triste.

—Eso son cosas de mayores, cariño, y no es tan sencillo como puedes suponer.

No le quise aclarar lo de Carlos, para que no se lo dijera a su padre. Él pensaba que estábamos juntos, pues mejor para mí, así me dejaría en paz, o eso suponía.

La mañana transcurrió como todas desde que estaba trabajando en el colegio, entre risas por las ocurrencias que tenían los niños, y alguna que otra regañina para que se portaran bien.

Y llegó las dos de la tarde, y bajamos al patio para entregar a los niños. Tenía la fila puesta, y fueron recogiendo a unos y otros, hasta que llegó el turno de Saúl, pues Daniela salía por otro lado del patio cinco minutos más tarde. Allí estaba él, de nuevo, y con su hija de la mano.

Había recogido primero a la niña, con la clara intención de hablar conmigo sin la presión de recoger a su hija. Llegó con esa sonrisa lobuna que pretendía decir: “consigo todo lo que me da la gana”, pero conmigo no le iba a servir absolutamente para nada.

—Hola, Arabia. Me gustaría tener una tutoría contigo, pero tiene que ser ahora, porque no tengo tiempo en toda la semana, y es urgente, si quieres, podemos comer todos juntos —me dijo, sabiendo que los niños se entusiasmarían con la idea, pero no los dejé reaccionar.

—Hola, señor Salmerón. Siento comunicarle que las tutorías tienen que ser en el colegio, y no se pueden pedir en el mismo día. Por lo que, si no puede en toda la semana, tiene dos opciones: me puede enviar un correo electrónico explicándome todo, o esperar a que le indique un día y una hora a través de la agenda del niño —le dije, dejándolo con toda la cara partida.

# Capítulo 21

*Ulises*

No me iba a dar por vencido. Si, con todos esos comentarios, pretendía que me rindiera, iba a conseguir todo lo contrario. Estaba pensando en una manera de responderle cuando llegó el otro, con una sonrisa de oreja a oreja, como si supiera que estaba por encima de mí en ese aspecto.

—Señor Salmerón… Hola, cielo, ¿ya estás lista? —dijo, y fue como si me dieran dos patadas en el estómago.

—Sí, cariño. Con la entrega de Saúl, he terminado la jornada —le contestó ella, con una sonrisa de oreja a oreja.

—Esto no va a quedar así. Si te piensas que te vas a quedar con ella, más vale que se te vaya quitando de la cabeza —le dije, señalando a Carlos.

—Conmigo no se va a quedar nadie, porque no soy ningún objeto, yo me quedaré donde me salga de las narices —me dijo, dándole un beso a mis hijos y alejándose con Carlos, que la llevaba cogida del hombro.

El camino al coche lo hicimos en completo silencio, ni la respiración de mis hijos se escuchaba. Supongo que ellos temían que, si decían algo, yo saltara con todo el mal humor que llevaba, y eso tampoco era justo para ellos.

—¿Qué os parece si nos vamos a comer a casa de los abuelos? —les pregunté, una vez que nos montamos en el coche y me hube tranquilizado.

—Lo que tú quieras, papá —me dijo Daniela, mientras que Saúl no abrió la boca.

—¿Qué dices tú, Saúl? —le pregunté al niño, que miraba por la ventana.

—Yo no digo nada, papá. La persona con la que quiero comer y cenar, no va a decir que sí. No sé si es por mi culpa, pero si he hecho algo mal, me gustaría saberlo, para poder pedirle disculpas —me dijo mi hijo, y algo se me partió por dentro al escucharlo.

—No, mi niño, tú no has hecho nada malo. Ha sido culpa mía, pero…

—Pues, ¡pídele disculpas, papá! No creo que sea tan complicada la cosa —me respondió mi hijo.

—Sí que es complicado, entre otras cosas porque no me quiere escuchar. Mira, Saúl, aunque sea lo último que haga, te prometo que me disculparé con ella en condiciones, pero eso no significa que Arabia vaya a volver a nuestras vidas, no al menos en las condiciones en las que estaba antes —le contesté.

¿Cómo le explicas a un niño de cinco años que humillaste y destrozaste a una mujer que demostró que, para ella, éramos lo más importante?

Llegué a casa de mis padres casi por inercia, y aparqué en el techado que tenían para aparcar las visitas. Mis hijos se bajaron corriendo, y fueron hasta las caballerizas, que era donde estaban los dos caballos que mi padre les había regalado y que él estaba cepillando. Mi madre me abrió la puerta de la casa, mirándome como si supiera que algo me ocurría, me leía mejor que nadie.

—¿Qué coño te pasa ahora? —me preguntó, algo hastiada.

—Lo de siempre desde que esa mujer apareció en nuestras vidas. He intentado pedirle disculpas, por activa y por pasiva, sin obtener resultado, ni siquiera se ha dignado a escucharme —le dije, pensando que mi padre se pondría de mi parte.

—¿Qué pensabas? No me digas que creías que, por decirle lo siento, ella iba a caer de nuevo en tus brazos, porque sería de ser una persona muy

estúpida, y me parece que eres más inteligente que todo eso —contestó mi madre, sentándose a mi lado en el sofá del salón.

—No me des tanto apoyo, mamá, que me abrumas con tu cariño —le dije, enfadado.

—Mira, Ulises, desde el primer momento te he dicho que esa persona había tocado tu corazón, pero también, como siempre, has ignorado todas y cada una de mis palabras, hasta que te has dado cuenta de que la has perdido.

—A mí no me ha tocado nadie el corazón, lo que teníamos era tan solo sexo…

—Claro que sí, solo sexo… Ignora tus sentimientos si es lo que te hace sentir mejor, pero, tengo claro que, al final, cuando quieras darte cuenta, lo mismo es demasiado tarde. Te voy a hacer tan solo una pregunta. ¿Qué sientes cuando la ves con otro hombre?

—No siento nada, mamá. Sé que no he hecho las cosas bien, y eso es lo único que quiero que sepa.

—Entonces, no te importará saber que está viviendo con Carlos, en su casa, y que se llevan de maravilla…

—¡¿Cómo?! Espero que eso que me estás diciendo no sea cierto, porque lo pongo en los redondos de la calle a la voz de ya —le contesté, enfadado no, súper cabreado.

—¿Lo ves? ¿No decías que te daba igual verla con otro hombre? Pues quien mejor que ese, que sabemos que es una buena persona y que la va a tratar de maravilla…

—¡No! No quiero a Carlos a menos de diez metros de ella.

—Ja, ja, ja. Lo llevas claro, hijo mío, porque lo que te he dicho antes es verdad, viven juntos desde que se fue de la mansión, y están la mar de contentos —me contestó mi madre, riendo.

—No sé dónde le ves la gracia, pero esto no se queda así, eso lo juro por lo más sagrado. Quédate con los niños, que enseguida vuelvo —le dije, levantándome del sofá y saliendo de allí como si me hubieran puesto un petardo en el culo.

Me monté en el coche y salí disparado, poniendo rumbo a la dirección donde vivía Carlos, dispuesto a descubrir si eso que me había dicho mi madre era cierto o no. Si era así, se podían ir al mismo infierno, los dos, porque no iba a rebajarme a ella nunca más.

Dejé el coche de cualquier manera aparcado, creo que estaba hasta en una línea amarilla, pero me daba absolutamente lo mismo. Aproveché que una señora salía del edificio para colarme dentro. En los buzones de correo busqué el piso en el que vivía, pues sabía el portal de alguna que otra vez que había traído a Carlos desde la mansión porque se había quedado sin coche, pero no conocía el piso exacto.

Desde el rellano podía escuchar sus risas, así que no me lo pensé, y llamé, insistentemente, hasta que me abrió ella. La miré de arriba abajo, pues iba vestida con un pijama corto, como si acabara de salir de la ducha, mientras que Carlos, con tan solo un pantalón corto de algodón, ponía la mesa para comer.

—Veo que lo que me han dicho es cierto. Has tardado muy poco en sustituirme, pero déjame decirte una cosa, con nadie, escúchame bien, con ningún otro hombre, vas a sentir lo mismo que sientes cada vez que yo te toco —le dije, con rabia.

—¿Y eso me lo dices tú? Habló el mismo que me dijo que seríamos exclusivos y se fue a follar al club con la primera que se le cruzó. No me hagas reír, por favor te lo pido.

—No airees mi vida privada, o te encontrarás con una demanda —la amenacé.

—Corre, ahí en la calle de atrás tienes una comisaría —me dijo, y me cerró la puerta en las narices.

—Abre, que tengo que comunicarle a tu novio que está despedido —le dije, y abrió de nuevo la puerta, pero no era ella, sino él, que me propinó un puñetazo en el ojo.

—Ahora sí que tienes un motivo para despedirme y denunciarme, y ya te puedes ir de mi casa si no quieres que te saque yo a empujones —me dijo Carlos, que casi me tira de culo al suelo con el puñetazo que me había dado.

Me subí de nuevo al ascensor, furioso, me sentía traicionado, engañado, como si me hubieran arrancado un pedazo de mi corazón, y supe que la había cagado, y a lo grande.

Volví a casa de mi madre que, cuando me vio, entró corriendo en la cocina a por una bolsa de hielo y un paño, para ponérmelo en el ojo, que empezaba a ponerse morado. No me preguntó lo que había pasado o quién me lo había hecho, tan solo me miró como diciendo: “te lo dije”.

—Papá, ¿qué te ha pasado? —me dijo Daniela, que entraba en ese momento en el salón de la mano de mi padre.

—Tu padre que es muy torpe, hija. Se ha tropezado con la alfombra y se ha dado con el pomo de la puerta —le dijo mi madre, pero mi hijo no se lo creyó.

—Pues ya ha tenido que ser grande el tropezón para llegar hasta la puerta. Yo creo que eso es de un puñetazo, porque el otro día, en el cole, Mario se peleó con Antonio y terminó con el ojo así —dijo mi hijo, y mi madre me miró con una mezcla de rabia y compasión.

# Capítulo 22

*Arabia*

Había pasado ya casi un mes desde que Ulises irrumpió en casa de Carlos. Por mucho que dijo, ni lo despidió ni lo denunció, eso sí, ni siquiera lo saludaba. Según mi compañero de piso, cada día lucía más cabreado y desmejorado, pero me daba exactamente igual.

—Hola, hola. Te llamo para proponerte una visita al club esta noche. ¿Qué me dices? —me dijo Nadia, que me había hecho una videollamada, como todos los días.

—La verdad es que no me apetece nada salir de casa, pero creo que voy a aceptar. Lo mismo y hasta me llevo a Carlos, para que lo pruebe —le dije, y ella empezó a aplaudir.

—¿Alguna de las dos me puede explicar qué coño es ese club y qué se hace allí? —dijo mi compañero, apareciendo por delante de la pantalla.

—Carlitos, Carlitos, como lo pruebes una vez, ya no vas a parar. Verás, es un club de sexo liberal, en el que… —Nadia le explicó todo, con pelos y señales, mientras que él la escuchaba atentamente, sin poder cerrar la boca de la impresión.

—Me apunto, decidme ahora mismo como tengo que ir vestido que, si no lo tengo colgado en el armario, me voy al centro comercial en menos que canta un gallo —dijo él, haciéndonos reír.

Le contamos que tenía que ir completamente de negro, a ser posible de chaqueta, y salió corriendo hasta su habitación, abriendo la puerta del armario y buscando lo que ponerse esa noche, hasta que encontró el atuendo ideal.

Se metió en la ducha, recortando su barba de tres días y preparándose para esa noche, con una rutina de cremas hidratantes y mascarillas que no me la hacía ni yo.

Mientras él se arreglaba, entré a ducharme en el baño de mi habitación. Yo no tenía que depilarme, pues hacía muchísimos años que me hice la depilación laser, pero sí que me apliqué una crema hidratante con destellos dorados que me encantaba como lucía en mi piel.

Elegí un vestido negro corto, estrecho, con escote en V y tirantes cruzados en la espalda. Lo combiné con unas sandalias joya, que tenía unas piedrecitas en las correas que lo sujetaban a mis tobillos. Me recogí el pelo en una coleta alta, me maquillé suavemente y me eché unas gotitas de mi perfume preferido.

—Ya estoy listo —me dijo, entrando en mi habitación cuando yo cogía el bolso.

—Yo también —le contesté, sonriendo.

—Ya te veo. Como el jefe vaya esta noche al club, le va a dar un infarto cuando te vea, te lo aseguro —me respondió, con la boca abierta.

Llamamos un taxi que nos llevara hasta allí, pues, ni él ni yo queríamos coger el coche. Cuando lo vio, su primera impresión fue la de darse la vuelta, sobre todo cuando se dio cuenta de la cantidad de gente famosa y adinerada que se daban cita allí esta noche.

—No me seas cagado, Carlitos, que verás que bien te lo pasas. Eso sí, lo que pasa ahí dentro, se queda ahí dentro, o te podrías enfrentar a una señora demanda —le dijo Nadia, que llegó justo detrás de nosotros.

—Eso por descontado, corazón, no se me ocurriría contar nada de nada. Solo es que me da miedo lo que pueda pasar, que me propongan algo que yo no quiera hacer…

—Si ese es el motivo, puedes estar tranquilo, nadie te obligará a hacer nada que no quieras. Es la principal norma y hasta el día de hoy, se cumple a rajatabla —le dijo Jaime, que le dio la mano y, a mí, un beso en la mejilla.

—Confío en vosotros, así que, adelante —dijo, subiendo los escalones de la entrada.

Jaime le dijo al portero que Carlos venía invitado por él, para que no le pusieran impedimento alguno a la hora de entrar y acceder a las distintas salas.

Nada más entrar, allí estaba él, apoyado en la barra y con una copa en la mano. Era cierto que estaba mucho más delgado, pero seguía estando igual de guapo que siempre, o más, si es que eso era posible.

En cuanto me vio, su rostro mudó, de tener un gesto relajado, a poner otro nervioso y enfadado, sobre todo cuando se dio cuenta de que Carlos había venido conmigo. Pensé en lo gilipollas que se sentiría cuando supiera que mi compañero era gay, y me salió una carcajada que no pude remediar, y que causó la curiosidad de Jaime, que estaba a mi lado.

—¿Qué es eso que te hace tanta gracia? Cuéntamelo y nos reímos los dos —me dijo, contagiándose de mi risa.

—Júrame por lo que más quieras que, si te lo cuento, no le vas a decir nada a tu amigo —le comenté.

—Te lo juro por las cenizas de mis padres que, de mi boca, no saldrá ni una sola palabra —me dijo.

—Confío en ti, Jaime. Como intuya que Ulises sabe algo y seas tú el que se lo haya contado, estarás muerto para mí.

—De verdad que no pienso decir nada, por mi vida te lo juro —me respondió.

—Ulises piensa que Carlos y yo estamos liados, que vivimos juntos porque tenemos una relación, y tan solo somos compañeros de piso —le dije, pero me miró como si no entendiera nada.

—Bueno, eso será hasta el momento, que nunca se sabe —me contestó Jaime.

—No, machote, eso será siempre así, porque soy gay —le dijo Carlos, acercándose a su oído para comentárselo.

—¡¿No me jodas?! —dijo, y ahora el que soltó la carcajada fue él.

Cada vez que lo miraba, se reía sin poderlo remediar, hasta que ya no aguantó más y se acercó hasta donde estábamos nosotros.

—¿Se puede saber de qué te ríes? ¿Tengo cara de payaso? —le dijo a su amigo, que soltó otra risotada.

—Amigo, búscate a una mujer que te quite el mal humor, porque vaya genio que gastas últimamente —le dijo Jaime, dándole una palmada en el hombro.

—En ello estoy, pero me desconcentras con tu risa —le contestó, pero mirándome a mí, que lo desafié con la mirada.

Sabía cuál iba a ser el final, pero esta vez no sería él la persona que iba a levantarse y se marchara, sino que sería yo la que lo hiciera. Carlos estaba hablando con un actor muy famoso, que le había echado el ojo en el mismo momento en el que entró en el club. Todos pensaban que era un mujeriego, pero en realidad era igual o más gay que mi compañero.

En un momento dado, lo vi coger el camino que llevaba hasta el pasillo donde estaban todas las salas, mirándome con una sonrisa en los labios, esa que correspondí.

—Veo que no te molesta que tu amiguito se vaya con ese tipo. Será que no sientes por él lo mismo que por mí —me dijo, muy sobrado.

—Será que él no me miente y tú sí —le contesté.

—Ambos sabemos que vamos a terminar retozando en una de las salas, así que, no perdamos más el tiempo. Te voy a demostrar quién es el que te eriza la piel con sus caricias, el que te hace temblar de placer…

—El que me deja tirada a las primeras de cambio… Pero sí, me voy a ir a follar contigo, porque, del resto de hombres que hay aquí, no me llama ninguno la atención —le dije, dándole donde más le dolía, en su orgullo.

Entendió que lo había elegido por descarte, no porque fuera mi prioridad, y lo vi apretar la mandíbula. Para él era como un desafío, pero, lo que no sabía era que yo iba a salir victoriosa de esa batalla, aunque me tuviera que dejar la piel en ello, y empezaría antes de entrar en la sala, pues le iba a poner mis condiciones, que tendría que aceptar si quería acostarse de nuevo conmigo.

—¿Vamos? —me preguntó, pero negué con la cabeza, por lo que me miró extrañado.

—Primero, vamos a sentar las bases de este encuentro. Para empezar, hoy mandaré yo, quiero decir que eso de ser tu sumisa y tú mi amo, en esta ocasión no va a ser posible —le dije, y me miró con los ojos abiertos de par en par.

—No sé si seré capaz de acatar las órdenes de nadie —me dijo, con rabia.

—Pues yo ya estoy cansada de acatar las tuyas, y hoy me apetece que todo sea, al contrario. No sé, es como que me da morbo —le dije, sonriendo.

—Está bien, serás tú la que digas lo que hacer o como hacerlo. ¿Ya estás contenta? —me preguntó, en un tono que evidenciaba su enfado.

—No estaré contenta hasta que me haya corrido, al menos, por dos o tres veces. Cuando eso suceda, entonces te diré —le contesté sonriendo y levantándome para ir hasta una de las salas, que elegiría yo esta noche.

# Capítulo 23

*Arabia*

Entramos en la sala, y lo primero que hice fue sentarlo en la cama que había. Me senté en el sillón de enfrente y me dispuse a darle ordenes, quería ver si era capaz de acatarlas, quería comprobar hasta donde era capaz de llegar para tenerme entre sus brazos.

—Desnúdate —le dije, mientras iba hasta el armario a buscar los juguetes que quería utilizar esta noche.

—Arabia…

—Ulises…

—Está bien, pero no pienses que esto se volverá a repetir —me dijo, y solté una carcajada.

—Por supuesto que no se volverá a repetir, porque tú y yo no volveremos a follar nunca más —le contesté, y os juro que vi como le salía humo por las orejas.

Me despojé de mi vestido, y me quedé tan solo con una tanguita, que dejaba muy poquito a la imaginación, dicho sea de paso, y mis sandalias altas. En sus ojos pude ver el deseo, noté como su sangre hervía por sus venas, pero no se lo iba a poner tan fácil.

Fui acercándome poco a poco a él, de manera lenta y tortuosa, porque, conociéndolo como lo hacía, estaría deseando levantarse y cogerme de un tirón, hasta ponerme donde él quería que estuviera.

Me posicioné a horcajadas sobre él, que ya estaba completamente desnudo, y le acaricié el pecho y los brazos. Intentó besarme, pero dejé caer mi cuerpo para detrás, no se lo iba a permitir. Para mí, un beso era algo muy íntimo y personal, que tan solo usaba con mis parejas, fueran del tipo que fueran, y él no lo era, él era un amante ocasional. Aparte de todo eso, tampoco lo consentiría, por mi propio bien, porque sabía que, si me besaba, estaría perdida, y el control de esa noche era mío.

—Lo siento, mi sumiso, pero los besos tan solo son para mis parejas habituales, y tú no lo eres ni lo serás —le dije, lamiendo su cuello hasta el lóbulo de la oreja.

—No pienso dejar de besarte, eso tenlo claro. Esta boca es mía, al igual que lo es todo tu cuerpo, ya te darás cuenta de ello —me dijo, sujetándome la cabeza por la nuca, y acercando su boca a la mía.

Una vez que la tuve tan cerca, y que tuve que claro que me iba a besar sin poder evitarlo, me adelanté a él, y fui yo la que lo besó, sin darle tiempo de reacción. Cuando me pareció que ya estaba saciada, lo empujé hacia atrás, dejándolo caer en la cama.

Fui trepando hasta dejar mi sexo a la altura de su boca, y no dudó en lanzarse a él, con todas sus ganas, haciéndome gritar de placer desde el primer lametazo que me dio.

Me corrí a gritos, pues era verdad lo que él decía, jamás nadie me había hecho disfrutar tanto teniendo sexo. Hice el camino inverso, hasta tener su miembro en mi boca, y me deshice en caricias con él. Lo lamí desde la base a la punta, metí su glande en mi boca, y lo succioné, pasé mi lengua por su punta haciendo círculos con ella, hasta conseguir que se corriera. Lo vi temblar de placer, ahogar un grito mordiendo la almohada, y supe que, en su vida, le habían hecho una mamada de esa magnitud, por lo que me sentí empoderada.

Cuando esto ocurrió, me separé de él, y me situé a su lado en la cama, con las piernas abiertas y mirándolo de una manera muy sensual y sexual, pues estaba ardiendo. Con la cabeza, le hice un gesto, señalándole los juguetitos que había seleccionado para esa noche, para que eligiera el primero con el que quisiera jugar.

—¿Tengo libre elección? —me preguntó, anhelante de mi respuesta.

—Dentro de lo que he puesto en la cesta, sí. Puedes coger todo lo que quieras —le contesté, y vi como ponía una sonrisa de lo más lujuriosa.

Lo vi coger un vibrador con succionador incorporado, que puso en marcha a la máxima velocidad, y cuando estaba a punto de correrme, pararlo en seco.

—Si vuelves a hacer eso, no te dejo que me folles —le dije, enfadada y frustrada por haberme cortado el orgasmo.

—Lo siento, ha sido la costumbre, pero no volverá a pasar. Es más, te voy a dar un poquito más de placer —me contestó, pero su sonrisa delataba que lo había hecho a propósito.

Se levantó, y ya estaba erecto otra vez, lo cual provocó que me pusiera todavía más húmeda, si es que eso era posible. Cogió un vibrador anal, que situó en la entrada de mi trasero, y con el que me penetró antes de activar todo a la vez.

Os juro que me volví loca, pues la sensación era tan placentera que no era capaz de articular palabra. El orgasmo que tuve fue tan brutal que sentí como mi alma abandonaba mi cuerpo en un momento determinado.

—Fóllame —le dije, con la respiración entrecortada, y eso hizo.

Sacó el vibrador de mi vagina, y me penetró fuertemente, de una sola embestida. Empezó a bombear de manera continua, haciéndome gritar de placer, hasta que, llegado un punto, ni él ni yo, aguantamos más, alcanzando el orgasmo juntos.

Miré el reloj y vi que eran pasadas las cinco de la mañana, por lo que me levanté, entré en el baño para asearme un poco, y me vestí. Hice exactamente

lo mismo que había hecho él en la anterior ocasión que estuvimos juntos en el club. Por lo que salí de allí sin decir ni adiós.

Al llegar al bar vi a Carlos, con una sonrisa de oreja a oreja, tomando una copa mientras me esperaba. Al verme, esa sonrisa se hizo aún más grande, le dio un último sorbo a su copa, y se levantó para darme el encuentro, sabía que quería salir de allí lo antes posible, no dándole tiempo a Ulises para que me alcanzara.

—Ya he pedido un taxi, vamos —me dijo, poniendo su mano en mi cintura.

—¡Arabia! —escuché como Ulises me llamaba, justo cuando estábamos a punto de salir de allí.

Por suerte, el taxi ya estaba en la puerta, y no le dio tiempo a alcanzarme pues, cuando salió al exterior del club, ya nosotros íbamos por la mitad de la carretera.

—¿Me vas a contar por qué no le has hecho caso al jefe? —me preguntó Carlos.

—Primero, porque no es mi jefe y, segundo, porque tan solo ha sido lo que ha sido, pero, mejor lo hablamos en casa —le contesté.

El resto del trayecto lo hicimos en completo silencio, cada uno rememorando los momentos que habíamos pasado entre esas cuatro paredes. A mi compañero no se le iba la sonrisa de la cara, y supe que había algo más detrás de todo lo que había vivido con ese actor.

—No me puedo callar más, Arabia. Ha sido algo espectacular lo que he sentido ahí dentro —me dijo, nada más abrir la puerta de la casa.

—No te equivoques, Carlos. Ahí dentro, todos van a lo mismo, a pasar un buen rato de sexo con otra persona. No esperes amor eterno, porque es muy raro que eso suceda —le dije, queriendo abrirle los ojos.

—Lo sé, no soy gilipollas, Arabia. Pero eso no quita que me hayan hecho sentir especial, deseado y, por tan solo eso, ha merecido la pena.

—Si lo tienes claro, perfecto.

—Adam me ha dicho que quiere seguir viéndome. Hemos quedado el sábado que viene en otro de los clubes a los que asiste —me dijo, y lo miré sonriente.

—Pues nada, chico, aprovecha todo lo que puedas. Así, cuando lo veas actuar en una película, podrás pensar, ese cuerpecito serrano me lo he comido yo.

—Y tanto que me lo he comido, desde el dedo gordo del pie hasta el último pelo de la coronilla —me dijo, el muy descarado, haciendo que soltara una carcajada.

—Me voy a la cama, que no puedo con mi cuerpo —le dije, dándole un beso en la mejilla al pasar por su lado.

—De eso nada, chavala. A mí me tienes que contar como folla el jefe, porque ya te digo yo que el actor lo hace de maravilla. Tanto que, si algún día dejan de darle papeles en el cine comercial, podría ganarse la vida en el cine para adultos.

—Como los ángeles, pero del infierno, porque es estar en sus manos y arder de pasión. Ea, dicho esto, me voy a dormir.

Lo dejé en el pasillo, con la boca abierta y sin ser capaz de articular una sola palabra. Entré en mi habitación, directa para la ducha. Dejé caer el agua caliente sobre mi cuerpo, haciendo que me relajara, pues la manera en la que lo había dejado allí, no me había gustado, pero tenía que sufrir en sus propias carnes lo mismo que él provocaba en las mujeres, y esa era la única forma de hacerlo.

# Capítulo 24

*Ulises*

Habían pasado ya dos meses desde que me dejó tirado en esa sala del club. Por primera vez, viví en mis propias carnes lo que se sentía cuando lo hacía yo, y tengo que reconocer que ese sentimiento no me gustó nada de nada.

Me sentí utilizado, sucio, y me dije a mí mismo, que no volvería a tratar a una mujer de ese modo. Durante todo este tiempo, no había sido capaz de estar con ninguna otra mujer, sexualmente hablando, por supuesto. Lo había intentado por activa y por pasiva, en el club, en el apartamento con alguna de mis habituales, con desconocidas, pero, en cuanto veía que no se trataba de Arabia, me venía abajo.

—Amigo, nunca te he dicho nada sobre este tema, pero deberías acudir a un profesional, y no me estoy refiriendo a un urólogo, porque a tu soldadito no le pasa nada, todo está en tu cabeza —me dijo Jaime, pues me veía un tanto desganado y desesperado.

—No te creas que no lo he pensado, Jaime. Pero…

—No me vayas a decir que te da vergüenza, porque sería la excusa más gilipollas del mundo.

—Uf, no sé cómo explicártelo, la verdad.

—A mí no me tienes que explicar nada. Yo soy tu amigo, Ulises, y te apoyaré y querré siempre, no te fustigues más por una cosa de la que no

tuviste la culpa —me dijo Jaime, refiriéndose a la muerte de mi esposa.

—Sí que la tuve. Hay algo que no sabe nadie… ni siquiera mis padres. Mi mujer me dejó una carta…

Le expliqué todo lo que me decía en esas letras, como la había hecho sufrir sin darme cuenta. Como, con mi actitud, se había sentido inferior al resto de mujeres, y me desahogué con mi amigo.

—Ulises, ahora más que nunca, creo que necesitas ayuda. Tu mujer no estaba bien, eso está claro, pero de ahí a responsabilizarte de su muerte… Pudo hablarlo contigo, acudir a terapia, e incluso pedirte el divorcio y empezar de nuevo, y no lo hizo.

—Era como si quisiera que su muerte pesara sobre mis hombros, consiguiendo que no fuera nunca feliz, como no lo era ella —le dije.

Sin decirme absolutamente nada, mi amigo entró en internet y buscó un gabinete psicológico que contaba con muy buenas reseñas, y concertó una cita para esa misma tarde.

—Listo, ya tienes cita. Yo te acompañaré, aunque me espere fuera de la consulta. No estás solo, amigo, y tienes que volver a recuperar tu sonrisa, a abrir tu corazón, porque nadie merece estar solo en esta vida, y tus hijos también necesitan la figura de una madre en su día a día.

—Gracias, Jaime. Me estás demostrando que eres un amigo de verdad, de los que no salen huyendo cuando la cosa se pone complicada —le dije, pues había estado ahí, en las buenas y en las malas.

La mañana transcurrió como siempre, entre llamadas y reuniones, hasta que me fijé en que era la hora de recoger a los niños del colegio. Desde que despedí a Victoria, era yo el que me encargaba de llevarlos y recogerlos, de comer con ellos y de estar un poquito más presente en sus vidas.

En el colegio, primero recogía a Daniela, y luego, lo hacía con Saúl. Llamadme gilipollas, pero lo hacía así por si algún día Arabia me decía que quería hablar conmigo, aunque eso nunca sucedía.

—¿Dónde está la tutora de mi hijo? Tendría que hablar con ella un momento —le dije a la profesora que estaba con ellos en la fila del patio.

—Buenas tardes, señor Salmerón. Arabia no ha venido hoy al trabajo, ha avisado de que se encontraba enferma —me contestó, y algo en mí me decía que todo eso iba más allá, pues la había visto venir al trabajo hasta con fiebre.

—Muchísimas gracias —le dije, y me puse en camino hacia mi casa, no sin antes avisar para que le dijeran a Carlos que me esperara, que tenía que hablar con él algo urgente.

—Medea, ¿se encuentras Carlos por ahí? —le pregunté, por teléfono.

—Sí, señor, está ahora en la cocina. ¿Quiere que se lo pase? —me contestó ella.

—No, no, dígale que me espere, que tengo algo urgente que hablar con él.

Mis hijos me fueron contando lo que habían hecho en el colegio, pero si os digo la verdad, era como si los escuchara de fondo, pues no le puse atención a lo que me estaban diciendo. Mi cabeza tan solo estaba puesta en lo que le ocurría a Arabia.

Aparqué de cualquier manera, total, era mi propiedad y nadie vendría a decirme nada, y entré a toda prisa, chocándome con Carlos en la misma entrada.

—¿Qué le ocurre a Arabia? —le pregunté, sin ni siquiera saludarlo.

—Buenas tardes para usted también, jefe —me respondió, de la manera más irónica.

—Deja la ironía, Carlos, que no tengo el horno para bollos.

—Lo que le ocurre a Arabia no es algo que tenga que contarle yo. Si usted quiere saberlo, será mejor que hable con ella. Eso sí, si lo va a hacer, tenga en cuenta la manera en la que le va a hablar, porque puede costarle muy caro.

Dijo esto y salió de allí, dejándome sin saber nada y con la incertidumbre de lo que me había querido decir con esas palabras. No tenía tiempo de ir a hablar con ella, pues tenía cita con el psicólogo, así que, decidí que lo haría al día siguiente. Si no iba a trabajar, sería yo el que me desplazara hasta su casa para conocer, de primera mano, lo que tenía.

Media hora más tarde estaba ya junto a Jaime, en la puerta del gabinete psicológico. Me estaba costando entrar, pero mi amigo me animó a ello.

—Sabes que es lo mejor para todos. Si ves que no te convence, pues tan solo tienes que buscar a otro terapeuta que te ayude —me dijo Jaime, dándome una palmada en el hombro.

—Tienes razón, pero eso no impide que tenga la sensación de estar haciendo algo mal. Es como si, de repente, me sintiera vulnerable contándole mi vida a un desconocido —le respondí.

Entramos en la consulta, donde nos recibió una chica joven, de lo más simpática, que nos indicó que la doctora todavía estaba con un paciente, pero que no tardaría más de cinco o diez minutos.

—No me dijiste que era una mujer —le reproché a mi amigo.

—No lo sabía, pero da igual que sea mujer o hombre, el caso es que te pueda ayudar.

—Pues no da igual, porque una mujer lo va a ver de una manera diferente…

—Nadie te va a juzgar, Ulises, no entres con esa idea en tu cabeza. Es su trabajo, abre la mente y déjate llevar.

Justo en ese momento se abrió la puerta, saliendo una mujer de lo más espectacular. Estoy seguro de que, si no me sintiera como me siento y si no fuera mi psicóloga, le habría tirado los tejos y no habría parado hasta terminar entre sus piernas, al igual que Jaime, que la miró como si fuera un pastel que estuviera deseando probar.

—Quita esa cara de sádico que tienes ahora mismo —le dije, murmurando.

—Joder… ¿Has visto como está la doctora? Estoy por coger cita también para mí, aunque tenga que inventarme algo —me dijo, sonriendo.

—Hazlo, que al final te verás como yo, solo y sin Nadia —le contesté, pues me salió del alma.

—No estoy diciendo que me vaya a acostar con ella, no al menos sin que mi chica esté delante. Hay muchas cosas que tú no sabes, amigo, y que te están comiendo por dentro.

—¿Has hecho un trío con Nadia?

—Uno, dice. Cuando estamos fuera del club, tan solo somos ella y yo. Pero, al entrar allí, dejamos los prejuicios afuera. Allí vamos a disfrutar, y, siempre que estemos los dos de acuerdo, no dejamos pasar la oportunidad. Lo hemos hecho tanto con otro hombre como con otra mujer, y mi chica ha disfrutado en los dos casos de una manera bestial —me dijo, y os juro que me dejó sorprendido por completo.

—Será mejor que pase a la consulta, no quiero que esa imagen con mi doctora se me instale en la cabeza.

Entré a la consulta, dejándolo fuera, doblado de la risa, y diciéndole algo a la chica de la recepción, que se puso roja como un tomate en cuestión de segundos.

—Buenas tardes, señor Salmerón. Cuénteme, ¿qué le trae por aquí? —me dijo la doctora.

—Buenas tardes, doctora. Preferiría que me llamara Ulises, si me habla de usted me da la impresión de que le estoy contando mi vida a una desconocida —le dije.

—Por mí, no hay problema. Yo seré Abril, entonces. Pero, antes que nada, quiero que entienda que estoy aquí para ayudarle, no para juzgar a nadie —me dijo, y me dio una confianza que no sabía qué me iba a proporcionar.

# Capítulo 25

*Arabia*

Me había levantado algo revuelta, aunque, en realidad, llevaba rara varios días. Me sentía de lo más débil, y con un asco en el estómago que no podía con él. Era oler algo de comida y tener que salir corriendo al baño a vomitar, pero ya no tenía nada más que echar, por lo que tenía la sensación de fatiga continua.

—Ahora mismo nos vamos al médico, me digas lo que me digas —me dijo Carlos, alarmado ya por la cantidad de veces que había ido al baño.

—No va a hacer falta, con ir a la farmacia, me parece que sabremos lo que me ocurre —le dije, pues tenía una leve intuición de lo que me ocurría.

—¿En serio? ¿No habéis puesto medios? No me lo puedo creer, Arabia.

—Sí que puse medios, tenía puesto un DIU, pero se me pasó cambiarlo hace dos meses, que me tocaba la revisión. Jamás pensé que pudiera ocurrirme algo así en una sola vez…

—No ha sido una sola vez, amiga. Qué, aunque haya sido en una sola noche, te hartaste de brazo relleno —me dijo, cogiendo su cartera para bajar a la farmacia, sin dejar de sonreír.

Ni diez minutos después, ahí estábamos los dos, delante de una prueba de embarazo digital, que arrojaba un resultado que no dejaba lugar a dudas, embarazada de ocho semanas.

—Amiga, vas a ser mamá. No sé si darte la enhorabuena o el pésame, porque a ver como coño le dices al jefe que estás embarazada y que él es el padre —me dijo Carlos, con unas ganas de cachondeo que no era ni medio normal.

—Siempre la enhorabuena, Carlitos. Un niño es una bendición, siempre, aunque venga en estas circunstancias. Con respecto al padre, no sé todavía si se lo diré. A quién sí que pienso decírselo es a los abuelos, y lo haré el sábado, que me han invitado a comer —le dije, con una mezcla de melancolía e ilusión.

—Pues nada, entonces, mi más sincera enhorabuena. Tan solo espero que no me partan la cara pensando que soy el padre, entre otras cosas porque Adam no lo entendería —me contestó.

Mi amigo y Adam, contra todo pronóstico, habían seguido viéndose, pero no solo en el club, sino que habían empezado una especie de relación, sin etiquetas, pero con exclusividad que ambos llevaban con gusto. Solo el tiempo diría a donde llevaría todo eso.

Avisé al colegio de que no iría hoy a trabajar, pues no me encontraba con fuerzas para levantarme. Había llamado a mi ginecólogo, que me dio cita para esa misma tarde, y donde me daría las indicaciones necesarias. En mi caso, Papá Noel me había traído el regalo antes de tiempo, porque eso era para mí, un regalo, a pesar de todas las circunstancias.

Carlos no podía acompañarme esta tarde, pues Adam y él tenían una cita ineludible, y a Nadia no quería decirle todavía nada, pues se lo contaría a Jaime y sería cuestión de tiempo que llegara a los oídos de Ulises, así que fui sola.

—Buenas tardes, Arabia. ¿Qué tal todo? —me preguntó la doctora, en cuanto me vio entrar en la consulta.

—Buenas tardes, doctora. Uf, no sé por dónde empezar —le dije, algo nerviosa.

—Pues empieza por el principio, y así llegaremos al meollo de la cuestión, aunque me puedo imaginar cual es el motivo por el que has venido —me

respondió, sonriente.

Empecé a contarle todo, desde como se me había olvidado la fecha del cambio del dispositivo intrauterino, hasta la prueba que me había hecho esa misma mañana.

—Vamos a la camilla a hacer una ecografía, y así vemos el estado en el que está el feto. No te voy a engañar, Arabia, un embarazo con el DIU puesto puede ser un tanto complicado. Esperemos que podamos quitarlo sin afectar al bebé —me dijo, y algo dentro de mí se rompió, pues no quería que a mi niño le pasara nada.

—Ojalá y no tenga problemas, doctora. Este embarazo, aún sin ser buscado, me ha hecho especial ilusión.

Quizás pensareis que soy imbécil o una inconsciente, pero tener un hijo de la única persona de la que había estado enamorada, era algo muy especial para mí. Sabía, o al menos intuía, que no sería fácil sacar a un niño adelante sola, pues su padre me lo pondría de lo más complicado, aunque tenía claro que no quería nada de él. Si era así con sus hijos mayores, del que estaba seguro de su paternidad, ¿cómo sería con el mío, que pensaba que tenía una relación con Carlos?

En la ecografía salió todo bien, el feto estaba en perfectas condiciones, pero la doctora me aconsejó someterme a una pequeña intervención para quitarme el dispositivo. No era compleja, pero sí un tanto peligrosa para el bebé, por lo que tendría que permanecer en el hospital, al menos, un par de días.

—Está bien, si me dices que, en un futuro, cuando el embarazo esté más avanzado, puede ser más complicado y afectar al feto, me lo hago ahora mismo —le dije a la doctora.

—Pues déjame que te prepare el ingreso y nos vemos aquí en un par de horas, así te dará tiempo a ir a casa y preparar una mochila con ropa. Eso sí, nada que sea ajustado, todo ropa suelta —me dijo la doctora, tomando mis manos.

Salí de allí sin saber a quién acudir, y no me lo pensé. Si me ocurría algo quería tener cerca a Maya, que era lo más cercano que tenía a una madre, y que me trataba como tal. Tenía claro que ella guardaría mi secreto hasta que pudiera hablar con su hijo, así que la llamé.

—Hola, Arabia. ¿Qué tal va todo? —me preguntó, en cuanto descolgó la llamada.

—Hola, Maya… Verás, yo… —no encontraba las palabras exactas.

—Arabia, estoy aquí para ti, así que no dudes y dime lo que te ocurre.

—Esta tarde tengo que someterme a una pequeña intervención, pero eso no es todo, yo…

—Te espero en tu casa y preparamos todo juntas. No estás sola, mi niña, yo estoy aquí contigo y siempre estaré.

Colgué la llamada y subí a casa, donde avisé al director del colegio, sin decirle que estaba embarazada, sino que tenía que operarme y estaría una semana de baja. No me puso ningún impedimento, sino todo lo contrario, me dijo que me pusiera bien y que me esperaban en cuanto me encontrara con fuerzas.

A Carlos no podía llamarlo, pero sí que le envié un mensaje, sin alarmarlo, pero para que no se asustara cuando volviera y no me encontrara.

**Arabia:** *Carlitos, no te vayas a asustar, pero cuando vuelvas a casa no estaré. Me tienen que quitar el DIU y tendré que estar unos días en el hospital, pero no es nada grave, es por precaución. Maya estará conmigo, así que tampoco dejes lo que estés haciendo por venir a mi lado.*

Dejé el móvil encima de la mesa, y me dispuse a preparar una maleta con un pijama, unos pantalones anchos y una sudadera para cuando saliera del hospital, tal y como me había aconsejado la doctora.

Justo estaba metiendo la última prenda, cuando llamaron al telefonillo, vi por la pantalla que era Maya, así que no dudé en abrirle la puerta. En cuanto la tuve delante, no me pude reprimir, y empecé a llorar, de miedo, de

incertidumbre, pero también de alegría por lo que se estaba gestando en mi vientre.

—Shhh, calma, ya estoy aquí. Cuéntamelo todo, despacio y con tranquilidad —me dijo, sin dejar de abrazarme.

—Estoy embarazada, Maya, y Ulises es su padre —le dije, y me miró con una sonrisa.

—¿Estás segura de eso? Me refiero a la paternidad de mi hijo. No te lo tomes a mal, pero como vives con Carlos…

—Carlos es un compañero de piso, nada más. Entre nosotros ni ha habido ni habrá nunca nada, además es gay —le dije, y soltó una carcajada.

—¡Lo sabía! Algo en vuestra relación no me cuadraba. Él no te miraba como un hombre, sino como un hermano. Te mira con protección, pero no como una persona enamorada. ¿Mi hijo lo sabe?

—¿Qué Carlos es gay o que estoy embarazada?

—Ambas cosas.

—Pues, la respuesta es no, tanto a la una como a la otra.

—Bien, conmigo tu secreto está a salvo, eso sí, no tardes mucho en contárselo, o pensará lo que no es. Ahora, vamos a quitar ese dispositivo y que mi nieto crezca sanito, para que, cuando salga al mundo, sea un chicarrón fuerte y feliz.

—¿Y si es una niña?

—Pues entonces será una princesita guerrera, que será capaz de superar cualquier obstáculo que le ponga la vida, empezando por tener junto a ella algo que no debería estar ahí.

Pusimos rumbo de nuevo al hospital, donde ya me estaba esperando la doctora. Me asignaron una habitación, en la cual me instalé, para pasar a quirófano media hora después.

# Capítulo 26

*Ulises*

La sesión con la psicóloga fue de maravilla. Me entendió a la primera, tanto con respecto a mi mujer como con relación a Arabia.

—La terapia será larga, no te voy a mentir, pero estoy completamente segura de que te recuperarás y volverás a abrir tu corazón, tanto en lo relativo a las mujeres como en la relación con tus hijos —me dijo.

—Gracias, Abril. Te prometo que no me esperaba salir de aquí de esta manera. Si consigues sacarme del pozo en el que estoy metido, no sé cómo te lo voy a poder pagar —le respondí, y me miró de una manera que me intimidó un poco.

—Pues yo tengo una leve idea, que empezaría por invitarme a cenar…

—Eso está hecho, pero déjame organizarme antes. Nos vemos en la próxima cita —le dije, saliendo de la consulta.

Al salir, me encontré con Jaime, que me miraba con una ceja arqueada, al ver la complicidad con la que me estaba hablando Abril, y así me lo hizo saber en cuanto estuvimos a solas.

—¿Me vas a explicar qué coño ha sido eso que he visto ahí arriba? —me preguntó en el ascensor.

—No sé de lo que me hablas.

—Una mierda para ti. Ya estás largando por esa boquita si no quieres que suba y me entere de su propia boca —me dijo, viniéndose un poco arriba.

—Me ha pedido que la invite a cenar, solo ha sido eso.

—Claro, y quiere que el postre sea ella. Amigo, no te voy a decir lo que tienes que hacer, porque sabes que no es mi estilo, pero no hagas algo de lo que luego te puedas arrepentir.

—¿Arrepentirme de querer encauzar mi vida de nuevo? Venga ya, hombre. Si ella lleva viviendo con ese tipo desde que salió de mi casa…

—Amigo, te lo vuelvo a repetir, no hagas nada de lo que te puedas arrepentir.

No lo entendía, pero tampoco iba a preguntar más. Cada cual teníamos ya la edad suficiente como para saber lo que hacer con nuestras vidas sin que los demás se tuvieran que entremeter.

—Llévame a casa de Carlitos, que tengo que ver que le ocurre a Arabia. Está enferma y el tipo este no me ha querido contar nada. Tú no sabrás que es lo que le ha ocurrido, ¿verdad? —le pregunté a mi amigo, pues Nadia era su mejor amiga.

—No tengo ni idea. Nadia no sabe ni que estaba enferma, o me lo habría dicho, pero ahora mismo le preguntamos, no te preocupes —me respondió, sacando el móvil de su bolsillo.

—Hola, corazón mío. ¿Cómo es que me llamas a estas horas? ¿No puedes venir esta noche? —le respondió Nadia.

—No es eso, por nada del mundo me perdería una noche junto a ti, y lo sabes. Es otra cosa… ¿Tú sabías que Arabia estaba enferma?

—¿Cómo? ¿Qué le ocurre? ¿Es algo grave? —preguntó, en bucle.

—No lo sabemos. En el colegio le han dicho a Ulises esta mañana que no había ido porque se encontraba enferma, cuando sabes que ella ha acudido a trabajar hasta estando mal —le respondió Jaime.

—La llamo y ahora mismo te digo, no me puedo creer que no me haya dicho nada. O es algo que no tiene importancia, o tiene la suficiente como para no querer decirme nada y preocuparme —dijo Nadia, y colgó automáticamente.

Llegamos a casa de Carlos, y allí no había nadie, y entonces empecé a preocuparme. Si no era importante, permanecería en su casa, recuperándose de lo que fuera. El hecho de no estar aquí me indicaba que era más preocupante de lo que pensaba.

Justo cuando nos disponíamos a marcharnos, vi como llegaba Carlos con el actor ese con el que se lio en el club, y en una actitud demasiado cariñosa, lo que me repateó el estómago.

—Ya me estás diciendo que le ocurre a Arabia, y rompiendo con ella, porque no pienso consentir que la cornees de esta manera —le dije, con furia.

—Amigo, te estás colando… —me dijo Jaime, sujetándome del brazo.

—No te pienso decir nada de lo que le ocurre a Arabia, ya te lo dije esta mañana. Y en cuanto a que tenemos una relación, eso te lo has sacado tú de la manga. Es mi amiga, como si fuera una hermana, y no tendría nada con ella jamás en la vida, entre otras cosas porque estaría más interesado en meterte a ti en mi cama que a ella —me dijo Carlos, rabioso.

—¿Perdona? No entiendo nada…

—Espabila, Ulises. Te está diciendo que es gay, y estamos juntos. Ella tan solo es su compañera de piso.  Carlos no te va a decir nada, pero yo sí. Está en el Hospital Central, ve allí y pregunta por ella, no te diremos nada más —me dijo, y os juro que casi me caigo en redondo.

Jaime, que estaba pendiente de mí, me cogió del brazo, y me llevó hasta el coche, poniendo rumbo al hospital donde se encontraba Arabia. ¿En serio había estado tan cegado que no me había dado cuenta de que Carlos era gay? ¿Tan malos habían sido mis celos que no había notado nada?

Ahora que lo sabía, muchas cosas me cuadraban, cosas que antes no me encajaban, pero a las que no les di la menor importancia. De pronto recordé lo

que me había dicho Jaime, el muy cabrón lo sabía y no me había dicho nada.

—Tú lo sabías —le dije, con una mezcla de tristeza y desilusión.

—Sí, desde el día del club, pero prometí que no diría nada y he cumplido mi promesa. Tenías que descubrirlo por ti mismo, y te ha costado, amigo, te ha costado.

—Yo soy tu amigo, no entiendo que me ocultaras algo así, sabiendo lo mal que lo estaba pasando. Si me lo hubieras dicho no habría estado haciendo el imbécil, que casi invito a cenar a Abril y me hubiera acostado con ella, cuando Arabia no estaba con nadie.

—Te dije que no hicieras nada de lo que te pudieras arrepentir, pero no me has tenido en cuenta. Ahora, lo principal es que esa terapia te saque del bucle en el que estás metido, y consigas recuperar a Arabia. Me digas lo que me digas, estás enamorado de ella, así que, no pierdas más el tiempo.

—Y me lo dice el que está con una mujer que lo complementa a la perfección, y sigue diciendo que lo suyo no es una relación —le contesté, pues me había dolido mucho la manera en la que me lo había ocultado.

—Lo siento, pero llegas tarde. Le he dicho que nos vayamos a vivir juntos, y ha aceptado. Estamos buscando una casa que nos guste a los dos, y en la que empezar a vivir nuestra nueva vida —me dijo, y os juro que sentí envidia.

¿Podría yo ser igual que él algún día? ¿Dejaría mi miedo a un lado para poder vivir feliz? Ojalá fuera así, porque era una de las cosas que más anhelaba en esta vida.

Se acercaban las Navidades, y mi mayor deseo era poder pasarlas todos juntos, mis hijos, mis padres y ella, aunque no me lo pondría nada fácil. Jaime avisó a Nadia en cuanto nos subimos en el coche, por lo que, al llegar al hospital, ya nos estaba esperando ella en la puerta.

—¿Sabes ya dónde está? —le pregunté, angustiado por saber el alcance de su enfermedad.

—No, os he estado esperando para entrar, por si a mí no me querían decir nada, a un hombre adinerado como tú no le negarían la información —me contestó ella.

—Vamos, cuanto antes preguntemos, antes podremos llegar hasta ella.

Justo llegábamos al mostrador de recepción, cuando algo llamó mi atención. Allí estaba mi madre, hablando con una doctora, y la abrazó, llorando como de alegría, y no esperé a que la chica de la recepción contestara a lo que Nadia le había preguntado.

—Mamá, ¿dónde está Arabia y que le ocurre? —le pregunté.

—Ulises… —me dijo mi madre, cogiendo una bocanada de aire antes de hablar.

—Al grano, mamá, por favor.

—No me corresponde a mí decirte lo que le ocurre, tan solo te diré que acaba de salir de quirófano, y que tendrá que permanecer en el hospital durante un par de días…

—¡Estoy hasta los cojones de que todo el mundo me diga que no le corresponde! —exclamé, alzando la voz más de lo debido.

—No me grites, Ulises, que por muchos años que tengas, todavía te puedo dar un tortazo que te vuelva la cara del revés —me dijo mi madre, levantándome la mano.

—Amigo, será mejor que subas a la habitación y sea ella misma la que te lo cuente. Deja de increpar a tu madre, que lo único que ha hecho ha sido apoyarla y acompañarla en lo que sea que le ocurre a Arabia —me contestó Jaime, y me dispuse a subir para hablar con ella.

# Capítulo 27

*Arabia*

Acababa de subir de quirófano, y me encontraba algo mareada. Me habían aplicado anestesia epidural, por lo que estuve consciente en todo momento, lo único que no sentía era de la cintura para abajo.

—Ha salido todo perfecto. Por suerte, el DIU estaba alejado del feto, y ni siquiera lo ha notado. Podrás sentir, una vez que se te vaya el efecto de la anestesia, algo de molestia, incluso podrás sangrar un poco, algo menos de cantidad que una menstruación, así que no debes asustarte. Si esto persiste por más de tres o cuatro días, miraremos a qué es debido —me dijo la doctora.

—¿Cuánto tiempo tendré que permanecer ingresada? —pregunté, pues lo único que quería era estar en casa, tranquila y cuidada por Carlos, que no dudaba que lo haría a las mil maravillas.

—De momento, vamos a esperar a ver si sangras o no y en función de eso, determinaremos el tiempo que tendrás que permanecer aquí. Poniéndonos en el peor de los casos, no superará los cuatro o cinco días. Ahora, si me lo permites, voy a avisar a tus familiares de que ya estás en planta —me dijo la doctora.

Qué irónico, mis familiares, cuando tan solo había una persona abajo esperando y, precisamente, no era de mi sangre. Cerré los ojos durante un momento, o eso pensaba, pues ni me enteré de que la puerta de la habitación

se había abierto. Cuando los abrí, tenía delante de mí a todos, Ulises incluido, y eso me resultó extraño.

—Veo que todos habéis fallado en vuestra promesa —les dije, algo enfadada.

—Nadie ha fallado, porque ninguno me ha dicho nada de lo que te ocurre. Estoy esperando a que me lo digas tú, y no me pienso marchar de aquí hasta que lo hagas —me dijo Ulises, mirando a todos para que nos dejaran solos.

—¿Ahora te preocupas por lo que me pueda ocurrir? —le dije, sin poder evitarlo.

—Siempre me he preocupado, aunque tú no lo hayas visto. Por cierto, bien me la has jugado haciéndome creer que Carlos y tú erais pareja.

—Otro chivato, pero yo nunca he dicho eso…

—Carlos no me ha dicho nada, ha sido Adam, su pareja, el que me lo ha contado. Y sí, tú nunca has dicho nada de eso, pero tampoco me has sacado de mi error. Tenemos que hablar en serio, Arabia, no quiero seguir así contigo.

—¿Así cómo, Ulises? ¿Jugando al ratón y al gato? ¿Sin tenerme a tu entera disposición y jugando conmigo cuando te dé la gana? Pues siento decirte que eso se terminó, entre otras cosas porque estoy embarazada —le dije, y lo vi como le fallaban las piernas y se tuvo que sentar en una silla que le cogió cerca.

—¿Es mi hijo? Porque, ahora que tengo claro que de Carlos no puede ser, tengo todas las papeletas de ser su padre.

—No he estado con nadie más que contigo, por supuesto que es tu hijo. Pero no te preocupes, que no pienso exigirte nada, yo lo sacaré adelante sola, y no le faltará el cariño, te lo aseguro.

—¿Estás loca? Por supuesto que me responsabilizaré de él. Sus hermanos no van a crecer de una manera y él de otra, tenlo claro. Además, antes de que me dijeras nada, estaba dispuesto a pedirte que me perdonaras, que empezáramos de cero, como pareja…

—Ahora el que estás loco eres tú. ¿Piensas que, por el simple hecho de estar esperando un hijo tuyo voy a caer rendidas a tus pies? Tendrías que demostrarme mucho, y tengo claro que no lo vas a hacer —le dije, soltando una sonrisa de lo más irónica.

—Por supuesto que lo voy a hacer, todo eso y más. Para empezar, quiero contarte el motivo por el que te traté así…

Me contó todo lo que le había ocurrido con su esposa, la carta que le había dejado y como sentía que no tenía derecho a ser feliz. También me explicó que, con sus hijos, se intensificaba la cosa, pues, por su culpa, les había privado del cariño de una madre, y no podía mirarlos a la cara, sin sentirse culpable.

—Estoy yendo a terapia, Arabia, pero te necesito a mi lado. Tú eres la única persona capaz de hacerme ver lo que tengo a mi alrededor —me dijo, pero no vi justo que me echara a mí esa responsabilidad, y así se lo hice saber.

—No quiero que me necesites, Ulises, quiero que, sin hacerlo, me elijas. Que me mires como si fuera la persona con la que quieres pasar el resto de tu vida, no como una opción por estar esperando un hijo tuyo. No pienso privarte de ver crecer a tu hijo, pero para volver a ser algo, tendrás que demostrarme que estás dispuesto a ser feliz —le dije, y se levantó para darme un abrazo, que no rechacé, por supuesto.

En ese momento entraron todos los demás, que nos miraron con una mezcla de esperanza y tristeza, porque todavía no habíamos resuelto nada. Pregunté por los niños, y ese fue otro aspecto que teníamos que tratar.

—¿Cómo se lo vamos a decir a los niños? No quiero confundirlos —le dije.

—Pues de la manera más natural posible. Sé que no entenderán que no somos pareja, pero eso, con el tiempo, también podría remediarse. Te prometo que voy a poner todo de mi parte para que así sea, Arabia. Por primera vez en mi vida no pienso solo en mí. Cuando he sabido que estabas enferma y en el hospital, te juro por lo más sagrado que se me ha venido el mundo encima. No concebía mi vida sin ti, sin los niños y, de pronto, nos he visto como una

familia, felices, y eso es lo que quiero para el resto de mis días —me dijo, sin importarle que estuvieran los demás delante.

—Si me dejáis daros un consejo, creo que, cuando salgas del hospital, deberías volver a la mansión. No como pareja de mi hijo, sino como una amiga, como la futura madre de su bebé, y dejarte cuidar. Tienes tu habitación intacta, y ahí podrás dormir —nos dijo su madre, pero yo no lo vi tan claro.

—Yo lo veo una idea genial. Así podré demostrarte todo eso que me estás pidiendo. Te prometo que, antes de que nazca el bebé, seremos una pareja con tres hijos, porque tengo claro que, tanto Saúl, como Daniela, estarán encantados de tenerte de nuevo en casa —me dijo Ulises.

Miré a Carlos, y noté que me quería decir algo, así que lo insté a que lo hiciera, sin más dilación. Me tomó de las manos y empezó a hablar.

—Cielo, Adam me ha propuesto que nos vayamos a vivir juntos. Sabes que lo pasé muy mal cuando Richard me dejó, y con él, he vuelto a vivir, a ser feliz. Si quieres, te puedes quedar en mi casa, pero yo no estaré, y me quedaría mucho más tranquilo si estuvieras acompañada —me dijo mi compañero.

—Está bien, pero no prometo nada. En cuanto vea algo que no me cuadre, me marcharé de esa casa. Por otro lado, no pienso renunciar a mi puesto de trabajo, en el que me siento de lo más feliz y realizada —les dije, y todos asintieron.

—Te prometo que todo será de tu gusto, me dejaré la piel en demostrarte lo importante que eres para mí. Quiero que tengamos unas fiestas en familia, y tú eres parte de ella —me dijo Ulises, dejándome un beso en la frente.

En ese momento entró la doctora, con un ecógrafo portátil, para realizarme una ecografía y ver como estaba el bebé. A Ulises se le iluminó la cara, sobre todo cuando dijo que todos tenían que salir, excepto el padre del niño.

Se situó al otro lado de la cama, y me cogió de la mano, como si realmente fuéramos una pareja. De pronto nos visualicé como tal, y un pellizco se alojó en mi pecho. La doctora vertió el gel en mi vientre, y empezó a pasar el aparatito por él, enseñándonos al bebé.

—¿Queréis escuchar el latido de su corazón? Porque yo lo estoy haciendo a través de los auriculares y no veas si es fuerte. Así os quedareis más tranquilos —nos dijo, y ambos asentimos.

—Es música celestial —dijo Ulises, sin poder evitar que se le saltaran las lágrimas.

—Sí que lo es. Pues nada, este bebé está perfecto estado, ahora tan solo tendrás que seguir las indicaciones que te di en la consulta, sobre todo en el tema de la alimentación y los suplementos que te he recetado. Mañana pasaré de nuevo por aquí, pero, si tienes alguna molestia, no dudes en llamar al botón de enfermería, ellas sabrán que hacer —me dijo la doctora.

—No se preocupe, doctora, yo me quedaré con ella hasta que salga del hospital y me ocuparé de ella luego —dijo Ulises, y nos quedamos de lo más extrañados.

# Capítulo 28

*Ulises*

No voy a decir que no me quedara en shock con la noticia, pero, siendo honesto conmigo mismo, la verdad es que me hizo muchísima ilusión. Con mis dos hijos mayores no viví nada de los embarazos, pues estaba centrado en el trabajo y en mis escarceos sexuales, pero quería demostrarme a mí mismo que, en esta ocasión, no iba a ser igual.

Todo iba de maravilla y, a las cuarenta y ocho horas, ya teníamos el alta. La doctora le dio una baja de una semana más, por precaución, sobre todo.

—Ya sabes, evita coger peso y hacer esfuerzos. Alimentación sana y no olvides tomar la medicación para las náuseas —le dijo Camila, su ginecóloga.

—No se preocupe, doctora, yo me encargaré de que siga todas las indicaciones al pie de la letra —le contesté.

Tenía el coche en la puerta, Jaime se había encargado de traerlo para llevarnos a casa, donde había dejado el suyo para poder volver.

—Estoy embarazada, no minusválida —me dijo Arabia, pues la llevaba cogida por la cintura, como sosteniéndola.

—Y acabas de salir del hospital, así que, no hay nada que hacer —le respondí, consiguiendo que empezara a bufar.

Cuando vio que íbamos de camino para la mansión, empezó a protestar, ya que decía que sus cosas estaban en casa de Carlos. Pero, lo que ella no sabía era que, durante esos dos días que había estado en el hospital, entre los demás, le habían hecho la mudanza.

Esa tarde tenía terapia de nuevo, y tengo que decir que iba un poquito incómodo, pues no quería fallarle a Arabia, pero tampoco quería quedar mal con Abril. Tendría que buscar la manera de hacerlo, y sería siendo honesto con las dos.

—Buenas tardes, Abril —le dije al entrar en la consulta.

—Buenas tardes, Ulises —me respondió, pero en un tono demasiado sensual para mi gusto.

—Antes que nada, tengo que contarte algo. Voy a ser padre de nuevo, y estoy muy feliz.

—Supongo que será con esa mujer. ¿Me equivoco? —me dijo, como con desprecio.

—Exacto, voy a ser padre con Arabia, y quiero intentar volver con ella, que seamos esa familia que tanto deseamos.

—No te equivoques, Ulises, tú nunca has querido nada de eso. A ti lo que te gusta es ir saltando de cama en cama, y eso, no lo vas a poder evitar. Quizás puedas reprimirlo durante un tiempo, pero al final, tu esencia saldrá a la luz.

—¿Me estás diciendo que tengo que dejar tirados a mis hijos por tu percepción?

—Para nada, no pongas en mi boca palabras que yo no he dicho. Puedes ocuparte de tus hijos, pero no eres hombre para estar atado a una sola mujer, y lo sabes de sobra.

—A lo mejor es que no había llegado esa mujer que me tocara el corazón, y ha sido la aparición de Arabia algo crucial para mi vida —le dije, dispuesto a terminar toda terapia con esta doctora.

—Si es lo que piensas… Yo estoy aquí para abrirte los ojos, para que saques al verdadero Ulises a la luz. Si no pones de tu parte…

—Creo que lo único que pretendes es meterte en mi cama, y eso, no lo vas a conseguir. Dicho esto, creo que la terapia en esta consulta ha terminado —le dije, pero no me esperaba lo que hizo a continuación.

Se puso delante de mí y, de un solo tirón, abrió su vestido en dos, mostrándose completamente desnuda, tan solo con unas medias de liga que le hacían unas piernas de infarto.

Llamadme débil, o cabrón, directamente, pero no me pude reprimir, y me abalancé sobre ella. Mi cabeza me decía que, entre Arabia y yo todavía no había una relación, por lo que no la estaba engañando. Eso fue suficiente para que decidiera acostarme con ella.

La tumbé sobre el escritorio y me situé entre sus piernas. Tenía esos pechos turgentes frente a mi cara, por lo que me lancé a uno de ellos, los lamí, los mordisqueé, y fui bajando hasta llegar a su monte de Venus. Abrí sus piernas todo lo que pude y, arrodillado ante ella le hice sexo oral, hasta conseguir que gritara de placer.

Acto seguido, le di la vuelta, poniéndola bocabajo encima de la mesa. Cogí un preservativo para ponérmelo, y la penetré, de una manera brutal. Era como si no fuera yo, como si alguien se hubiera apoderado de mi cuerpo, y me di cuenta, a través del cristal de como ella tenía una sonrisa lobuna. Pero no paré, seguí bombeando hasta que me corrí, sin pensar en la otra persona, sin importarme un carajo si se había corrido ella o no.

Terminé, me subí los pantalones, y me largué de allí. Salí como alma que lleva el diablo, y con una sensación de lo más desagradable, todo hay que decirlo. Me daba asco de mí mismo, y no dudé en llamar a Jaime para que viniera a recogerme. Necesitaba hablar con alguien, y él era el único con el que podía ser yo cien por cien.

—¿Qué te ocurre, Ulises? —me preguntó, preocupado en cuanto me monté en su coche, pues no era capaz ni de conducir el mío, ya vendría por él más tarde.

—No sé lo que me ha ocurrido, Jaime, pero me he comportado como un neandertal —le dije, y, sin poder evitarlo, rompí a llorar como un bebé.

—Tranquilo, desahógate y ahora me cuentas —me dijo mi amigo.

Aparcó el coche en un descampado que nos encontramos de camino, y allí estuvimos durante un buen rato, esperando a que pudiera hablar, con toda la paciencia del mundo.

Cuando me tranquilicé, le conté todo lo que había pasado en ese despacho. Como no era yo mismo, como actué en cuanto la vi delante de mí, desnuda y dispuesta a hacerme pasar un buen rato, sin poder reprimirme, y como me sentía ahora.

—Me siento como una mierda, Jaime. No quería follar con ella, tenía en mi mente a Arabia en todo momento, pero estaba fuera de mí —le dije.

—¿Has bebido o comido algo desde que llegaste a la consulta?

—Un vaso de agua, como siempre. Al llegar, Abril siempre pone un vaso con agua encima de la mesa, por si se nos queda la boca seca.

—Te ha drogado, amigo, no hay duda. Vamos ahora mismo a un hospital a que te hagan una analítica. Supongo que no tendremos manera de demostrar que ha sido ella, pues se habrá deshecho de las pruebas, pero, al menos, estarás tranquilo de que no eres así —me dijo Jaime, y puso rumbo a una de las clínicas privadas de la ciudad.

Le contamos al doctor lo que había pasado, y no dudó en hacerme una prueba de sangre, donde tendríamos los resultados de las drogas a las que me habían sometido. Una hora después, ya teníamos la respuesta. Efectivamente, me había drogado, y no solo con una dosis, sino con varias, que me podrían haber provocado una parada cardiorrespiratoria, como mínimo.

—Ha tenido suerte, señor Salmerón. Creo saber que, el motivo de que no le haya hecho todo el efecto esperado, es que tan solo le dio un pequeño sorbo —me dijo el médico.

Iba a denunciarla, no porque fuera a conseguir nada en mi caso, sino para que no se atreviera a hacerlo de nuevo. Menos mal que avisé a Jaime para que me recogiera, pues podría haber matado a alguien mientras iba al volante.

De la clínica nos fuimos a comisaría, donde interpuse la denuncia, y de donde me fui para la mansión. Lo primero que haría sería contárselo a Arabia, pues no quería que pensara lo que no era, o que se enterara después por otra persona y se sintiera engañada.

—Hola, cariño. ¿Cómo te encuentras? —le dije, entrando en el salón, donde estaba ella con los niños.

—Hola, Ulises. Bien, ayudando a los niños con los deberes —me contestó, pero de una manera un tanto fría.

La veía como miraba al móvil, con dolor y rabia, pero no sabía el motivo. No podía esperar más, así que, me acerqué y me senté a su lado.

—Chicos, ¿podéis dejarnos un momento a solas? Tenemos que hablar cosas de mayores —les dije a mis hijos.

—Claro, papá. Saúl, vamos a aprovechar para ir a la cocina por unas galletas y ahora volvemos —le dijo Daniela a su hermano, cogiéndolo de la mano y sacándolo del salón.

—Si me vas a contar que te has acostado con tu terapeuta, llegas tarde. Alguien ha tenido la consideración de enviarme el video en el que se te ve demasiado bien —me dijo, y me quedé con la boca abierta.

—¿Cómo ha podido ser tan hija de puta? Sé que no me vas a creer, y por eso será mejor que te lo demuestre —le dije, ofreciéndole la documentación, tanto del hospital como de la denuncia, que ella leyó con atención. Su rostro no me dejaba nada claro, así que preferí que ella hablara cuando lo considerara oportuno.

# Capítulo 29

*Arabia*

El momento en el que recibí el video fue como si me clavaran un puñal en el pecho. ¿De verdad había sido tan gilipollas como para volver a caer en sus mentiras? Os juro que, cuando estuvo en el hospital, lo creí. Me pareció ver sinceridad en sus ojos y en sus palabras, pero, al parecer, era un mentiroso de manual.

Entró en el salón, y en su cara se veía algo así como remordimiento, pero no me lo creí. Ya había hecho demasiado la idiota como para hacerlo otra vez. Envió a los niños fuera del salón, por lo que ya no me pude callar. No me lo negó, simplemente me entregó una documentación, que leí con atención.

¿Era eso cierto? ¿En serio lo habían drogado o era una argucia para cubrir sus espaldas? Todo parecía real, pues en la segunda parte, lo que había era una denuncia contra ella, contra su terapeuta. No creía que alguien fuera capaz de arruinar la vida de otra por quedar bien, así que, decidí creerlo.

—No sé qué pensar, la verdad —le dije, dejando la documentación a un lado del sofá.

—Es cierto, te lo juro por mis hijos. No tenía pensamiento de acostarme con ella, era como si yo fuera otra persona. Jamás había actuado de esa manera con ninguna otra mujer, a pesar de lo mal que lo he hecho siempre —me dijo, a punto de llorar.

—Está bien, te daré un voto de confianza. Pero no te voy a dejar pasar ni una más, Ulises. A la mínima de cambio que me llegue algo, de la manera que sea, recojo mis cosas y me marcho de aquí, y tan solo tendrás un régimen de visita con tu hijo —le respondí.

Se lanzó a abrazarme, y lo hizo de una manera que me estremeció, dándome besos por toda la cara, en señal de agradecimiento, como queriendo demostrarme que yo era lo más importante, junto a sus hijos, por supuesto.

—¿Puedes viajar? —me preguntó, de pronto.

—No lo sé, como no tenía pensado salir de aquí, no se lo he preguntado a la doctora. ¿Por qué?

—Llámala, tengo una idea que les va a encantar a los niños, y a ti, por supuesto —me contestó.

Cogí el móvil y llamé a la doctora, que no me podía atender. Devolviéndome la llamada a los diez minutos.

—Perdona, Arabia, pero estaba en un parto. Dime, ¿en qué puedo ayudarte? —me preguntó, en cuanto que contesté a la llamada.

—Es solo una consulta. Me pregunta Ulises si habría algún problema en que pudiera viajar —le dije, y soltó una carcajada.

—Cualquiera diría que ya tiene dos hijos más, parece un padre primerizo. Arabia, tu embarazo es absolutamente normal, y ya has pasado el primer trimestre, que es el más peligroso. Si queréis viajar, puedes hacerlo, siempre y cuando sigas con todas las indicaciones, da igual que sea aquí o en la luna —me contestó ella.

—Gracias, doctora, y siento haberla molestado para esto —le dije, mirando a Ulises y negando con la cabeza.

—No te preocupes, mujer, es lógico que tengas dudas y miedos, y para eso estoy yo aquí, para resolver todo —me contestó, antes de despedirse y colgar la llamada.

Me quedé mirando a Ulises, que se levantó y fue corriendo a buscar a los niños. Justo en ese momento, entraban sus padres y Jaime, junto a Nadia, que habían coincidido en la puerta para venir a verme.

—¡Qué bueno que estéis todos aquí! Así no tendré que contároslo por separado —les dijo Ulises, que estaba de lo más alegre, y supuse que sería por el hecho de que yo le había dado otra oportunidad.

—¿Qué nos tienes que contar, hijo? ¿Os vais a casar? —preguntó Víctor, con cierta chufla.

—Ni en sus mejores sueños —murmuré, consiguiendo una carcajada de su padre y una mirada reprobatoria de él.

—No digas, nunca, jamás, Arabia, que torres más altas han caído —me dijo Maya.

—Venga, al lío. He pensado en que nos vayamos todos a Laponia, a la casa de Papá Noel, allí pasaremos las Navidades —dijo, y todos lo miramos con la boca abierta.

Los niños saltaban por todo el salón, diciendo que se iban a ver a Papá Noel, mientras que Nadia negaba con la cabeza y Jaime y sus padres lo hacían sonrientes.

—Conmigo no contéis. Tengo el presupuesto justo para coger el autobús del centro, ida y vuelta, y eso porque tengo bonobús, que, si no, ni eso —dijo Nadia, provocando la carcajada de todos, incluida la mía.

—Por el dinero no te preocupes, Nadia, que yo corro con todos los gastos —le dijo Ulises.

—Ah, entonces, me voy con los niños. ¡Yuju, me voy a ver a Papá Noel! —dijo, poniéndose a saltar con ellos, y haciendo que nos riéramos más todavía.

—Venga, Jaime, vamos a dejar a todos aquí mientras organizamos nosotros todo el viaje —le dijo Ulises a su amigo, saliendo del salón.

Estuvimos allí charlando de todo un poco durante más de dos horas, hasta que salieron del despacho, con una carpeta con toda la documentación.

—No os vamos a decir nada de lo que hemos contratado. Lo único que tenéis que saber es que nos marchamos el viernes de la semana que viene, que ya estarán los niños de vacaciones, y volveremos el día treinta por la mañana —dijo Ulises.

—Estás loco, chaval —le dije, negando con la cabeza.

Cuando nos quedamos a solas los niños y nosotros, me dispuse a bañar a los niños y a prepararlos para cenar, pero Ulises se me adelantó.

—No te preocupes, yo me encargo —me dijo.

—No, papá. Que Arabia me ayude a mí y tú ayudas a Saúl, que a mí me da vergüenza que tú me veas —le dijo Daniela, y ambos soltamos una risotada.

—Está bien, como quieras.

Aquella noche no pude dormir bien. A las tres de la mañana, harta de dar vueltas en la cama, bajé a la cocina a prepararme una infusión relajante, a ver si así me ayudaba a conciliar el sueño.

Estaba en ello, cuando noté unas manos que me abrazaban por detrás, era inconfundible, y tuve que respirar hondo antes de darme la vuelta, porque lo que provocaba en mí era difícil de ignorar.

—¿No puedes dormir? —me susurró en el oído.

—Lo cierto es que no. Estoy algo inquieta —respondí, aún entre sus brazos.

—En otras circunstancias, te diría que yo tengo una manera muy placentera de relajarte, pero como todavía no sé si puedes tener relaciones sexuales, será mejor que te sientes y yo te preparo algo calentito que te ayude a conciliar el sueño —me dijo.

No pude evitar fijarme en sus pantalones, esos que lucían bastante abultados por la entrepierna. Me entraron ganas de contestarle que la doctora me había dicho que hiciera mi vida normal, pero eso significaría volver a caer en sus brazos, y todavía no estaba segura de que fuera capaz de cumplir su promesa.

Nos sentamos ante una taza de leche caliente con miel y cacao, sin hablar, tan solo mirándonos a los ojos. Estuvimos así un buen rato, hasta que él habló.

—Me muero por besarte, por poder dormir abrazado a ti, aunque no podamos hacer nada, con eso me conformo —me dijo.

La verdad es que yo también me moría por hacer eso y, durante un momento, incluso me lo planteé, pero luego, pensando en frío, me di cuenta de que no sería lo adecuado, y así se lo hice saber.

—Yo también, pero no sería justo para los niños, podríamos confundirlos. Antes de hacer nada que nos pueda comprometer de algún modo, tendríamos que estar completamente seguros de lo que queremos —le dije.

—En mi caso estoy completamente seguro de lo que quiero, Arabia. A ti y a mis hijos en mi vida, como una familia. Pero, si no estás preparada todavía, no tengo ningún problema en esperar lo que haga falta —me contestó.

—Será mejor que nos vayamos a la cama —dije, levantándome para ir hasta mi habitación.

Ulises, en cuanto estuvo de pie, me tomó de la mano. Esa sensación de tenerlo así se sentía tan bien, que no fui capaz de retirarla. Llegamos hasta la puerta de mi habitación, donde se frenó, me miró y me besó. Fue un beso dulce, nada pasional, pero que me removió todo por dentro, y al que correspondí sin poder evitarlo.

—Que descanses, mi amor —me dijo, y era la primera vez que lo escuchaba hablar de esa manera.

—Hasta mañana, Ulises —le respondí.

No es que yo no sintiera nada por él, porque lo sentía todo, pero también tenía un miedo atroz a que me destrozara el corazón, por eso no era capaz de verbalizar todo lo que sentía.

Me metí en la cama, pero seguía sin poder dormir. Ni diez minutos había pasado cuando sentí que se abría la puerta y entraba él, apartó la cobija de la cama y se metió dentro, abrazándome hasta que me quedé dormida.

# Capítulo 30

*Ulises*

Desde ese instante en el que me colé en su habitación y me metí en su cama, dormíamos juntos todas las noches. Entre nosotros no había pasado nada, pues no quería que pensara que tan solo me interesaba el sexo con ella, porque, en estos momentos, era lo que menos quería. No voy a decir que no me hubiera gustado, porque estaría mintiendo, pero no era algo primordial para mí.

Ese día era el elegido para irnos hasta Laponia. Iríamos en mi avión privado, del que Arabia no tenía ni idea de su existencia, y que compré cuando falleció mi esposa, para así poder ir y volver lo más pronto posible cuando tenía alguna reunión fuera de la ciudad o del país.

—Venga, dormilones, que nos espera el avión —les dije a los niños, que se levantaron como si les hubieran puesto un resorte.

—¡Es verdad, hoy nos vamos de viaje! —gritaba Daniela, mientras saltaba encima de la cama.

—¡Yupi! ¡Vamos a ir a ver a Papá Noel! —decía Saúl.

Las maletas ya estaban en el avión, las había enviado ayer por la noche, para no tener que ir cargando con nada. Nos montamos en el coche y nos dirigimos hacia el aeropuerto, donde nos estaban esperando los demás.

Al llegar allí, Arabia y Nadia se quedaron de lo más sorprendidas, pues no se esperaban que fuéramos a viajar en un avión privado. Ellas esperaban que lo hiciéramos en un vuelo comercial, pero no lo haría nunca, mucho menos teniendo un avión propio en el hangar.

—¡Qué nivel, Maribel! —dijo Nadia, después de silbar al ver el avión desde fuera.

—Pues espera a que lo puedas ver por dentro, es como una caravana en el aire —le dijo Jaime.

—Venga, vamos a verlo, que no quiero que tu amigo se quede con esa imagen mía con la boca abierta, sería el cachondeo durante todo el viaje —le respondió ella, subiendo las escaleras corriendo.

—¿Qué te parece? —le pregunté a Arabia.

—Una pasada, ¿qué me va a parecer? Pero, alquilar esto te ha debido costar un pico, creo que hubiera salido más rentable comprar pasajes para un vuelo comercial —me respondió, y solté una carcajada.

—No lo he alquilado, es mío. Lo que ocurre es que lo utilizo muy poco —le dije, y le conté el motivo por el que me había hecho con uno de ellos.

—Amiga, sube, que te vas a caer de culo cuando veas esto —le gritó Nadia desde arriba.

—Habrá que subir a verlo, no vaya a ser que a tu amiga le dé un síncope o algo por el estilo —le dije, cogiéndola de la mano para subirla a ver el interior. Mis padres ya estaban arriba desde hacía tiempo, pues ellos lo vieron el primer día que lo adquirí, al igual que Jaime.

Fueron muchas horas de vuelo, pero se nos pasaron volando, entre juegos y diversas actividades que hicimos con los niños, hasta que se quedaron dormidos.

—Deberías echarte tú también en la cama un rato —le dije a Arabia, que negó con la cabeza.

—No, estoy bien. No es un vuelo convencional, en el que iría de los más incómoda. Tengo las piernas en alto y no necesito nada más —me dijo, sonriente.

Me levanté y le cogí las piernas, poniéndoselas sobre las mías, le eché una mantita y empecé a masajearla, hasta que ella también se quedó dormida.

—Así quiero verte siempre, hijo, cuidando de la mujer que amas —me dijo mi madre, y la miré sonriente.

—Me ha costado, no te voy a decir que no, pero al final, la persona que menos pensaba ha sido la que se ha colado en mi corazón —le contesté, con una sonrisa.

Llegamos al aeropuerto de Rovaniemi a media tarde, y el termómetro marcaba ocho grados bajo cero. Antes de salir del avión, y como ya nos habían advertido, nos cambiamos de ropa, abrigándonos lo suficiente como para no pasar frío ni enfermar.

Afuera ya nos estaba esperando un coche que nos llevaría hasta la parte de las cabañas. Al día siguiente visitaríamos la casa de Papá Noel por la mañana, pues por la noche era Nochebuena.

Habíamos alquilado tres cabañas, unas para mis padres, otra para Jaime con su chica y otra para nosotros y los niños, aunque la de mis padres tenía una habitación más, como la nuestra, por si alguna de las noches los niños querían quedarse con ellos.

Cuando llegamos a la zona de las cabañas, allí estaba un chico esperándonos con las distintas llaves, que nos entregó con una sonrisa. Nos dio un mapa de la zona con las diferentes actividades que teníamos para hacer, y se lo agradecimos muchísimo.

—Por favor, ¡qué frío! —dijo Arabia.

—En la casa ya está encendida la chimenea, corred dentro y así entraréis en calor —les dije, y eso hicieron, salieron los tres corriendo a su interior, seguidos por mí y por el chico que nos llevaba las maletas.

Si por fuera era precioso, por dentro no os podéis ni imaginar. Estaba entera forrada de madera, y constaba de dos habitaciones con baño en suite, un salón y una cocina enorme, unida al salón por una isla.

—Es preciosa… —me dijo Arabia, mirando por todos lados.

—Papá, pero no tenemos árbol de Navidad. Si no ponemos uno, Papá Noel no va a poder traernos los regalitos —me dijo Saúl, con algo de pena.

—Sí que tenemos, solo que está en la cabaña de los abuelos, que será donde cenemos mañana…

—Pues entonces, Daniela y yo dormiremos allí, que lo sepas.

—Ya lo tenía contemplado, no hay problema —le dije, riendo.

Dejamos todas las cosas en las diferentes habitaciones y nos fuimos a cenar al restaurante que había, y en el que nos estaban esperando. Al ser españoles, teníamos un horario diferente a los distintos comensales de otros países, que lo hacían antes. Tuve que pagar un suplemento para que nos sirvieran a las nueve de la noche. No era demasiado tarde, pero teniendo en cuenta que la cocina cerraba a las seis de la tarde, pues esas tres horas no las iban a hacer gratis, como era normal.

—Tengo un hambre que me muero —dijo Nadia, nada más entrar y oler el ambiente.

—Huele que da gusto —dijo mi madre.

Nos sirvieron un guiso tradicional, consistente en un estofado de reno con cebolla, que se servía con puré de patatas y mermelada de arándanos, y que tenía un gusto exquisito, que recibía el nombre de Poronkäristys.

A los niños, como era natural, no le dijimos que estaban comiendo reno, o terminaríamos en urgencias con una crisis de ansiedad. Jaime, una vez que los niños se levantaron de la mesa para ir a la zona de juegos del restaurante, empezó con las bromas.

—A ver qué vamos a hacer ahora que nos hemos comido a Rudolph —dijo, provocando una carcajada en todos.

—No, verás que al final tenemos que disfrazarnos nosotros y ayudar a Papá Noel a repartir los regalos —le contestó mi padre.

—Pues conmigo no contéis, que a mí me duele mucho la espalda —dijo mi madre, sin poder parar de reírnos.

—Yo, como mucho, puedo poner los lacitos a los paquetes, que no puedo coger peso —respondió Arabia.

—¿De qué os estáis riendo? —preguntó Daniela, que acababa de llegar.

—Uy, de lo complicado que se lo hemos puesto a Papá Noel este año —dijo Nadia, y otra vez estallamos en risas.

—Pues yo he sido muy buena este año, y lo que he pedido no es nada difícil, pues quiero un maletín de maquillaje y una muñeca, que lo gordo se lo he pedido a los Reyes Magos —dijo mi hija, en un tono como que la cosa no iba con ella, y más nos reímos.

Estuvimos un buen rato hasta que volvimos a las cabañas. Los niños venían muy cansados del viaje, por lo que, al final, nos reunimos todos en la nuestra. Mientras que Arabia y yo duchábamos a los niños y le poníamos el pijama, Jaime preparaba unas copas, que nos tomaríamos delante de la chimenea, con unos dulces que había traído Nadia en la maleta. Según ella, no se fiaba de que aquí hubiera turrones como los de España y ella, sin su turrón de chocolate, no podía pasar la Navidad.

—Ya estamos, chicos —le dijo Arabia, cuando llegamos al salón.

—Ahí tenéis, la tuya sin alcohol, preciosa —le dijo Jaime, guiñándole un ojo.

—A mí me da igual que esté tu chica delante, pero la próxima vez que le guiñes un ojo a la mía, te van a tener que poner un parche —le respondí, fingiendo indignación.

—No me seas celoso, amigo, que no tengo esa intención con ella. Si la hubiera tenido, ya estaría viviendo en mi casa con las dos, como si tuviera un harem.

# Capítulo 31

*Arabia*

Esa mañana nos levantamos muy temprano, ya que, después de desayunar iríamos todos juntos a visitar la casa de Papá Noel, y andábamos todos un poco nerviosos, en especial los niños.

—Arabia, ¿tú crees que Papá Noel nos recibirá? —me preguntaba Saúl, algo preocupado, mientras se ponía el chaquetón y los guantes, porque el frío no había paliado ni una mijita.

—Por supuesto que nos recibirá. ¿Por qué preguntas eso? —le respondí.

—Como esta noche tiene que repartir los regalos, puede que esté algo ocupado y no le dé tiempo ni de saludarnos —me dijo Daniela, que compartía la misma opinión que su hermano.

—¡Qué va! Para eso tiene a los elfos, que son los encargados de preparar todo —les contestó su padre, que se estaba enterando de toda la conversación.

—Uf, menos mal, ya me quedo más tranquilo, porque quiero hacerle una petición de última hora —dijo Saúl, y su padre y yo nos miramos, pues no tendríamos tiempo material de ir a buscar lo que el niño pidiera.

—Saúl, mi amor, Papá Noel ya tiene todo preparado, así que no creo que tenga tiempo de ir a buscar nada más. Ten en cuenta que las tiendas ya deben estar cerradas, organizando los paquetes para que él los pueda repartir —le

dije, pues no quería que se hiciera ilusiones sobre algo que, muy probablemente, no pudiéramos cumplir.

—Lo que yo quiero no lo tiene que buscar en ninguna tienda, es algo mágico, que solo él puede cumplir —nos dijo, y nos miramos entre nosotros, pues no sabíamos a que se podía referir.

—Bueno, de todas formas, tú no te hagas ilusiones, porque tiene muy poco tiempo de margen —le dijo su padre, mientras el niño negaba con la cabeza.

Salimos a desayunar, al mismo restaurante en el que cenamos la noche anterior, donde nos agasajaron con una mesa digna de los mejores banquetes. Según nos contaron, en esa zona, el desayuno era la comida más abundante del día, por lo que era, también, la más copiosa. En esa mesa había absolutamente de todo lo más típico de la comida finlandesa.

Para empezar, nos pusieron un pan de centeno, que, si bien en un principio es un tanto amargo, al final, le coges el gusto y está exquisito, junto a huevos cocidos. Para añadir un toque fresco, teníamos rodajas de pepino y tomate, para combinar con el huevo y el pan.

Nos pusieron también café o té, acompañados de miel de abejas y sin leche. El reno curado era otra de las cosas que estaban presentes. Una de las cosas que me llamaron la atención fue el Dulce de Karelian, que está hecho con una tortilla de centeno, relleno de arroz, y que servían embarrados en mantequilla de huevo, que no es otra cosa que mantequilla con trozos de huevos hervidos.

—Yo no voy a poder con tanto —dijo Daniela, que miraba la mesa con gula, pues era de lo más glotona.

—No tienes que comerlo todo, hija. Come hasta donde tengas gana y de lo que más te apetezca —le contestó su padre, mirándola con una sonrisa.

Era cierto que, de un tiempo a esta parte, veía a Ulises un tanto cambiado en relación con sus hijos, pues estaba como más pendiente a ellos, como si se hubiera dado cuenta de que lo necesitaban más que todos los bienes materiales que pudiera ofrecerles.

Llegaba antes del trabajo, procuraba recogerlos a diario en el colegio para luego pasar la tarde con ellos. Ese año había sido el primero en el que había asistido a la representación de Navidad de los niños, dejando a todo el profesorado boquiabiertos, pues siempre solían acudir los abuelos, ya que la madre, los años que Daniela estuvo en el colegio, nunca encontraba tiempo para hacerlo.

Después de desayunar, aunque la idea principal era irnos hasta las afueras del pueblo, que era donde se encontraba el poblado de Papá Noel, dando un paseo, el frío que hacía nos quitó las ganas, por lo que pedimos un coche para que nos acercara hasta allí.

—¡Mira qué bonito! —exclamó Nadia, que iba peor que los niños, haciendo que todos estalláramos en una carcajada.

—Amor, veo que te está gustando el viaje. No sé si ponerme celoso de Papá Noel o no —le dijo Jaime, sonriendo.

—Es demasiado mayor para mí, además de que está casado. Pero vamos, que con varios añitos menos y soltero, no te digo yo que no le tirara los tejos —lo provocó ella.

—Pues nada, voy a pedirle prestado uno de sus trajes para esta noche, si esa es tu fantasía…

—Haced el favor los dos, que tenemos niños delante —les riñó Maya, pero siempre en tono de broma.

Al llegar allí, había más gente que en la guerra, por lo que nos pusimos a hacer cola para poder estar cinco minutos con Papá Noel. Si los niños estaban nerviosos, no os quiero decir nada de los mayores, sobre todo Maya, que permanecía sonriente, pendiente de los niños en todo momento.

Por fin, después de más de una hora de espera, nos tocó el turno a nosotros. El primero en sentarse fue Saúl, con una carita de ilusión que no podía con ella.

—Jo, jo, jo. Buenos días, pequeño. ¿Qué es lo que has puesto en tu carta? —le dijo Papá Noel al niño.

—En realidad, lo que he puesto me da igual si me lo traes o no, porque tan solo son juguetes. Pero sí que quería pedirte una cosita, que sí es importante para mí —le dijo el niño, y todos nos quedamos mirándolo.

—Pues tú dirás, ¿qué es lo que me quieres pedir? —le contestó Papá Noel.

—Quiero que Arabia y mi padre se hagan novios, quiero verlos felices. Voy a tener un hermanito y, al igual que yo necesito una madre, creo que él necesitará a un padre y a unos hermanos, que somos Daniela y yo —le pidió Saúl, mientras Daniela asentía con la cabeza.

—Yo también te quería pedir lo mismo. Desde que Arabia está en nuestras vidas todo es más bonito. Pasa más tiempo con nosotros, hasta juega algunas tardes que no tiene trabajo. Ayer lo vi sonreír y, desde que yo tengo recuerdos, no lo he visto hacerlo nunca —le dijo la niña a Papá Noel.

No tengo ni idea de si eran las hormonas, el cariño que les tenía o a qué coño se debía, pero el caso es que no pude reprimir que mis lágrimas cayeran mejillas abajo.

—Ya has oído a los niños, en tu mano está que ese sueño se cumpla o no —me dijo Ulises, en un susurro al oído.

—Tengo miedo, Ulises, no lo puedo remediar —le contesté.

—Yo también lo tengo, Arabia. Es irremediable, pero no quiero que, por temor a sufrir, nos perdamos todo lo que la vida nos tenga preparado. Que nuestro hijo crezca sin saber lo que es una familia, al igual que lo están haciendo Saúl y Daniela, para los que tú eres una pieza importante —me dijo Ulises.

—Está bien, luego lo hablaremos tranquilamente —le respondí, pues una parte de mí, me decía que eso sería lo correcto, por mucho miedo que me diera.

Nadia también se sentó en las rodillas de Santa Claus, haciendo que todo el mundo se partiera de la risa, puesto que se puso a decirle cosas que lo pusieron rojo como un tomate.

—Menos mal que está aquí Mamá Noel, porque de lo contrario, ya te habría secuestrado y encerrado en tu casita para hacer hijitos noeles —le decía, y hasta Maya tuvo que buscar una silla para poder sentarse, pues estaba doblada de la risa.

—Sí, menos mal, porque, si no, hubiera sido yo Mamá ex Noel —dijo ella, que se tomaba todo con un humor espléndido.

De allí nos fuimos al taller de los elfos, donde nos enseñaron a hacer algunos juguetes de madera, que luego los niños se llevarían de recuerdo, junto a algunas de las fotos que nos tomaron.

Hubo una que me resultó de lo más especial, ya que, en ella, aparecían los niños armando un trenecito y, de fondo, se nos veía a Ulises y a mí, mirándolos con amor y con una sonrisa en la cara que lo decía todo.

—Quiero esa foto para mi despacho —dijo él, abrazándome por detrás y dejándome un beso en la mejilla.

—Yo también, la quiero poner en mi mesita de noche —le dije, sin apartarlo de mí, cuando escuchamos a una voz por detrás que nos hizo sonreír.

—Creo que Papá Noel ya está haciendo su magia, porque mira como papá está abrazando a Arabia —le decía Saúl a su hermana, intentando que no nos enteráramos, pero se quedó en eso, en un intento.

—La magia de la Navidad lo puede todo, hermanito, sigamos confiando en ella —le respondió Daniela.

Todos estaban pendientes de nosotros, pero, de repente, me quedé como paralizada, sin saber cómo actuar o qué decir, y dejé que la cosa fluyera como lo estaba haciendo.

# Capítulo 32

*Ulises*

Había llegado la hora de la cena de Nochebuena, esa que encargamos al restaurante, y que quisimos que fuera típicamente española, pues la comida finlandesa era demasiado pesada para tomar de noche.

Cuando vi a Arabia salir de la habitación, me quedé con la boca abierta, pues no se podía estar más bonita que ella, os lo prometo, y tampoco es que llevara nada del otro mundo. Se había puesto un vestido de punto en color azul marino, que le marcaba la curva de su barriguita, era por debajo de la rodilla, y lo había combinado con unas botas en color beige, al igual que el abrigo que llevaba, pues el frío había acuciado más todavía.

—Estás preciosa, Arabia —le dije, y noté como se sonrojaba.

—No estoy acostumbrada a los piropos, mucho menos a los tuyos —me respondió, y solté una carcajada.

—Eso va a cambiar desde este momento, mi amor, te lo prometo —le dije, y me acerqué a ella para darle un beso en la mejilla.

Con mucho gusto lo hubiera hecho en los labios, pero no era el momento todavía, quería que fuera de lo más especial, tanto para ella, como para mí. En ese momento, salían los niños, que también se habían puesto de lo más elegantes, pero sin caer en la cursilería con la que se vestían antes de aparecer Arabia en nuestras vidas.

—Pero bueno, mira que estáis guapos los dos —les dijo Arabia, al verlos aparecer.

—¿Te gusta como nos hemos vestido? En realidad, ha sido Daniela la que ha elegido la ropa de los dos. Me ha dicho que no hacía falta que nos pusiéramos tan repipis como antes, que, por cierto, no sé lo que significa eso, la verdad —nos dijo Saúl, haciendo que rompiéramos en una carcajada.

—Estamos elegantes y cómodos, que es lo importante. ¿A qué sí, Arabia? —dijo Daniela.

—Claro que sí, mi vida. Yo también voy cómoda, pues no merece la pena estar sufriendo durante toda la noche por aparentar ante los demás, mucho menos cuando los demás son familia —le respondió Arabia, muy sabiamente.

—Y estás guapísima, como mi padre. Papá, hoy te noto en la cara algo especial, estás radiante —me dijo mi hija, a la que no se le iba la sonrisa de la cara.

—Presiento que estas van a ser las mejores Navidades de mi vida —dijo Saúl, poniéndose el abrigo y los guantes, pues, al abrir la puerta, nos dio un bofetón de frío que no era ni medio normal.

—Papito, esta noche dormimos en la cabaña de los abuelos, no pienso salir de allí hasta mañana. Con el frío que hace ahora, imagínate el que hará luego más tarde —contestó Daniela, que se encogió de la impresión.

—Sí, mi vida, pues más tarde hará todavía más frío. Eso sí, no se abre un solo regalo de los que traiga Papá Noel hasta que no estemos todos juntos para desayunar. ¿Os ha quedado claro? —les dije a los niños, que asintieron obedientes.

Sabía que no lo harían, pues respetaban mucho las tradiciones, y una de nuestra familia era que los regalos se abrían cuando estábamos todos y delante de una taza de chocolate caliente con bollos, esos que mi madre había comprado en España antes de viajar y que guardaba en la cocina de su cabaña.

Por suerte, las tres cabañas estaban juntas, quedando la de mi madre en medio, así no tuvimos que andar mucho, por lo que no pasamos demasiado frío en el trayecto.

—Abuelita, déjame que me acerque al fuego que vengo heladita —le dijo mi hija a mi madre, entrando como una exhalación.

—Desde luego, Daniela, eres igualita que tu abuelo, que mira donde está sentado —le respondió mi madre, señalando a mi padre, que estaba junto a la chimenea, en uno de los sillones.

La cena transcurrió entre risas y anécdotas que contaron los niños, aunque Nadia también contó alguna que otra. Con esta última llegamos a llorar de la risa, sobre todo cuando se puso a relatar el momento en el que la llamó un cliente reclamando los servicios de una porno chacha, que ella no ofrecía, pero que le siguió el juego, preguntándole si quería que fuera vestida de casa o si se vestía allí, y si la quería sado o normal.

Llegado el momento, hicimos un brindis, y yo fui el primero en hacerlo. Quería que Arabia fuera consciente de que todo lo que le había dicho iba en serio. Por eso, no lo dudé, me levanté, alcé mi copa y me dispuse a hablar.

—Yo quiero brindar por mi familia, que es toda la que está sentada aquí en esta mesa, pero en especial por mis tres hijos y la mujer que me ha devuelto a la vida. Cuando todo eran sombras, llegó ella para dar luz a mi oscuridad, para demostrarme que, después de todo lo malo, siempre viene lo bueno. Arabia, déjame demostrarte cada día mi amor, pues, aunque me ha costado entenderlo, no te quiero como una compañera de cama, sino como una compañera de vida —le dije.

Al mirarla, vi como sus ojos se empañaban en lágrimas, como no era capaz de articular palabra, y entendí que ese era el momento preciso para ese beso que representara nuestra reconciliación.

Enmarqué su cara con mis manos, acerqué mis labios a los suyos, y lo hice. La besé como llevaba deseando hacerlo desde que entró en mi casa, desde que me dijo que estaba esperando un hijo mío. Siendo sincero, temí que me rechazara, pero algo en mi interior me decía que no lo iba a hacer, que tenía que arriesgarme. No lo hizo, sino que correspondió a mi beso. Por un

momento, solo estábamos ella y yo, hasta que escuchamos los aplausos de los niños.

—¡Yuju! ¡Papá Noel lo ha conseguido! —dijo Saúl, saltando por todo el salón.

—¿Ya sois novios? Porque no me gustaría alegrarme por una cosa que no es cierta —nos dijo Daniela, expectante.

—¿Lo somos? —le pregunté a Arabia, con una sonrisa en los labios.

—Sí, al menos de momento —me respondió ella, y entonces, la volví a besar.

Terminó la cena y los niños se fueron a lavarse los dientes y a la cama, pues decían que se tenían que acostar pronto, pues Papá Noel llegaría antes, ya que estaba a menos de media hora de su casa, y sería el primer sitio en el que pararía.

Nosotros también nos fuimos para nuestra cabaña, al igual que Nadia y Jaime, que decían que ellos también iban a hacer de Papá y Mamá Noel. No tenía ni idea de donde habían sacado la ropa, pero tenía claro que ambos querían sorprender al otro.

—¿Te apetece que nos tomemos algo delante de la chimenea? —le pregunté a Arabia cuando entramos en nuestra cabaña.

—Me parece perfecto. Lo mío sin alcohol, por favor —me respondió.

Preparé dos copas y las acerqué a la mesita que había entre el sofá y la chimenea, dejándolas allí antes de sentarme al lado de ella. No sé ni para que las preparé, porque fue mirarnos a los ojos, y atraernos como si fuéramos un imán.

Nos empezamos a besar y lo que comenzó siendo dulce, se tornó de lo más pasional en pocos minutos. Lo hacíamos con hambre, con desesperación. Mis manos fueron a parar al trasero de Arabia, levantándola y sentándola a horcajadas sobre mi regazo.

Fui levantando su vestido, hasta sacarlo por su cabeza, encontrándome con un conjunto de ropa interior que me dejó sin aliento. Su pecho estaba más relleno, fruto del embarazo, y sobresalía por encima de las copas. No lo dudé, y me deshice de su sujetador, dejándola tan solo con la braguita y las medias de liga.

Me levanté del sofá con ella en brazos, con sus piernas enredadas en mi cintura, y la llevé hasta nuestra habitación, donde la recosté en la cama, antes de desnudarme yo. Esa noche no quería un acto sexual, esta noche quería que hiciéramos el amor, aunque no sabía si sería capaz de hacerlo, pues no lo había hecho nunca.

Cuando estuve desnudo por completo, me situé entre sus piernas, y empecé a besarla desde la boca hasta su pecho, que lamí, mordisqueé y succioné, hasta hacerla gemir. Fui bajando hasta su Monte de Venus y, con los dientes, le quité la braguita, para luego lamer todo su sexo se arriba abajo.

Alcanzó el primer orgasmo con mi boca, y me supo a gloria. En mi vida me había parado a paladear los fluidos de una mujer como lo hice en ese momento, con ella. Acto seguido, subí hasta su boca, besándola y que ella se saboreara en mí. Puse mi miembro en la entrada de su vagina, y la penetré, lenta y tortuosamente. Sus jadeos y gemidos con cada una de mis embestidas era el mejor sonido para mis oídos. No tenía ninguna prisa, por lo que continué con ese ritmo hasta que ambos alcanzamos el orgasmo.

# Capítulo 33

*Arabia*

Estuvimos toda la noche haciendo el amor y, cuando nos sorprendieron los primeros rayos de luz, ambos entendimos que teníamos que levantarnos, pues los niños estarían esperándonos para abrir los regalos, y no queríamos hacerlos esperar más, pues no sería justo para ellos.

—Ha sido la mejor noche de mi vida, y quiero que sea así durante el resto de mis días —me dijo Ulises, dándome un beso en los labios.

—Yo también deseo que eso sea así. No quiero que, esto que tenemos, se quede en este viaje, sino que lo hagamos revivir cada noche, cada momento en el que estemos juntos lo hagamos especial —le respondí, correspondiendo a ese beso.

Nos dimos una ducha rápida, y nos vestimos de una manera cómoda, pues seguía haciendo demasiado frío como para vestirse de otra manera. Me puse unos leggins de pelitos por dentro, en color negro, con un jersey de cuello vuelto en beige, mis botas calentitas y mi abrigo largo, que complementé con mi gorro, mi bufanda y mis guantes.

Ulises optó por un pantalón cargo azul marino, que también estaba preparado para el frío, un jersey de lana en otro tono más claro de azul, sus botas y su anorak. También tuvo que coger un gorro y unos guantes, pues ese día marcaba el termómetro ocho grados bajo cero.

Salimos rumbo a la cabaña en la que estaban alojados sus padres y donde se habían quedado los niños aquella noche. Lo hicimos abrazados y, al llegar, nos encontramos a los niños, junto con Nadia, haciendo un muñeco de nieve, pues esa noche nevó copiosamente, aunque ni Ulises ni yo nos habíamos dado cuenta.

—Papá, Arabia, menos mal que ya habéis llegado, porque estamos de los nervios. El árbol está repletito de regalos, y nosotros de lo más nerviosos —nos dijo Daniela, poniéndose las manos en la cintura.

—Pues nada, vamos a ver que nos ha dejado Papá Noel —le dijo su padre, con una sonrisa.

Entramos a la cabaña y, efectivamente, el árbol estaba repleto de paquetes. Ulises y yo nos miramos, pues nosotros tan solo habíamos dejado uno para cada uno de los asistentes a ese viaje, y tres para cada niño, y allí había más de diez para cada uno.

—Lo siento, es la primera vez que siento que estamos pasando una Navidad en condiciones, y no quería que este momento no estuviera a la altura —nos dijo Maya, con una sonrisa de lo más genuina.

—Mamá, dijimos que tan solo un regalo, y ahora, nos vas a hacer quedar mal a los demás —le dijo Ulises, riendo, pues sabía que era broma.

—Ay, mi niño, me encanta veros así de felices. Ya era hora de que superaras todo tu pasado —le dijo su madre.

—Tenemos mucho que trabajar, pero, siendo justos, sé que vamos por muy buen camino, pues lo principal es que ya he aceptado que no tuve culpa ninguna de lo que le pasó a mi esposa, que ella tenía muchos caminos que tomar antes de hacer eso, y no lo hizo, por lo que yo no soy el responsable nada más que de no darle el amor que mis hijos se merecían, nada más.

—Y a ti, mi niña. Gracias, no tendré vida para agradecerte que me hayas devuelto al Ulises del pasado. Para mí, ya eres una hija más, y espero que mis nietos tengan en ti esa figura de madre que les falta —me dijo Víctor, su padre, dándome un abrazo.

—No quiero sustituir a nadie, y mucho menos a una madre, pero sí que les haré entender que, pase lo que pase, estaré ahí siempre para ellos, como si fueran el mío propio. No hace falta parir para querer a un niño.

Una vez que estuvimos todos en el salón, Maya llegó con una bandeja con las tazas de chocolate caliente y los bollos que había traído. Cuando todos tuvimos una entre las manos, llegó el momento de abrir los regalos.

Los primeros en hacerlo fueron los niños, que recibieron multitud de cosas, desde juegos de mesa con los que compartir una tarde en familia, rotuladores y colores, así como cuadernos de colorear. Daniela recibió un muñeco Reborn que era igualito a ella de bebé, pues lo mandaron a hacer con una foto de la niña, y Saúl recibió esa moto eléctrica que tanto había pedido.

Para los mayores también hubo de todo, ropa, perfumes, bolsos para las mujeres, pero lo que más me gustó fue una cadena de oro blanco que me regaló Ulises, en la que se veía a una pareja tomada de la mano, junto a la figura de tres niños, dos niños y una niña, pues ya sabíamos que era un varón.

El día lo pasamos en la cabaña de los padres de Ulises, pues el clima invitaba a eso, a quedarse al pie de la chimenea y con una mantita sobre las piernas. Una vez que dimos la jornada por finalizada, volvimos a nuestra cabaña, con los niños, donde cenaríamos tortilla de patatas y sopa de fideos, ya que durante las fiestas nos habíamos puesto hasta las cejas.

Esa noche dormimos abrazados, después de volver a hacer el amor. No dudaba que, en un futuro, tuviéramos momentos en los que volveríamos al apartamento del pecado, pero, de momento, era esto lo que necesitábamos, sentirnos el uno al otro en nuestro pleno esplendor.

Tocaba volver a la rutina, pues el fin de año lo pasaríamos en la mansión, en la que Ulises encargaría un catering para que todos lo pudieran pasar con su familia. Nos encargaríamos nosotros de servir todas las viandas.

Nadia y Jaime habían decidido pasarlo en el club, donde se haría una fiesta. Tenía la cosita de que Ulises quisiera acudir también, pero no le dije nada, no quería parecer una persona enferma de celos, aunque él se dio cuenta.

—No me mires así. El único lugar en el que quiero estar es aquí, contigo, con mis padres y con mis hijos —me dijo, pasando un brazo por mi cuello para acercarme a él.

—Estoy segura de que lo echarás de menos —le dije, casi en un susurro.

—Cuando lo haga, no dudes en que te diré que subamos al apartamento, o que acudamos a alguna de las fiestas, pero te aseguro que tan solo lo haré contigo. Se acabaron las mentiras, los malentendidos y todo lo que pueda suponer un problema entre nosotros dos —me respondió, y supe que lo hacía con sinceridad.

—Te quiero, Ulises —me atreví a decirle, por primera vez.

—Yo te amo, mi vida, como nunca pensé que lo haría —me contestó.

Otra vez de vuelta en la mansión. Cuando llegamos, Juana nos dio un abrazo enorme, y nos dijo que se alegraba por nosotros, que ya era hora de que la felicidad y el amor se hicieran presentes en esa casa.

Medea, por su parte, también se alegró muchísimo, pero noté un poquito de recelo hacia mi persona, sin saber el motivo. Ya hablaría con ella más tarde, para aclararlo todo, pues no me gustaría que hubiera mal rollo entre nosotras, que tan bien nos habíamos llevado desde el principio.

Nuestra asignatura pendiente era Carlos, ese que me abrió las puertas de su casa y de su vida de par en par, y al que Ulises le debía más de una disculpa. Eso fue otra de las cosas que habíamos hablado durante en viaje, y que mi chico había reconocido que se había equivocado con su persona.

Lo invitamos a venir, pues había dejado el trabajo desde que se fue a vivir con Adam, teniendo como ingreso el dinero del alquiler de su casa, que no era una minucia, precisamente, al estar situado en una de las mejores zonas de la ciudad.

—Decidme que estáis juntos, porque ya no me quedan velas que ponerle a San Judas, que es el abogado de lo imposible —nos dijo, en cuanto llegó a la mansión.

—Sí que lo estamos, y por eso te hemos llamado. Queremos que seas el padrino de nuestro hijo —le dijo Ulises, dándole un abrazo.

—Las vueltas que da la vida, tú. Hace un mes, querías partirme la cara y, ahora, me nombras el padrino de tu hijo. Creo que me pasé con las velas, y el santo se ha vuelto loco —dijo Carlos, haciendo que todos estalláramos en una carcajada.

—Te pido mil disculpas por todo, y creo que esta es la mejor manera para hacerlo, teniéndote en nuestras vidas para siempre, como una de las personas más importantes. Siempre te estaré agradecido de como le abriste las puertas a mi chica, como cuidaste de ella durante todo el tiempo en el que yo no era consciente de lo mucho que la quería —le dijo Ulises, mientras Carlos no paraba de llorar de la emoción, y Adam lo miraba de la manera más amorosa.

# Capítulo 34

*Ulises*

Había llegado el día de Nochevieja, y al final, mis padres tampoco pudieron venir, pues tenían la tradicional cena con sus amigos, una que hacían todos los años en su casa y que no se habían acordado de anular, pues no esperaban que nosotros la quisiéramos pasar con ellos.

Nos dijeron que éramos bienvenidos en su casa, pero mover a los niños hasta allí para luego tener que volver, no nos parecía bien, por lo que decidimos que lo pasaríamos los cuatro juntos.

—He pensado una cosa, a ver si te parece bien —me dijo Arabia.

—A ver, sorpréndeme —le contesté, con una sonrisa.

—Pues, como no va a venir nadie a cenar esta noche, y tan solo estaremos los cuatro, he pensado que podríamos comprar unos pijamas navideños y ponérnoslos durante la cena y las posteriores uvas —me dijo.

No es que me hiciera especial ilusión, pues, de siempre, me había pasado esta noche en el club, vestido de chaqueta y arreglado como si fuera a una boda, al igual que todos los asistentes a la cena y fiesta que allí se celebraba. Entendía que ella quería hacer algo en familia, y por eso no dudé en aceptar, pero con una condición, que el pijama no fuera demasiado escandaloso, que no comprara uno de esos que tenían un reno en relieve en el frontal de la camiseta.

Nos pusimos a buscar en internet uno que, además, nos lo trajeran en un par de horas, y encontramos uno que nos gustó a los dos. El pantalón era de cuadritos rojo y gris y la camiseta era gris, con un pequeño dibujo de un papá Noel en el bolsillo que tenía.

Cuando los pijamas llegaron a casa y le dijimos a los niños que cenaríamos de esa guisa, Daniela se partía de la risa, pensando que era broma, y Saúl decía que, en su vida, había cenado en pijama, algo extrañado.

—¿Eso se puede hacer, papá? —me preguntó.

—¿A qué te refieres, Saúl? —le contesté.

—A eso de cenar en pijama. No entiendo que, si se puede hacer, hayamos estado cenando con ropa de calle —me dijo, algo confundido.

Miré a Arabia para que me echara un cable, porque no pensaba cenar todos los días en pijama, por mucha ilusión que a ella le hiciera, la verdad.

—Se puede hacer en ocasiones especiales, Saúl, como esta noche, que no habrá nadie en casa nada más que nosotros cuatro, pues no estará ni el servicio, que nos pudiera ver —le dijo ella, y resultó convincente, pues Saúl no dijo nada más.

Mientras que Arabia se duchaba, yo bañé a Saúl, ayudándolo a vestirse y peinarse, porque una cosa es que lo hiciéramos en pijama y otra muy distinta que no nos peináramos ni nos echáramos colonia, aunque fuera de bebé y no perfume.

Daniela ya estaba casi lista, así que, en esta ocasión, lo hicimos al contrario y, mientras ella ayudaba a mi hija a peinarse y terminar de vestirse, yo me metí en la ducha.

Anteriormente habíamos dejado la mesa puesta entre los dos. Tan solo teníamos que calentar la comida que nos había dejado el servicio de reparto del restaurante hacía una hora, pues ellos también cerraban para estar con sus familias.

Cuando bajé al salón, ya estaba todo allí, dispuesto para servirse. La sopa lucía espléndida en una de las soperas de la familia, y el pavo, junto a las patatas panaderas, estaban en una de las bandejas de la misma vajilla que estábamos usando.

Teníamos viandas para todos los gustos, desde una mariscada hasta los más selectos dulces y turrones, que estaban todos preparados en una mesa anexa a la nuestra, y que sería donde nos tomaríamos una copa y descansaban también las uvas.

Saúl decía que él se las quería comer, pero no las teníamos todas con nosotros, pues eran tan solo las diez y media y ya estaba que se caía de sueño. Al terminar de cenar, se sentó en el sofá, con una mantita sobre las piernas, y terminó quedándose dormido, al igual que su hermana, que lo hizo en la otra parte del sofá.

—Bueno, pues nos hemos quedado solos —me dijo Arabia, mirando a los niños.

—No los voy a subir a la cama, porque lo mismo y, dentro de un rato, se despiertan y se las pueden tomar con nosotros. Si eso no ocurre, pues, de algún modo u otro, empezaremos el año todos juntos —le contesté, tomándola por la cintura para darle un beso en los labios.

—Tienes razón. Dormidos o despiertos, estaremos todos juntos, y eso es lo único que importa —me respondió, correspondiendo mi beso.

Efectivamente, en el momento de las campanadas, los niños seguían durmiendo, por lo que nos las comimos nosotros dos a solas, para después, llevar a los niños hasta la cama, donde les deseamos buenas noches con un beso.

Volvimos al salón, me apetecía pasar más tiempo con ella abajo, y a mi chica le pasaba lo mismo. Estábamos tomando una copa, sin alcohol para ella, por supuesto, cuando escuchamos un ruido en la cocina. Si hubiera estado el servicio en la mansión, no nos hubiéramos alarmado, pero sabíamos que estábamos nosotros solos, así que, nos dispusimos a ver qué era lo que lo había provocado, pero no nos dio tiempo.

—Pedazo de cabrón, has arruinado mi vida y yo pienso acabar con la tuya —escuchamos que decía Abril, desde la puerta del salón.

—¿Cómo has entrado? —le preguntó Arabia, pues la alarma estaba puesta.

—Estúpida, tengo mis contactos, no te creas que eres tú sola la que has accedido a ese apartamento —escupió, y a mi chica se le cambió la cara, pensando que yo la había llevado allí mientras que habíamos vivido juntos.

—Esta mujer no ha estado ahí arriba en la vida, al menos no conmigo —le dije, esperando que me creyera.

—Yo no, pero Victoria, sí —contestó ella, en un tono triunfante.

—¿Victoria te ha dado la clave para acceder desde el ascensor? —le pregunté, pues era algo en lo que no había caído, pues debí cambiar la clave de acceso.

—Digamos, más bien, que un amigo se la ha sacado a la fuerza. Es jodida la tal Victoria, menos mal que con Medea tuve más suerte. ¿Sabes que es lesbiana y que ha pasado por mi cama? Seguro que se le olvidó contarte algo de eso. Lo que hace el despecho —dijo, y Arabia me miró, asombrada.

—Medea te ha dicho la manera de salir de allí y acceder al resto de la casa… —murmuró Arabia.

—Mira, vamos a dejarnos de tonterías que no tengo toda la noche, ni tiempo que perder —dijo, sacando un arma de la parte de atrás de su cuerpo.

—Baja esa pistola, Abril. Si no haces nada y me la entregas, te doy mi palabra de que quitaré la denuncia —le dije, intentando calmarla y convencerla, pero fue en vano.

—No me hagas reír, por favor. ¿Tan ingenua me crees? Pues, lo siento, pero no todas las mujeres somo iguales que ella. Algunas, digamos, que tenemos un poquito más de maldad —me respondió, levantando la pistola.

Fue a dispararme, pero, a pesar de que escuché como se detonaba el disparo, no sentí dolor alguno, hasta que me di cuenta de lo que estaba

sucediendo. Arabia caía al suelo delante de mí, me había protegido con su propia vida, y había resultado herida en el pecho.

—¡No! Mi amor, no te vayas, no me dejes. ¡Socorro! —grité, inútilmente, pues estábamos solos con los niños.

Como pude, cogí el teléfono y llamé al uno, uno, dos, y pedí una ambulancia. Os juro que los minutos se me hicieron eternos, hasta que escuché las sirenas llegar. Sabía que Abril había salido de la casa, pues la puerta de entrada estaba abierta, pero no supe decir hacia donde había ido.

Si le pasaba algo a Arabia, eso sí que no me lo iba a poder perdonar nunca, al igual que si le ocurría algo al bebé que llevaba en su vientre. Cuando llegó la policía, todavía estaba en shock, con ella entre mis brazos y cubiertos los dos de sangre.

Por suerte, teníamos cámaras en toda la casa, por lo que no sería difícil identificar a la persona que lo había hecho y que pagara por ello de la peor forma posible, que era pudriéndose en la cárcel.

—¿Es grave? ¿Le ocurrirá algo a ella o al bebé? —pregunté, mientras los sanitarios continuaban atendiéndola.

—El bebé, de momento, está a salvo, pero se lo confirmarán en el hospital. Con respecto a la herida de bala, tendremos que sacarla, pues no tiene orificio de salida. Hasta que no veamos donde está alojada, no podemos decirle nada — dijo uno de los médicos que la atendían.

Avisé a mis padres, que no dudaron ni un instante en venir corriendo a quedarse con los niños, mientras yo me trasladaba con Arabia en la ambulancia hasta el hospital.

# Capítulo 35

*Ulises*

Llegamos al hospital y me dejaron en la sala de espera, llevándose a Arabia a un quirófano, pues desde la ambulancia habían avisado para que tuvieran uno listo, al igual que un cirujano.

Me quedé allí, llevándome las manos a la cabeza, pues no entendía nada de nada. ¿Nos había traicionado Victoria? ¿Qué tendría que ver Medea en todo esto? Me estaba volviendo loco, hasta que vi aparecer a mis padres, ellos habían avisado a Juana y ella se mantuvo en la mansión con los niños, para que yo no estuviera solo. Avisé también a Jaime y a Nadia, pero no me cogían el teléfono, por lo que opté por enviarles un mensaje y que vinieran para el hospital tan pronto les fuera posible.

**Ulises:** *Jaime, Abril ha disparado a Arabia en casa. Se ha colado dentro a través del ascensor externo. Estamos en el hospital, y no sabemos el alcance de la lesión, te ruego que, en cuanto leas este mensaje, te pongas en contacto conmigo. Nadia no me perdonaría que no la avisara.*

Habían pasado un par de horas hasta que los vimos aparecer. Venían con la ropa de la fiesta, pues no habían pasado ni por casa a cambiarse. Traían la cara descompuesta, pues sabían que la cosa no era tan sencilla y que las secuelas podían ser graves.

—¿Qué ha sucedido? ¿Los dos están bien? —preguntó Jaime, mientras que Nadia no era capaz de articular palabra.

—Ha sido Abril…

Le conté como había ocurrido todo, como había involucrado a Victoria y a Medea. La policía había visto las imágenes de las cámaras y habían lanzado una orden de busca y captura contra ella.

Una hora después de que llegaran Jaime y Nadia, vimos como salía un doctor, bastante manchado de sangre, la verdad, y todos nos asustamos muchísimo.

—¿Familiares de Arabia Contreras? —nos preguntó.

—Nosotros —le dije yo, levantándome para llegar a su altura.

—La operación ha salido bien. No os voy a decir que no ha sido algo complicada, porque sería faltar a la verdad. La bala estaba alojada en la parte baja de uno de los pulmones, y hemos tenido que extraerla con mucho cuidado para no tener que amputar un trozo de pulmón. Con respecto al feto, al hacerlo por laparoscopia no ha sufrido ningún daño. De todas formas, hasta que veamos que reacciona bien, la vamos a mantener en la unidad de cuidados intensivos —nos dijo.

—¿Cuándo podemos verla, doctor? —le pregunté, pues lo único que quería era poder verla y abrazarla, comprobar que se encontraba bien, nada más.

—Hasta dentro de un par de horas no podrá recibir visitas, cuando nos hayamos asegurado de que todo esté bien y la pasemos a planta —nos dijo antes de despedirse.

—Deberíais ir a casa a cambiaros, ya habéis escuchado que tardaremos, al menos, un par de horas en poder verla —les dije a mis amigos, que seguían allí.

—Prométeme que, si hubiera algún cambio, me llamarás de inmediato —me dijo Nadia, y asentí con la cabeza.

—Tú también deberías ir a cambiarte, nosotros nos quedaremos aquí esperando noticias —me dijo mi padre, y miré mi atuendo.

Ni siquiera me había dado cuenta de que estaba todavía con el pijama navideño, que, por cierto, estaba manchado de sangre. Fue todo tan rápido que me monté en la ambulancia tal y como estaba, pues no quería separarme de ella ni un solo momento.

—Ven a casa, estamos más cerca de aquí que la mansión. Yo te dejaré ropa y calzado —me dijo Jaime, y asentí con la cabeza.

—Gracias, amigo, no me encuentro con fuerzas para decirle a mis hijos lo que ha pasado, y que todo ha sido por mi culpa —le contesté.

—No vuelvas otra vez a lo mismo, te lo ruego. Aquí, la única que ha tenido la culpa es la loca esa, que es capaz de cualquier cosa por salirse con la suya. Y pensar que fui yo quien te animó a seguir esa terapia…

—Tú sí que no has tenido ninguna culpa, Jaime. Tú, lo único que querías era hacerme salir de ese agujero en el que estaba metido, nada más. No te fustigues por haberme llevado hasta allí —le dije, en un tono de lo más tajante.

—Si yo no me tengo que sentir culpable, tú tampoco, y hasta aquí llegó la conversación —me respondió, montándonos en el coche para ir a su casa.

Me di una ducha rápida, y me puse un pantalón de algodón azul marino, junto a una sudadera gris y un anorak que me dejó Jaime, al igual que unas zapatillas de deporte, y salí rumbo al hospital, dejando que ellos lo hicieran tranquilamente.

Tomé un taxi allí mismo, pues hasta dinero me tuvo que dejar, ya que no había cogido ni cartera ni nada, tan solo el móvil, y con él no podía pagar al taxista. Me bajé corriendo en la puerta del hospital, dejándole al conductor hasta el cambio.

Justo cuando entraba, volvía a salir el cirujano, esta vez ya duchado y cambiado de ropa, con una sonrisa que me tranquilizó muchísimo, no como la primera vez que había salido.

—Está todo perfecto. Ahora mismo está un poco cansada, pero nada fuera de lo común en estos casos. La doctora Camila, que es la que lleva su

embarazo, está de camino para comprobarlo todo minuciosamente —nos dijo.

—¿Podemos subir a verla ya? —pregunté, aún a riesgo de parecer un pesado, pero era lo único que quería, corroborarlo todo con mis propios ojos.

—En diez minutos ya estará en planta, la habitación es la doscientos tres, podéis esperarla allí si queréis —nos dijo el doctor.

No esperé más, salí disparado por las escaleras, no podía esperar ni al ascensor, como sí que hicieron mis padres. Estaba sentado en la habitación, cuando llegó un celador con la camilla de Arabia, y rompí a llorar como un bebé en el momento en el que me miró y sonrió.

—Dime que estás bien, dime que saldrás de aquí como estabas, o no me lo podré perdonar en la vida —le dije, abrazado a ella.

—Cuidado con los cables, campeón, a ver si la vamos a tener que bajar de nuevo porque le quites alguno —me indicó el celador, y me separé de ella como si me hubieran dado un calambre.

—Ni calvo ni tres pelucas, amor. Puedes abrazarme, pero siendo consciente de lo que tengo conectado —me dijo Arabia, en un amago de sonrisa.

—Lo siento, pero la emoción me ha podido.

—Estoy bien. Afortunadamente, Abril, tenía mala puntería, porque si me da dos centímetros más arriba, otro gallo me hubiera cantado —me dijo ella, tomando mi mano.

—He pasado las horas más angustiosas de mi vida, sabiendo que te podía perder, y no quiero tener esa sensación nunca más. En cuanto salgamos de aquí y estés completamente recuperada, te pienso pedir matrimonio, y espero que me digas que sí —le dije, en un arrebato que me provocó el miedo.

—Amigo, eso más que una declaración de amor ha sonado a amenaza —me dijo Jaime, que entraba, junto a mis padres, por la habitación en ese momento.

—Vete a la mierda, Jaime, que no estoy para tonterías —le respondí, y entonces todo rieron, hasta Arabia, que se resintió en cuanto lo hizo.

—¿Estás bien? ¿Te ocurre algo? —le pregunté, preocupado.

—Vamos a ver, Ulises. Estoy recién salida de un quirófano, tengo los puntos que me tiran con cualquier esfuerzo y, al reírme, me ha tirado de nuevo, nada más. Por favor, no me trates como si fuera una muñequita de cristal.

Estábamos todos allí, cuando entró la doctora con el ecógrafo portátil, tal y como hizo cuando la intervinieron para quitarle el dispositivo intrauterino.

—Me parece estar viviendo un deja vu —dijo ella, sonriendo.

—Camila, gracias por venir. El doctor nos ha dicho que estabas saliente de guardia —le dijo Arabia, y yo asentí con la cabeza.

—Bah, no te preocupes, así me mantengo despierta hasta la noche, o me cambiaría el horario del sueño —nos respondió.

Preparó todo y empezó a pasar el ecógrafo por su vientre, tomando medidas y activando el altavoz para que escucháramos el sonido del latido de su corazón, que sonaba tan fuerte como era ese pequeño, que, todavía no había nacido y ya estaba demostrando que era un auténtico guerrero.

—¿Sabemos ya el nombre que le vais a poner? —nos preguntó Camila, recogiendo todo.

—Si a su madre le gusta, se llamará Einar, que significa guerrero, que es lo que está demostrando ser —dije, y vi como Arabia sonreía.

—Me encanta ese nombre, pues lo único que pido para su nombre es que no tenga diminutivo y que no sea por nadie de la familia, ni vivo ni muerto, y ese cumple todos los requisitos —me dijo mi chica, apretando mi mano, que tenía entrelazada con la de ella, mientras me sonreía.

# Capítulo 36

*Arabia*

Fue un susto tremendo el que nos llevamos aquella noche, pero, por suerte para todos, no fue más que eso, un susto. Podía haber sido una verdadera tragedia, tanto si le hubiera dado a Ulises como si me hubiera dado un poquito más arriba a mí.

No me lo pensé, en cuanto vi que levantaba la pistola con intención de dispararle a mi chico, me puse delante de él, llevándome yo el impacto. ¿Por qué lo hice? Pues muy sencillo, porque él tenía a dos hijos que lo necesitaban, y que no podían perder también a su padre como hicieron con su madre.

Estábamos ya en casa. Al final, había renunciado a mi puesto de trabajo, pues los niños de mi tutoría no tenían la culpa de mis ausencias, y ellos necesitaban a una persona que estuviera siempre con ellos, no hoy una y mañana otra, que los desestabilizaba de una manera brutal.

Era la noche de los Reyes Magos, y no podía ir a ver la cabalgata con los niños, pues todavía estaba muy resentida de la operación, pero no quería que ellos se quedaran sin verla, por lo que le dije a Ulises que los llevara él.

—¿Estás segura? Los niños pueden verla por televisión, que no les va a pasar nada —me dijo mi chico.

—No sería justo, Ulises. Esta es la noche más especial del año, sobre todo para los niños. Yo estaré bien, te lo prometo —le contesté.

—Aviso a mis padres para que se queden aquí, contigo.

—Por favor, no me seas más ridículo, Ulises, que no me va a pasar nada. Además, Juana está aquí, ella no se va esta noche, me sentaré con ella en la cocina —le dije.

—Con cualquier cosa, me llamas, por favor —me dijo, antes de salir.

Tal y como dije, me fui con Juana a la cocina, donde nos sentamos ambas ante una taza de leche con cacao, calentita, y un croissant que acaba de sacar del horno.

—Esto tiene una pinta exquisita, Juana —le dije, tras darle un bocado al dulce.

—Está mal que yo lo diga, pero me salen de muerte —me respondió ella.

Nos pusimos a charlar, hasta que recibí una llamada de mi futura suegra, Maya, que no dudé en atender.

—Hola, preciosa. ¿Cómo te encuentras? —me preguntó, pero algo en su tono de voz me alarmó.

—Bien, bien, ¿qué ocurre? —le contesté, haciéndole saber que no me la había colado, pues estaba demasiado nerviosa.

—Verás, no sé como contarte esto, pero no quiero que pienses que yo lo sabía y no te he dicho nada. Ulises me llamó hace un rato, para dejarme a los niños y que Víctor los llevara a ver la cabalgata. Él había recibido una llamada de Abril, que lo había citado en no sé qué club al que iban mi hijo y Jaime, para hablar con él, y ha ido para allá —me dijo, y un escalofrío me recorrió la espalda.

¿Sabéis esa sensación que entra de repente y qué te dice que algo no va bien? Pues así era como yo me sentía, y no lo dudé.

—Tengo que salir un momento. Ulises me necesita —le dije a Juana, que vio como mudaba mi rostro mientras hablaba con Maya.

—Mi niña, no puedes salir, estás convaleciente todavía —me dijo Juana, intentando retenerme.

—No iré sola, no te preocupes.

Me fui hasta nuestra habitación, donde me puse unas botas y un chaquetón, pues el frío se notaba bastante. Mientras que lo hacía, llamé a Jaime, luego lo haría con Carlos, para que me acompañaran a ver qué era lo que estaba sucediendo.

—Jaime, es Ulises. Abril lo ha citado en el club y ha acudido —le dije en cuanto me contestó a la llamada, intentando resumir todo lo máximo posible.

—¿Tu novio es gilipollas? Voy ahora mismo para allá.

—Espérame en la puerta, porque no me pienso quedar aquí, esperando noticias.

—Es inútil intentar convencerte, ¿verdad? —afirmó.

—Por supuesto, así que no pierdas el tiempo en intentarlo —respondí.

—Vale, dame diez minutos y te recojo, me coge de camino. Ve avisando a Carlos, cuantos más seamos, mucho mejor.

Eso hice, avisé a Carlos, que maldijo la situación en idiomas que no sabía ni que existían, pero me dijo que nos esperaba allí, ya que la casa que compartía con Adam estaba a menos de quince minutos de la mansión del club.

Justo colgaba la llamada, cuando un claxon sonó en la puerta de la mansión, era Jaime, que venía junto a Nadia, pues ella tampoco se pensaba quedar de brazos cruzados.

Me monté en el coche lo más rápido que pude, pues todavía me tiraba la herida bastante, a pesar de ser de tan solo cinco puntos, y sumado a la barriga del embarazo, que había salido de golpe, me imposibilitaban moverme con agilidad.

—Entraremos nosotros, y vosotras dos os esperareis en el coche —nos dijo Jaime en cuanto llegamos, y refiriéndose a él a Carlos y a Adam.

—No te lo crees ni tú, chaval. Como mucho, nos esperaremos en la zona del bar, y todo dependerá de lo que nos encontremos dentro —le dijo Nadia, que sabía que yo no iba a consentir eso que me estaba proponiendo.

—Está bien, pero entrareis detrás nuestra, no sabemos lo que nos podemos encontrar.

—Yo he avisado a la policía, deben estar de camino —nos dijo Adam, que había sido más previsor que todos nosotros juntos.

—Joder, no había caído en eso. Pero vamos, no tenemos tiempo que perder y la policía tardará todavía un buen rato —dijo Carlos, que le había cogido un gran cariño a Ulises.

Entramos y todo parecía estar en calma, pues ni siquiera el portero estaba en su puesto, y eso sí que nos escamó un poco a todos.

—Quedaos aquí, que nosotros vamos a inspeccionar el club —dijo Jaime, pero me di cuenta de que había alguien tirado en el suelo.

—Mirad allí —les señalé.

Cuando llegamos, pudimos comprobar como eran dos las personas que yacían inconscientes en el suelo, el portero y uno de los camareros, que estaban reducidos y amordazados.

—Ocupaos de ellos, ahora venimos —nos dijo Carlos, llevándose a Jaime y a Adam con él.

Entre las dos, les quitamos la mordaza y las cuerdas que los ataban, les fuimos echando agua en la cara, poco a poco, hasta que conseguimos que despertaran.

—¿Estáis bien? —pregunté, susurrando, porque no sabíamos si habría alguien más cerca.

—Están en la segunda planta, me quitaron las llaves antes de dejarme inconsciente —nos dijo el portero.

—Joder, mientras que inspeccionan la primera planta van a perder un tiempo muy valioso —dijo Nadia, que se levantó dispuesta a ir a donde habían dicho esos chicos.

—Espera, que nosotros vamos con vosotras —nos dijeron.

Les envié un mensaje a través del móvil de Carlos, para que no perdieran el tiempo y nos dieran el encuentro.

**Arabia:** *Están en la segunda planta, nos vemos allí.*

Vi como los dos tics salían azules, señal de que lo había leído, y no esperé respuesta, pues subimos todos juntos. Al llegar allí, la puerta estaba cerrada con llave, con la misma que le quitaron al portero.

En esa segunda planta se practicaba el sexo más extremo, por eso, quien la quisiera utilizar, tenía que pedir la llave, de la que quedaba un registro, por si en alguna ocasión a alguno de los participantes se les iba la mano, como ya había ocurrido una vez.

Nos podíamos esperar lo peor, y con esa idea en mi mente me dispuse a entrar en cuanto que llegaron Jaime y Carlos, que rompieron la puerta de entrada de una patada, reventando las bisagras que la sujetaban a la pared.

Al entrar, solté un grito, pues la imagen era realmente espeluznante. En la cruz de San Andrés se encontraba Victoria, completamente desfigurada de la paliza que le habían dado. Ahora entendía las palabras de Abril, cuando dijo que un amigo le había sacado las palabras, pero no había ni rastro de Ulises.

—Deben estar en la segunda sala —dijo Jaime, que salió corriendo hasta donde se suponía que se encontraba Ulises.

Cuando vi la cara de Carlos y de Adam, supe que estaba allí, pero no en las mejores condiciones, así que me dispuse a ver lo que había allí dentro, pero no me lo permitieron.

—¡Llévatela abajo, Nadia! —gritó Jaime, y Nadia me sujetó, pues gritaba que quería ver a mi chico, que me dejaran hacerlo.

—No puedes, Arabia, sería muy perjudicial para tu embarazo —trataba de convencerme Nadia.

—Tengo que verlo, Nadia. Déjame, por favor —le decía, llorando.

En ese momento llegó la policía, que habían atrapado a Abril y a sus secuaces en la parte trasera de la mansión que albergaba el club, intentando escapar. Una ambulancia venía con ellos, pues se esperaban que algo así se podrían encontrar, pero una no sería suficiente, la cosa era demasiado complicada allí dentro.

# Capítulo 37

*Ulises*

Al salir de mi casa con los niños recibí una llamada de un número desconocido. Pensando que podía ser de la policía, la atendí, pero no podía estar más equivocado, pues era Abril la que llamaba.

—Tengo unos videos tuyos algo comprometidos manteniendo sexo en el club. Si no quieres que salgan a la luz y arruinen tu reputación, te espero dentro de una hora en el club, vamos a llegar a un acuerdo —me dijo.

—Allí estaré —respondí, cortando la llamada.

Os pensareis que estaba loco o gilipollas perdido, pero lo cierto era que quería tenderle una trampa y que la policía la pillara allí, por lo que llamé a mi madre para que se quedara con los niños y yo poder llevar a cabo mis planes.

Avisé al inspector de policía que llevaba el caso, que no se encontraba en la comisaría en ese momento, pero al que le dejé el recado, remarcando que era urgente, y me dispuse a ir a donde me estaba esperando Abril.

Al llegar, algo me llamó la atención, y era que el portero no estaba en su puesto, pero supuse que habría ido al baño o a revisar cualquier otra cosa. No me dio tiempo a nada más, pues alguien me dio un golpe seco en la cabeza, dejándome inconsciente en el acto.

Cuando me desperté, me encontraba en la segunda planta del club, aquella a la que tan solo había subido una vez, pues que era demasiado extrema para mí, pero que no dudé en reconocer.

Me encontré atado de pies y manos, imposibilitando mi movimiento, y vi cómo, en la misma habitación que yo, se encontraba Abril con dos tipos que parecían dos armarios empotrados.

—Ya se despertó la bella durmiente, chicos —dijo ella, con cierta sorna.

—Suéltame, Abril. ¿No querías llegar a un acuerdo? Pues esta no es la manera de hacerlo, te lo aseguro —le dije furioso, por encontrarme en inferioridad de condiciones.

—No estás en condiciones de exigir nada, Ulises. Si te hubieras quedado calladito y quieto en su momento, no nos encontraríamos ahora en este punto.

—Claro, y así tú podrías seguir haciendo lo que te diera la gana con tus pacientes, actuando de manera impune…

No me lo vi venir, pero uno de sus secuaces me dio una patada en el estómago que me dejó doblado de dolor, casi sin poder respirar. Esa fue la primera de muchas, pues, a las órdenes de Abril, ambos empezaron a propinarme puñetazos y patadas por todo el cuerpo, dejándome inconsciente en el suelo de aquella habitación, sangrando por todas partes.

En un determinado momento, sin saber el tiempo real que había pasado, escuché los gritos de Arabia, y supe que me habían encontrado. Durante el tiempo que permanecí consciente y en el suelo, en un charco de sangre, temí por mi vida.

Por mi cabeza pasaron todas esas palabras que no les había dicho ni a mi chica ni a mis hijos, el temor a no ver nacer a mi hijo Einar, hizo que se me encogiera el corazón. ¿Qué sería de Saúl y Daniela sin ninguno de sus progenitores? ¿Se haría Arabia cargo de ellos una vez que yo no estuviera? Porque mis padres, aunque los querían con todo su corazón, ya eran mayores y no estaban para bregar con dos niños de cinco y siete años.

De nuevo perdí el conocimiento, y cuando desperté, estaba en una habitación de hospital, rodeado de máquinas y cables. ¿Cuánto tiempo había pasado desde que me dieron esa paliza?

—Agua… —pedí, casi sin que me saliera la voz, y escuché a Arabia sollozar.

—Voy a avisar al doctor, ahora mismo vengo —dijo, saliendo de la habitación a la velocidad de un rayo.

En un momento me vi rodeado de médicos y enfermeros que no paraban de mirar las máquinas y de hablar entre ellos. Habían dejado a Arabia fuera, pero, antes de irse, me di cuenta de que su vientre estaba mucho más abultado que el día anterior, cuando la dejé en casa antes de salir con los niños.

—Señor Salmerón, ¿qué tal se encuentra? —me preguntó uno de los médicos.

—Cansado, con sed y algo aturdido —le contesté.

—Es normal después de haber estado tanto tiempo en coma —me respondió, y lo miré extrañado.

—¿En coma? ¿Cuánto tiempo he estado ausente? Que yo recuerde, todo sucedió ayer, mientras iba a ver la cabalgata con mis hijos —les dije.

—El accidente ocurrió hace ya más de tres meses, casi cuatro, señor Salmerón —me dijo otro de los médicos.

—¿Cuatro meses? Entonces, mi novia está a punto de dar a luz…

—Pues sí, de hecho, ya está cumplida, puede parir en cualquier momento —me dijeron.

Me había despertado justo a tiempo de ver nacer a mi hijo, y eso se lo tenía que agradecer al cielo, pues ya me había perdido demasiadas cosas durante el embarazo, otra vez, aunque, en esta ocasión, había sido por un motivo completamente ajeno a mi voluntad.

Una vez me realizaron todas las pruebas pertinentes, empezaron a desconectarme de las máquinas, y me dijeron que, esa misma tarde, empezaría con la rehabilitación de mis piernas, para que cogiera fuerza pronto y poder levantarme lo antes posible.

—Póngame sesiones intensivas, doctor, tengo que estar de pie para sostener a mi hijo cuando nazca —le dije al médico, y soltó una carcajada.

—Tranquilo, Hulk, que todo lleva su tiempo y no creo que lo consigas antes de que tu mujer dé a luz —me respondió, con una sonrisa.

—Eso ya lo veremos —le contesté, pues no había cosa que me pusiera más que un reto. No me gustaba perder ni a las chapas.

Yo mismo me puse a doblar las piernas, comprobando que podía moverlas, y haciendo así algo de ejercicio por mi cuenta.

—Dime que todo ha ido bien, mi amor. Siento haberme perdido todos estos meses —le dije a mi chica, cuando entró en la habitación de nuevo.

—Todo ha ido perfecto, no te preocupes, tan solo que Einar estaba esperando a que su padre despertara para salir al mundo exterior —me contestó, con una sonrisa.

—¿Qué ha ocurrido con Abril y sus secuaces? ¿Los han cogido? —pregunté, temiendo su respuesta.

—Lo hicieron ese mismo día, en la parte trasera del club. No era la primera denuncia que tenía por hacer eso, lo que ocurría era que, después de extorsionar a los otros pacientes con videos que había grabado ella en su consulta, todos terminaban retirando la denuncia. Ahora, con todas esas pruebas, ya se la ha juzgado, y le han caído un buen puñado de años de condena —me dijo, pero supe que había algo que me estaba ocultando.

—Dime lo que me estás ocultando —le dije, dándolo por hecho.

—Es Victoria… la encontraron en la cruz de San Andrés, en una situación bastante grave. Falleció al día siguiente, en el hospital, pues llevaba varios

días allí, sin recibir auxilio. Ella no te traicionó, Ulises, la torturaron para que hablara —me dijo, y os juro que me entró de todo por el cuerpo.

—No puede ser…

—Por ese asesinato le han caído veinte años más. No va a volver a ver la calle hasta que sea una anciana, eso si no se quita la vida antes ahí dentro, porque ha demostrado que no está bien psíquicamente. Es más, ni siquiera era psicóloga, se hacía pasar por una para llevar a cabo sus maldades, aprovechándose de la vulnerabilidad de los pacientes —me contó.

Por una vez, no me sentí culpable de lo que le había ocurrido, pues había sido cosa de la maldad de esa mujer, de Abril. Justo estábamos hablando, cuando vi que Arabia se doblaba de dolor, y noté como se formaba un charco a sus pies.

No sé si fue el miedo que sentí en ese momento, la adrenalina o cuál fue el motivo, pero el caso es que, sin pensarlo, me levanté de la cama, y salí al pasillo a buscar ayuda.

—¡Mi mujer se ha puesto de parto! —exclamé en medio del pasillo.

—Vaya, señor Salmerón, al final sí que va a estar de pie cuando nazca su hijo —me dijo el doctor que me había atendido antes, mirándome completamente asombrado.

Miré mis pies descalzos y me di cuenta de que era cierto, estaba de pie y había salido andando sin pensarlo, por lo que solté una carcajada.

—Métete en la cama, Ulises, que te acabas de despertar —me dijo Arabia, que se la llevaban para paritorio.

—No te lo crees ni tú. Ya me he perdido bastante, y no pienso perderme el nacimiento de mi hijo menor —le dije, y me dispuse a irme con ella, con la bata del hospital y el culo al aire, pues me quedaba demasiado corta, pero me daba absolutamente igual.

—Estás loco, ¿lo sabes? —me dijo ella.

—Por ti y por mis hijos. Tengo tantas cosas que deciros a todos que, cuando empiece, me van a faltar horas para poder callarme.

# Capítulo 38

*Arabia*

No me podía imaginar que un parto era algo tan malísimo como eso. Llevaba ya cinco horas de parto, y aquello no tenía fin. Había dilatado casi en su totalidad, pero mi niño estaba tan a gusto ahí dentro que, cuando yo intentaba sacarlo, él ponía los puños y se volvía a meter, haciendo que todo mi trabajo de parto fuera en vano.

—Venga mi amor, que esto ya casi está —me decía Ulises, tomando mi mano.

—No me digas eso que soy capaz de retorcerte las pelotas. Una caricia va a ser la paliza que te dieron como yo te coja por banda —le dije, presa del dolor y la desesperación.

—A ver que yo vea como va todo — dijo la doctora Camila, que negó con la cabeza.

—Hay sufrimiento fetal, así que vamos a sacarlo con los fórceps —le dijo una de las enfermeras.

—Llevadla a paritorio, yo me encargo —le respondió, mientras que ella asentía.

Todavía me encontraba en la sala de dilatación, donde me tenían monitoreada, y me trasladaron al paritorio, tal y como había dicho la doctora.

—Ulises, tápate el culo, hazme el favor, que estás distrayendo a todo el personal —le dijo Camila, con una sonrisa.

—No me pienso mover de aquí hasta que nazca mi hijo, así que, si quieres que no se me vea el culo, no dudes en darme un pantalón de pijama —le respondió él.

Durante los primeros meses de embarazo y, sobre todo, los días siguientes a que me revisara cuando el disparo, se forjó una bonita amistad entre mi ginecóloga y mi chico, con una confianza que rozaba la indecencia, de las cosas que se decían. No penséis mal, que no había doble intención por ninguna de las dos partes, pues Camila era lesbiana, y tenía una relación con su enfermera desde hacía muchos años, siendo algo que ya estaba más que consolidado.

Un diecisiete de abril venía al mundo mi hijo Einar, con una cabeza de pelo negro como la de su padre y unos ojos verdes como los de su abuela Maya. Nació con cuatro kilos doscientos cincuenta gramos y cincuenta centímetros, mucho más grande de lo que sería normal en un recién nacido. Llegó al mundo con fuerza, llorando a pleno pulmón, hasta que me lo pusieron en el pecho.

Cuando lo tuve ahí y me miró, no os puedo describir con palabras lo que sentí en ese momento, pero sí que supe que mi corazón ya no me pertenecería nunca más, pues me lo había robado mi hijo con tan solo una mirada. Agarró mi dedo de una forma que nos sorprendió a todos, por la fuerza con que lo hizo.

—Eres una campeona, mi amor. Te juro que, a partir de este momento, no me volveré a perder nada más de la vida de mis hijos. Y a ti, mi vida, eres, junto a tus hermanos y tu madre, lo más valioso que tengo y te prometo que no se me olvidará nunca —nos dijo a los dos, dejándonos un beso a cada uno.

—Mami, el pediatra se va a llevar al niño para hacerle la revisión correspondiente. Te lo devolverá dentro de un ratito —nos dijo la doctora, que nos miraba con una sonrisa.

Me subieron a planta una hora después, y algo más tarde, trajeron al niño. Ulises movió todos los hilos para que nos pusieran a ambos en la misma

habitación, pues decía que no quería romper su promesa cuando acababa de hacerla.

—¿Dónde está lo más bonito de su tío? —dijo Carlos, que entraba con Adam por la puerta de la habitación, cargado de cosas para el bebé.

—¿Te has vuelto loco? ¿Dónde vas con todo eso a cuestas? —le preguntó Ulises, al verlo entrar.

—Tú, más vale que te calles. El susto que nos diste no te lo voy a perdonar en la vida. Además, no quieras tener todo el protagonismo, que ya lo has tenido durante mucho tiempo, ahora no es tu momento, es el de Einar —le dijo Carlos, casi sin respirar, causándonos una risa a todos.

—Vale, vale, no me pegues, que no te pega nada ser tan agresivo —le contestó Ulises, sin poder parar de reír.

—Voy a dejar todo esto por alguna parte, y ahora voy a ver a mi niño.

¿Os podéis imaginar a un hombre tapado por completo por globos, peluches y cesta de pañales? Pues así venía Carlos. Estaba echándole la bronca a Ulises sin que se le pudiera ver la cara, lo que todavía era más gracioso.

Lo dejó todo en un rincón de la habitación y, cuando pensábamos que eso era todo, apareció Adam con otro montón de cosas, pero esta vez para mí.

—Todo para el niño y nada para la madre no podía ser, por eso he pasado antes por el centro comercial que está ahí enfrente —dijo Adam, dejando en el poyete de la ventana todo lo que traía.

—Di que sí, y al padre que le den por culo —dijo Ulises, utilizando unas palabras y una manera de hablar que no le habíamos escuchado en la vida.

—Para eso me ofrezco voluntario, que mi chico no se enfada, sabe que eres mi crush —dijo Carlos, y soltamos todos una carcajada.

—Mejor déjalo, que me quedo como estoy. Lo que me faltaba a mí era eso, para terminar de joderme, y nunca mejor dicho.

—Jefe, últimamente estás de un ordinario que no te conocemos —replicó Carlos.

—¿Sabes para qué me ha servido todo esto que ha pasado? Pues para entender que la vida hay que vivirla tal y como viene, y dejar de estar tan encorsetado. Me he propuesto que, cuando salga de aquí, seré un nuevo Ulises, más dispuesto a disfrutar de todo lo que la vida me ponga por delante —dijo, y supe que hablaba en serio, sobre todo por el brillo que tenía en su mirada.

—Pues por eso mismo, que mejor que disfrutar de un buen hombre como yo —siguió Carlos con la broma, haciéndonos reír a todos.

En ese momento, el niño empezó a llorar, y su tío Carlos no dudó en cogerlo en brazos y traérmelo hasta la cama, donde me lo puso entre los brazos para que pudiera darle de comer, pues era un glotón de cuidado.

Dos días habían pasado desde ese momento, y habían venido a darnos el alta, tanto a Ulises como a nosotros, y ya podíamos volver a casa. Allí estaba todo listo para nuestra llegada, y hasta la habitación del bebé estaba lista, y era la que estaba en medio de las de sus hermanos, aquella que ocupé yo cuando llegué a la mansión.

Nos sentamos todos en el salón, donde Juana y la chica nueva de servicio habían preparado un ágape para todos. En un momento determinado, Ulises se levantó, y se puso a mi lado, tomando mis manos.

—Quiero deciros unas palabras a todos, pero me vais a permitir que, primero, se lo diga a mi chica…

Arabia, antes de llegar a mi vida me encontraba perdido, no sabía que el amor era tan poderoso como para mover el mundo, y contigo lo he aprendido. No solo ha sido el amor que surgió entre nosotros dos, sino también hacia mis hijos, hacia los tres. Por todo ello, me gustaría preguntarte algo —me dijo, y sacó una cajita de su bolsillo —Mi amor, ¿me harías el honor de convertirte en mi esposa, en pasar conmigo el resto de mi vida?

—Sí quiero, mi vida. Para mí sería todo un sueño convertirme en la esposa de un hombre como tú. Te amo —le dije, levantándome para darle un beso.

—Espero que yo sea algo importante en esa boda, porque, si no te la llego a enviar cuando contactaste con la agencia, no la tendrías en tu vida —dijo Nadia, haciéndose notar y rompiendo el beso.

—Ella, como siempre, adelantándose a los acontecimientos. ¿No puedes estar calladita un ratito, mona? —le contestó Ulises, que también tendría unas palabras para ella.

—Es que no puedo. Ya sabes que, si fuera muda, reventaba, no lo puedo remediar, lo siento.

—Las siguientes palabras son para Jaime y Nadia. A mi amigo le tengo que dar las gracias por estar a mi lado, siempre, sin juzgarme, sin hacer preguntas, tan solo dándome su apoyo, como si fuera mi hermano. A su chica, darle las gracias por ponerme por delante al amor de mi vida, si no fuera por ti, en estos momentos no sería tan feliz como soy…

—Ole, ole y ole. Te como esa cara. Te diría que te como los huevos, pero correría peligro mi vida, tanto por tu amigo, como por tu prometida, que es capaz de sacarme de aquí de una patada en el culo —le dijo, y el otro aprovechó para picarla un poquito, sabiendo que los niños no estaban allí.

—Pues yo tengo entendido que en el club sí que te comparte, al igual que tú lo compartes a él.

—Eso era antes, desde que nos fuimos a vivir juntos, como una pareja, eso se terminó. Ahora solo somos el uno del otro, nada más —le contestó, con carita de pena.

# Capítulo 39

*Ulises*

Volvíamos a vivir la Navidad otro año más, pero este sería más especial que el anterior, si es que eso era posible. ¿El motivo? Pues que celebraríamos nuestra boda, y no lo haríamos en cualquier lugar, sino que habíamos vuelto al pueblo de Papá Noel para hacerlo.

No queríamos una boda multitudinaria, tan solo estaríamos los nuestros, los mismos que estuvimos la última vez, a los que se habían sumado también Carlos y Adam. Aprovecharíamos para bautizar también al niño.

Como era normal, el frío era espectacular, pero no era un impedimento para cumplir nuestro sueño. Nuestros testigos serían Papá y Mamá Noel, pues se lo dijimos en el mismo momento en el que llegamos allí, y aceptaron encantados.

—Vamos, papá, que mamá ya estará a punto de salir de su cabaña. ¿No querrás que ella llegue antes que tú? —me dijo Daniela, que estaría conmigo en el altar, junto a mi madre.

—No, antes tenemos que llegar nosotros —le dije, cogiéndola en brazos y corriendo hasta la pequeña ermita en la que nos casaríamos, y que no estaba muy lejos de donde nos alojábamos.

Habéis leído bien, Daniela y Saúl se dirigían a Arabia como mamá. Una tarde, cuando estábamos en casa, los oímos hablar, diciendo que, si su

hermano Einar llamaba mamá a mi chica, si ellos la llamaban por su nombre lo podían confundir. En realidad, estaban deseosos de llamarla así, pues para ellos era su madre, aunque no los hubiera parido.

—Daniela, Saúl. ¿Queréis que yo sea vuestra segunda madre? —le preguntó Arabia, que los había oído al igual que yo.

—No serías nuestra segunda madre, Arabia, serías nuestra madre, sin más. No es que yo no recuerde a la nuestra, pero es que tampoco sentimos que nos quisiera como lo haces tú, tanto con Einar como con nosotros —le contestó Daniela, que era demasiado madura para su edad.

—Cuando papá estuvo malito en el hospital, tú eras la que te encargaste de nosotros, nos llevabas al colegio, nos recogías, nos leías cuentos, y eso, mi madre no lo hizo nunca —le dijo Saúl que, a pesar de que era demasiado pequeño cuando su madre murió, lo recordaba a la perfección.

—No se hable más, llamadme como os salga del corazón. Pero también os quería preguntar otra cosa. Cuando vuestro padre y yo nos casemos… ¿queréis que yo os adopte y así llevar los mismos apellidos que vuestro hermano? —les preguntó, sin haberme consultado nada, pero no me importó, lo único que lo hacía era que mis hijos estuvieran felices, y si eso era motivo para ello, no pondría impedimento alguno.

Saúl empezó a llorar y Daniela la abrazó de inmediato, por lo que empezamos ese día con los trámites. Queríamos que, el día de la boda, ese fuera nuestro regalo para ellos, que fueran hijos de Arabia de pleno derecho, pues se lo había ganado con creces.

Habíamos llegado hasta la ermita, donde, a los pocos minutos, llegaron los demás, a excepción de Carlos, que sería quien entregara a mi chica en el altar. Mi madre no se pudo reprimir, y vino hasta donde estaba yo, para ponerme todavía más nervioso.

—No te puedes imaginar lo bonita que viene Arabia, parece un ángel caído del cielo —me dijo.

—Gracias, mamá, era justo lo que necesitaba para tranquilizarme —le respondí.

En ese momento la música empezó a sonar y, al girar la cara hacia la puerta, la vi y no pude evitar que las lágrimas corrieran por mis mejillas. Arabia llevaba un vestido de corte sirena, en blanco roto, que se ceñía a sus curvas como una segunda piel. Por arriba no sabía cómo era, porque sus hombros venían tapados con una estola de pelo del mismo color. Su cabello lo llevaba recogido en una coleta alta, y casi no llevaba maquillaje, tan solo un poco de máscara de pestañas y un labial en rojo que hacía que su boca luciera de lo más apetecible.

—Estás espectacular, mi amor —le dije, sin poder quitarme la sonrisa de la cara.

—Cuando me quite el chal, me lo dices de nuevo —me dijo, guiñándome un ojo.

La ceremonia fue de lo más emotiva, donde nos dijimos unas palabras que nos salieron del corazón y que provocó que todos los asistentes dejaran salir sus lágrimas sin control. Después de eso, fuimos a celebrarlo a una de las cabañas que habíamos alquilado, en concreto la de mis padres, que era la más grande, y donde se quedarían los niños, pues no pensábamos renunciar a nuestra noche de bodas.

El ágape fue encargado a un catering, que lo dejó todo listo para cuando nosotros llegáramos. La comida caliente estaba bajo unas lámparas de infrarrojos, para que no se enfriara. Todo lo demás, se encontraba en varias mesas, separados los alimentos según fueran dulces o salados.

Cuando Arabia, mi ya esposa, se quitó el chal que llevaba, me dejó con la boca abierta, pues, para nada me esperaba que el vestido fuera así por la parte de arriba. Tenía un escote en V que le llegaba casi hasta el ombligo, y sujeto por una fina tela de tul. Los tirantes eran dos hilitos tan finos que casi ni se veían, y que se cruzaban en la espalda, que estaba completamente al descubierto hasta casi el final de la espalda.

—¿Qué me tienes que decir ahora? —me preguntó, con una sonrisa de lo más pícara.

—Que comas rapidito, porque en menos de media hora, te cargo al hombro y nos vamos —le dije, consiguiendo que soltara una carcajada.

Tras el nacimiento de Einar decidimos que, con tres hijos, ya teníamos bastante, por lo que me sometí a una vasectomía, ya que ella decía que no pasaba por el quirófano ni por la puerta, que ya había tenido bastante. De ese modo, podíamos disfrutar de nuestros cuerpos sin poner ninguna barrera, pero también sin arriesgarnos a encontrarnos con otro embarazo por sorpresa.

—¿Te has fijado en que Nadia lleva toda la noche bebiendo refresco? —me preguntó Ulises, con una sonrisa.

—No solo toda la noche, lleva así desde que hemos llegado. Me parece que, en esta ocasión, le ha tocado a otro ser papá —le respondí.

Tal y como él le dijo a mi amiga, si fuera mudo, reventaba, por lo que no dudó en hacerle esa pregunta, pero lo hizo bien en alto, para que se enteraran todos.

—Nadia, ¿tienes algo que contarnos? Porque, una de dos: o nos tienes que decir que estás embarazada o tienes un problema de estómago, y esto último no me cuadra —le dijo, y vi como ella sonreía mientras Jaime la miraba con la boca abierta.

—¿Es eso cierto, amor? ¿Vamos a ser padres? —le preguntó su chico, con ilusión.

—Eres un bocazas, Ulises Salmerón, que lo sepas. No quería eclipsaros el día, y lo pensaba decir mañana, el primero a mi chico, pero como siempre, metiendo la pata —le dijo, pero con una sonrisa en los labios.

Su chico la cogió en brazos, dando vueltas con ella por todo el salón, riendo a carcajadas, pues llevaban varios meses intentándolo sin conseguirlo.

—¡Yuju! ¡Vamos a tener un primito! —dijo Saúl.

—No, no, de eso nada, que ahora toca chica, que sois dos contra una. ¿Verdad, tía Nadia? —le preguntó a mi amiga.

—Ay, mi amor, eso no se puede elegir, pero haré todo lo posible para que así sea —le respondió la otra.

—Bueno, pues como ya no hay motivos para no eclipsar esta boda, nosotros también tenemos algo que contaros. ¡Nos casamos! —dijo Carlos, enseñando su anillo.

Durante unas horas, estuvimos disfrutando de la familia, pero también queríamos hacerlo de nosotros, por lo que, disimuladamente y sin decir ni adiós, nos marchamos a nuestra cabaña, que nos esperaba con una alfombra delante de la chimenea, dos copas de champán y el fuego encendido.

No nos hicieron falta palabras, nos miramos a los ojos y nos lanzamos el uno al otro. Éramos como dos imanes que se atraían, aun siendo polos opuestos. La chimenea fue testigo de nuestra pasión, pues fue lo que derrochamos desde el primer instante.

Nuestra ropa quedó regada por todo el salón, hasta estar completamente desnudos, derrochando el amor que nos teníamos en forma de besos y de caricias, hasta el punto de hacernos ambos un solo cuerpo. El champán fue el encargado de paliar la sed que sentíamos después de hacer el amor, pues nos prometimos amor eterno en cada caricia que nos dábamos, en cada beso que regó nuestros cuerpos por parte de ambos.

—Te amo —me dijo Arabia después de alcanzar el enésimo orgasmo.

—Yo te amo más que a mi vida. No me dejes nunca, vamos a hacernos viejecitos el uno al lado del otro, te lo prometo —le contesté, sellando nuestro acuerdo con otro beso.

# Epílogo

*Arabia*

*Diez años después…*

Nuestro matrimonio se había hecho más fuerte cada día que había pasado. No os voy a decir que fuera un camino de rosas, porque no lo fue, como no lo era ningún matrimonio.

Pasamos por momentos muy buenos, como ver crecer a nuestros hijos, hacernos una piña y enfrentar todo lo que nos impuso la vida, remando juntos en la misma dirección. Pero también tuvimos nuestros malos momentos, como cuando Víctor nos abandonó sin previo aviso. Fue un duro palo para todos, pero en especial para Ulises, ya que perdió a la persona que más admiraba en el mundo.

Nuestro único consuelo fue que no sufrió. Una noche se acostó a dormir y, a la mañana siguiente, ya no despertó. Fue un infarto fulminante, por lo que no sintió absolutamente nada. Cuando recibimos la llamada de Maya para contarnos lo que había pasado, pensé que mi marido no lo superaría nunca. Se sumió en una espiral de tristeza de la que costó sacarlo, pero lo conseguimos.

Nuestros hijos habían crecido fuertes y sanos, y eso era lo primordial en la vida. Daniela tenía ya casi dieciocho años, y empezaba a estudiar la carrera que había elegido, que no era otra que la misma que estudió su padre, pero con una diferencia, había decidido hacerlo en el extranjero, por lo que se

marchaba en unos días a Londres, donde había entrado en una de las más prestigiosas universidades.

Saúl seguía siendo tan maduro como siempre, pero también con su vena canalla. A sus quince años era un clon de su padre y de su abuelo, y tenía a las niñas locas, cosa que a los demás nos hacía muchísima gracia, menos a la hija de Carlos y Adam, que estaba locamente enamorada de él. Pero será mejor que os cuente todo lo referente a nuestros amigos desde el principio.

Carlos y Adam se casaron un año después que nosotros, en una ceremonia que, aun siendo intima, salió en todos los programas de corazón. Para las seguidoras de nuestro amigo, que era un actor famoso, el que saliera del armario fue todo un trauma. Al principio fue muy criticado por hacerlo, pero juntos, le demostraron al mundo que su amor estaba por encima de toda crítica. Se fueron de viaje de novios a Kenia, de donde volvieron tres, pues se enamoraron de una pequeña mulata de cuatro años que se había quedado huérfana y que no dudaron en adoptarla. Tardaron mucho más que el mes que programaron, pues, hasta que no lo consiguieron, no se vinieron para España.

Su nombre era Alana, y era preciosa. Tenía el mismo carácter que Carlos, y era de las que no se callaban ni debajo del agua, por eso nos teníamos que reír con ella lo más grande, sobre todo cuando las niñas venían a buscar a Saúl y ella las despachaba y se quedaba tan pancha.

—Lo siento, pero Saúl será mi marido, por eso tengo que quitarme a la competencia de en medio —nos decía, haciéndonos reír a todos.

—Chica, pero mientras tanto, déjame disfrutar de la vida, que eres muy absorbente —le respondía él.

Mi hijo la miraba con amor, y tampoco se cortaba en decirle las cosas, por lo que la guerra entre ellos siempre estaba servida.

Nadia y Jaime seguían viviendo juntos, pero como compañeros de piso, pues su relación se rompió hacía ya mucho tiempo. Se llevaban tan bien que no dudaron en seguir conviviendo bajo el mismo techo cuando la cosa se torció. Tenían una hija, Nagore, que tenía once años, uno menos que nuestro hijo Einar, pero eran inseparables. También tengo que decir que, de vez en cuando, ambos compartían cama en el club, bien a solas o bien con otras

personas. Todos pensábamos que eran tan iguales que, como amigos y padres funcionaban a la perfección, pero como pareja no lo hacían, pues no estaban hechos para vivir con la misma persona para siempre.

Como os he dicho, nuestro hijo Einar cumplía doce años ese día, y estábamos preparando su fiesta de cumpleaños. Al final, en los terrenos de la mansión montamos una pequeña carpa para las celebraciones. Este año había decidido que quería una fiesta de temática escape room, y así se lo planteamos. Que quede claro que no fuimos nosotros los que la organizamos, que lo hizo una empresa dedicada a eso. Su padre y yo tan solo nos encargamos de la comida y la bebida, así como de los regalos.

—Ya está la consola entre los regalos, pero le he dicho a la monitora que se lo dé el último —me dijo Daniela, que había sido la encargada de preparar la mesa de los regalos.

—Gracias, mi amor —le dije, dándole un beso y un abrazo.

La complicidad que teníamos Daniela y yo era impresionante, pero desde el primer momento, y continuaba siendo así. Ella me contaba absolutamente todo, desde el chico que le gustaba hasta sus dudas con respecto al sexo. Seguía siendo virgen, pero me decía que, cuando ese momento ocurriera, no quería tener ninguna duda que la hicieran pensar en otra cosa que no fuera esa.

Mi marido y yo, de vez en cuando, nos subíamos al apartamento del pecado, para dar rienda suelta a nuestra pasión sin que los niños nos interrumpieran, sin escuchar el llanto de Einar porque estaba soñando o sin que Daniela llamara a la puerta para decirme que tenía que hablar conmigo de algo importante.

El ascensor del exterior fue desmontado, pues no queríamos que volviera a suceder algo como lo que ocurrió con Abril nunca más. De ahí solo teníamos llaves él y yo, y tan solo nos hacía falta una mirada, un gesto, para entendernos.

Empezábamos a recibir a todos los invitados a la fiesta de Einar, que estaba de lo más nervioso, mientras que su hermano lo ponía todavía más inquieto.

—Mamá, ahí viene tu futura nuera pequeña —me decía Saúl, mientras Einar, se ponía rojo como un tomate.

—¿No me digas? A mi futura nuera mediana ya la conozco, así que solo me falta conocer a la pequeña —le dije, picándolo un poquito.

—No vayas a empezar, mamá, por favor. Alana y yo no seremos nunca novios, no podría con una mujer tan absorbente como ella. Es una celosa compulsiva, creo que no me dejaría ni respirar. Además, yo quiero ser como mi tío Jaime, vivir la vida al minuto —me dijo, muy serio.

—Nunca digas de este agua no beberé, que la vida es muy larga y te puede dar sed —le dijo su padre.

—Háblame en cristiano, papá, que no te entiendo —le dijo Saúl a su padre.

—Hijo, que no digas nunca que no vas a hacer algo, la vida te puede sorprender de la manera que menos esperas, si no, que me lo digan a mí —le dijo, tras pasarme el brazo por el hombro.

—¿Estás quejoso de lo que te ha presentado la vida? —le pregunté, fingiendo indignación.

—Para nada, no me podía haber puesto una persona más maravillosa que tú —me dijo, dándome un beso en los labios.

—Me encanta cuando os veo así de acaramelados y felices. Sois la viva imagen del amor —nos dijo mi suegra, que acababa de llegar a la mansión.

—Es que lo estamos, mamá, no te puedo decir otra cosa —le dijo Ulises a su madre.

La fiesta empezó, y nos reímos muchísimo con las niñas de la clase de Einar, que iban detrás de Saúl como si este fuera el flautista de Hamelín, y la cara de Alana al verlas a todas.

—No lo puede evitar, tiene un magnetismo especial, como le pasaba a mi padre y, luego me pasó a mí. Pero no le durará para siempre, pues llegará la

mujer que le robe el corazón, al igual que hicisteis mi madre y tú con nosotros.

—Estás muy romántico tú hoy, ¿no crees?

—Siempre soy muy romántico, no lo olvides.

—Algunas veces un poquito menos, pero me da igual porque estoy enamorada de ti con tus virtudes y tus defectos, porque me complementas a la perfección.

Nos fundimos en un beso, aprovechando que estábamos en un lugar un tanto apartado y lejos de la vista de todo el mundo para profundizar un poquito más de lo que era políticamente correcto.

Esa noche, cuando todo se terminó y volvimos a la cama, tan solo me vino una frase a la cabeza, y que me representaba a la perfección, y empecé a reírme a carcajadas, hasta que mi marido se dio cuenta.

—¿Se puede saber de qué te estás riendo? Cuéntamelo y nos reímos los dos —me dijo, con una sonrisa que le había contagiado.

—No te lo vas a creer, pero es que se me ha venido a la cabeza una cosa que te va a hacer reír. Me he preguntado, Papá Noel… ¿en serio un CEO? Pues fue la Navidad la que nos unió.

Nos fundimos en un beso que nos derritió por dentro, y que fue el detonante de lo que vino después, donde derrochamos pasión por los poros de nuestra piel.

Puedes encontrarme en:

Facebook: Martina Leiva
Instagram: @martina.leiva.escritora